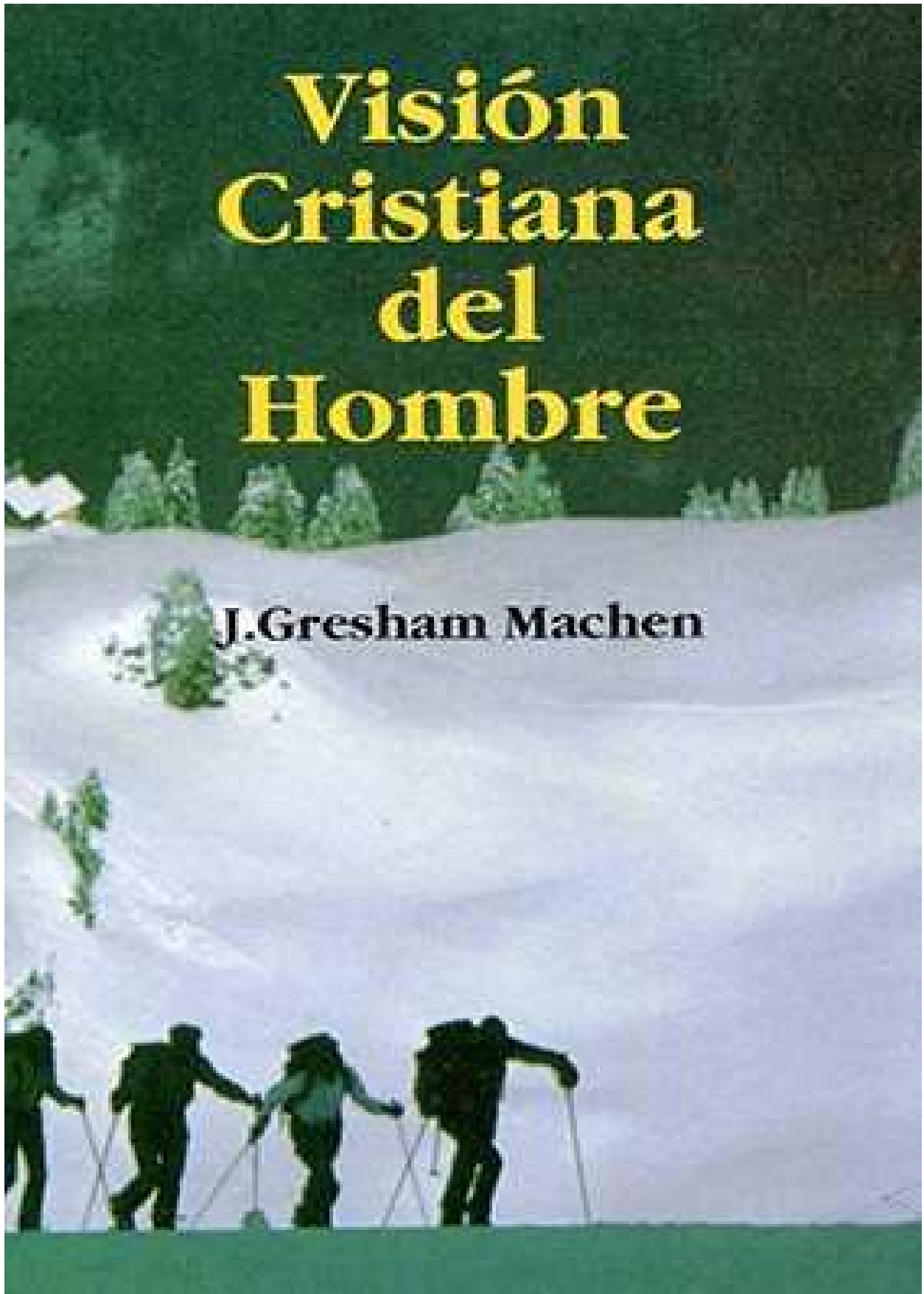
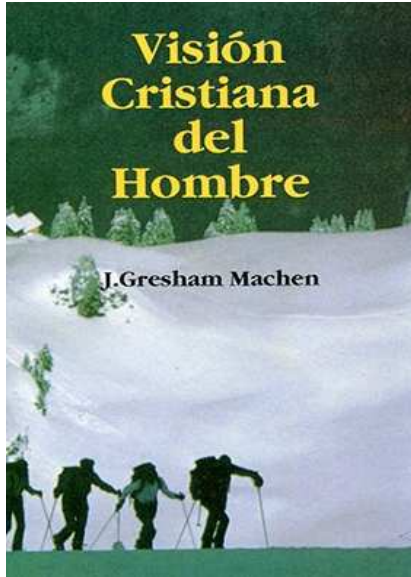


# Visión Cristiana del Hombre

J.Gresham Machen





**Visión Cristiana del Hombre**  
J. Gresham Machen  
©Todos los Derechos Reservados

El contenido fue tomado de:  
***Biblioteca de la Iglesia Reformada***  
[http://www.iglesiareformada.com/El\\_Hombre.html](http://www.iglesiareformada.com/El_Hombre.html)

Compilación y Diseño:  
***Marvin J. Argumedo***  
[marvinjosar@gmail.com](mailto:marvinjosar@gmail.com)

***NOTA ACLARATORIA:*** *Esta no es una publicación oficial de la Obra. Este documento fue compilado con propósitos de educación teológica para reunir los veinte capítulos publicados y disponibles por separado en el sitio web de la **Biblioteca de la Iglesia Reformada** - [www.iglesiareformada.com](http://www.iglesiareformada.com) El diseño de la Portada y la estructura del contenido fue realizada por Marvin J. Argumedo, profesor de Teología del Miami International Seminary – MINTS.*

*El Salvador, Marzo 2012*

## **CONTENIDO**

- Prefacio
- Capítulo 1: El Dios Vivo y Verdadero
- Capítulo 2: Los Decretos de Dios
- Capítulo 3: Los Decretos de Dios y la libertad del hombre
- Capítulo 4: Qué es la Predestinación
- Capítulo 5: La Biblia y la Predestinación
- Capítulo 6: Objeciones a la Predestinación
- Capítulo 7: La Creación y la Providencia de Dios
- Capítulo 8: La Providencia de Dios
- Capítulo 9: Los Milagros
- Capítulo 10: ¿Creó Dios al Hombre?
- Capítulo 11: ¿Cómo Creó Dios al Hombre?
- Capítulo 12: La Imagen de Dios en el Hombre
- Capítulo 13: El Pacto de Vida
- Capítulo 14: La Caída del Hombre
- Capítulo 15: ¿Qué es el Pecado?
- Capítulo 16: La Majestad de la Ley de Dios
- Capítulo 17: ¿Está el Género Humano Perdido en el Pecado?
- Capítulo 18: Consecuencias de la Caída del Hombre
- Capítulo 19: ¿Qué es el Pecado Original?
- Capítulo 20: Pecadores Salvados por la Gracia

## **PREFACIO**

Este libro comprende la segunda parte de una serie de charlas radiofónicas que el autor pronunció en una emisora estadounidense, bajo los auspicios del Seminario Teológico Westminster. Philadelphia. La primera parte, publicada en febrero de 1936 con el título La Fe Cristiana y el Mundo Moderno, trató de la autoridad de la Biblia y de la doctrina bíblica de Dios. Este volumen trata de la doctrina bíblica del hombre, también de los temas conexos de los decretos de Dios y de la predestinación. Una parte considerable de la exposición versa acerca de lo que la Biblia dice en cuanto al pecado.

El libro no pretende en modo alguno ser original. Todo él se ha inspirado en los maestros de la Teología Reformada — en especial en Charles Hodge. A.A. Hodge, B.B. Warfield y Geerhardus Vos — también se debe agradecer reconocimiento a Caspar Wistar Hodge, de quien, al igual que de Warfield y Vos, el autor fue discípulo. El autor cree que la Fe Reformada debería predicarse, además de enseñarse en las aulas, y que la necesidad de dicha predicación es manifiesta sobre todo en estos tiempos. El autor trata de predicarla en este librito, y predicarla en forma muy específica a nuestra generación.

El libro no es, en realidad, una colección de sermones. Sus varios capítulos siguen una secuencia lógica y tratan de desarrollar un tema central. Pero sí trata de hacer ver que la doctrina reformada acerca del hombre, y en especial acerca del pecado y la gracia, no es algo que es útil sólo para el teólogo sino que es un asunto de importancia sumamente vital para todo hombre.

Vaya mi agradecimiento al Rev. Edwin H. Rian, de la Junta Directiva del Seminario Westminster, a quien se debe que comentara y continuara las charlas radiofónicas. El autor también se siente agradecido a sus colegas de la facultad del Seminario Teológico Westminster, cuyos consejos y asesoramiento generoso le han sido de un gran valor en más de un punto.

J. Gresham Machen

NOTA: Este volumen, con el prefacio que antecede, el autor mismo lo completó y envió al editor antes de morir. No ha sido sino una labor liviana nacida del amor por parte de estos sus colegas de la facultad del Seminario Teológico Westminster el cuidar que el Libro viera la luz.

John Murray

Paul Woolley

## **CAPÍTULO 1**

### **EL DIOS VIVO Y VERDADERO**

A1 comenzar a reflexionar acerca de la visión cristiana del hombre y de los decretos de Dios que sustentan la existencia del hombre, sin duda nos encontramos en medio de un mundo perturbado. Vivimos en tiempos de cambios vertiginosos. Menos de veinte años después de una guerra que se supuso haber sido en defensa de la democracia, esta democracia se halla casi en todas partes en estado precario y la libertad va rápidamente camino a la total desaparición. ¿Quién habría pensado, hace veinte años, que al cabo de un período de tiempo tan breve la libertad de expresión y la de prensa iban a estar completamente exterminadas en grandes sectores de Europa occidental? ¿Quién habría pensado que Europa se fuera a hundir tan pronto en unas tinieblas peores que las medievales?

Norteamérica no ha sido una excepción en cuanto a tal decadencia. La libertad se ve amenazada, y se cierne sobre nosotros en un futuro próximo el espectro de la vorágine sin esperanza de un estado colectivista.

No cabe duda de que si consideramos al mundo como a un todo, nos vemos obligados a reconocer que los fundamentos de la libertad y la honestidad están sufriendo un deterioro progresivo y que los lentos logros de siglos son arrinconados temerariamente.

En una época como esta de cambios caleidoscópicos, ¿existe algo que siga inmutable? Cuando tantas cosas han demostrado no merecer nuestra confianza, ¿hay algo en que podamos confiar?

Hay por lo menos un punto claro — no podemos confiar en la Iglesia. La Iglesia visible, la Iglesia tal como existe en la actualidad sobre la tierra, ha caído demasiado a menudo en el error y el pecado.

No, no podemos acogernos a la Iglesia en nuestro desengaño con el mundo.

Pero entonces, ¿hay algo a que podamos acogernos? ¿Existe algo que permanezca inmutable cuando tantas cosas cambian?

Para esta pregunta tengo una respuesta bien concreta. Se contiene en un versículo tomado de la profecía de Isaías: "Sécase la hierba, marchitase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre." Hay muchas cosas que cambian, pero hay una que no cambia. Es la Palabra del Dios vivo y verdadero. El mundo sufre decadencia, la Iglesia visible ha apostatado en forma considerable; pero cuando Dios habla podemos confiar en El, y su Palabra perdura para siempre con garantía absoluta.

¿Dónde ha hablado Dios? ¿Dónde podemos encontrar la Palabra de Dios? Traté de responder a esto en la primera parte de esta serie de charlas, que ha sido publicada con el título de La Fe Cristiana en el Mundo Moderno. Encontramos la Palabra de Dios en la Biblia. No decimos solamente que la Biblia contiene la Palabra de Dios; afirmamos que la Biblia es la Palabra de Dios. En una época de agitación y angustia, y en medio de las dudas y debilidades de nuestras vidas, podemos acogernos con confianza absoluta a ese Libro.

Cuando decimos que la Biblia es la Palabra de Dios, queremos significar en realidad algo muy concreto. Queremos decir que la Biblia es verdadera.

Queremos decir que los escritores de la Biblia, además de todos los requisitos providenciales que Poseyeron para su tarea, recibieron un impulso y asistencia inmediatos y sobrenaturales por parte del Espíritu de Dios, impulso y dirección que hicieron que se vieran libres de los errores que se encuentran en los otros libros. Como resultado de ello, este libro, la Biblia, es completamente verdadero en todo lo que dice acerca de cuestiones de hecho y tiene una autoridad absoluta en lo que ordena. Esta es la gran doctrina de la inspiración plenaria o total de la Sagrada Escritura.

Esta doctrina, al contrario de lo que a menudo se le ha imputado, no violenta la originalidad y personalidad del escritor bíblico; y no quiere decir que se convirtieran en simples autómatas que no sabían qué hacían. Sí significa, en cambio, que la acción del Espíritu Santo en la inspiración fue sobrenatural. No fue una simple acción providencial de Dios, ni el simple empleo por parte de Dios de los recursos del universo que había creado; fue una interferencia benévola y gratuita en el curso de la naturaleza por parte del poder inmediato de Dios.

Esta doctrina significa que la Biblia es obra de Dios y no del hombre. Otros libros dan la idea que aconsejan en cuanto a lo bueno y lo malo; este libro sólo aconseja acerca de lo bueno, o más bien da mandatos precisos que nos llegan con la plena autoridad del Dios soberano.

Esta serie de charlas que ahora comenzamos se basa en esta visión elevada de la Biblia. Trataré de examinar la Biblia con ustedes a fin de descubrir qué ha dicho Dios, no un simple hombre.

En esta presentación de lo que Dios nos ha dicho en la Biblia espero de verdad no carecer de sincera compasión por el hombre que no cree en lo que yo creo ; espero no carecer de simpatía por el que duda. Espero poderle mostrar a ese hombre en el curso de mis conversaciones que algunas de las objeciones contra las enseñanzas de la Biblia, moneda corriente entre nuestros contemporáneos, se basan en un malentendido de lo que la Biblia dice o en una falta de examen de pruebas importantes que confirman la verdad de la Biblia. Pero todo esto no debería confundir lo que trato de hacer. No intento presentarles lo que he descubierto por mí mismo ni tampoco ayudarles a descubrir cosas por ustedes mismos, sino que les pido que escuchen conmigo lo que Dios nos ha dicho en su Palabra.

En la serie de la que ésta que hoy iniciamos es continuación, ya comencé a hablarles acerca de lo que Dios nos ha dicho en su Palabra.



La revelación de Dios que se contiene en la Biblia, dijimos, no es la única revelación que Dios ha hecho. Dios se ha revelado por medio del universo que ha hecho. "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos." También se ha revelado Dios por medio de su voz en nosotros, la voz de la conciencia. "Cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley, son ley para sí mismos." La Biblia pone el sello de aprobación en lo que se puede llamar "religión natural."

Pero la revelación de Dios por medio de la naturaleza no es la única revelación que Dios ha dado. Además de ella ha dado una revelación que se llama "sobrenatural" por razón de su naturaleza superior.

Esta revelación sobrenatural se necesitaba por dos razones.

En primer lugar, la revelación de Dios por medio de la naturaleza se había ido ocultando a los ojos de los hombres por razón del pecado. Las maravillas del mundo de Dios hubieran debido hacer que los hombres adoraran y glorificaran al Creador, pero su necio corazón se entenebreció. La voz de la conciencia hubiera debido decidir con claridad qué era bueno y qué era malo, pero la conciencia de los hombres se había insensibilizado como cauterizada. Por ello el hombre pecador necesitaba una confirmación nueva y clara de lo que la naturaleza y la conciencia decían.

En segundo lugar y esto es todavía más importante que lo advirtamos el hombre como pecador necesitaba que se le revelaran acerca de Dios ciertas cosas de las que la naturaleza y la conciencia no ofrecían ni el más mínimo indicio. Necesitaba que se le revelara la gracia de Dios. El pecado no sólo lo había cegado sino también perdido. Se hallaba bajo su culpa y maldición. Se encontraba bajo su poder. Necesitaba que se le indicara la forma en que Dios lo había salvado. La naturaleza nada decía en cuanto a esto. El conocimiento de ello sólo le podía llegar al hombre pecador en una manera que fuera sobrenatural en el sentido más estricto.

¡Qué maravillosamente rica es la revelación sobrenatural que se encuentra en la Biblia!  
¡Cuánto supera a la revelación de Dios por medio de la naturaleza! Toda la doctrina de la Trinidad, la aparición y obra del Señor Jesucristo, la aplicación de la obra de Cristo por medio del Espíritu Santo, la promesa gloriosa de un mundo venidero — todo esto no se nos manifiesta por medio de la naturaleza; se nos dice en la Biblia y en la Biblia únicamente. Se nos comunican con una revelación que no es natural sino sobrenatural.

En la serie anterior, comencé a hablarles acerca de esta revelación. Les expuse la gran doctrina bíblica del Dios trino. Hay un solo Dios, pero en tres personas —Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En la médula misma de esa presentación de la doctrina de la Trinidad en la Biblia, según vimos, está la enseñanza referente a la divinidad de Jesucristo.

Hace unos mil novecientos años, vivió en Palestina una persona llamada Jesús.

Acerca de El hay dos opiniones.

Unos lo consideran simplemente como un gran genio religioso, como el fundador de una de las grandes religiones mundiales, como hombre que no mezcló su propia persona con el evangelio, que no exigió que los hombres tuvieran ninguna idea especial acerca de El sino que sencillamente les proclamó a Dios el Padre, que no pidió que los hombres tuvieran fe en El sino sólo en Dios de la misma forma que él había tenido fe en ese Dios. Según los que tienen esta idea Jesús fue tan sólo un maestro y ejemplo, el que abrió para el género humano una senda nueva hasta Dios. Esta es la idea de los incrédulos.

Pero hay otra idea acerca de Jesús. Según ella, la persona conocida en la historia como Jesús de desde toda la eternidad. Era infinito, — Dios eterno e inmutable. Por medio de El fue hecho este vasto universo. Vino a este mundo por su propia voluntad. Tomó nuestra naturaleza, y nació como hombre a fin de poder redimir a su pueblo en la cruz. Cuando vivió en la tierra, se ofreció a los hombres como objeto de fe, y no les pidió que tuvieran tan sólo fe en Dios como la que él mismo tenía, sino creyeran en El. Hizo

depender la salvación de la fe en El. Murió en la cruz como sacrificio para satisfacer a la justicia divina y reconciliarnos con Dios. Es Dios y hombre en dos naturalezas distintas y una sola persona, y esto para siempre. Volverá y lo veremos con nuestros propios ojos. Esta idea de Jesús es la de los cristianos.

Vimos que esta perspectiva cristiana de Jesús es la que enseña en la Biblia, y es la que Jesús mismo enseñó en cuanto a su persona.

¿Se presentó Jesús a sí mismo mientras estuvo en la tierra sólo como ejemplo para la fe de los hombres? ¿Dijo tan sólo: "Creed en Dios de la misma forma que yo creo en El? ¿Fue indiferente a lo que los hombres pensarán de El?

Estos interrogantes son fáciles de contestar si tomamos el relato bíblico acerca de Jesús como un todo. El Jesús que se presenta en forma total en la Biblia es evidente que se ofreció a sí mismo a los hombres como objeto de fe, y que hizo de la fe en su persona algo esencial para conseguir la vida eterna.

Pero los incrédulos no aceptan la presentación completa de la Biblia acerca de Jesús. Bien, entonces, le diré al amigo incrédulo: "Aquí tienes un Nuevo Testamento. Tómallo y escoge el pasaje que quieras para demostrarme que lo forma de pensar acerca de Jesús es la adecuada. Sé que no lo gustan los pasajes que yo lo cito. Veamos, pues, qué dicen los pasajes que tú escoges."

En nuestra serie anterior de charlas vimos que cuando se invita al incrédulo a que escoja un pasaje, lo más probable es que recurra al Sermón del Monte. En él, dicen los incrédulos, tenemos a un Jesús no teológico, a un Jesús que dio mandatos elevadísimos y dio a entender que estos mandatos se podían obedecer fuera cual fuere la idea que los hombres tuvieran acerca de El. No cesan de decirnos esto. La teología, se nos dice, no es lo importante, ni siquiera la teología que se ocupa de Jesucristo. Si, prosiguen, los hombres se decidieran tan sólo a hacer lo que Jesús dice en el Sermón de la Montaña,

sería mucho mejor que llegar a algunos acuerdos en cuanto a El o al significado de su muerte.

"Bien," le diré a ese amigo incrédulo, "tomemos sólo ese pasaje que has escogido, veamos sólo el Sermón de la Montaña, y examinemos si realmente presenta lo idea de Jesús, si en realidad nos presenta un Jesús que fuera tan sólo un maestro y ejemplo y que no pidió a los hombres que tuvieran ninguna idea específica elevada en cuanto a El.

Esto hicimos en nuestra última serie. Tomamos el Sermón de la Montaña para examinarlo desde esa perspectiva. ¿Y qué descubrimos? ¿Descubrimos un Jesús que no identificó su persona con el evangelio que predicaba y que no se preocupó de lo que los hombres pensarán de El!

Respondimos en forma rotundamente negativa. Lo que describimos en el Sermón de la Montaña fue un Jesús que en la forma más sorprendente otorgaba las recompensas en el Reino de Dios, un Jesús que situó sus mandatos en completa paridad con los de Dios en el Antiguo Testamento, un Jesús que no dijo como los profetas, "Así dice el Señor," sino que dijo, "Mas Yo os digo," un Jesús que llamó bienaventurados a los que mantuvieran una determinada relación con Él —"Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo" — un Jesús que dijo de sí mismo que un día se sentaría en el mismo tribunal de Dios para determinar el destino final de las hombres de forma que a unos los enviaría al castigo eterno y a los otros a la vida perdurable.

No, en el Sermón de la Montaña no podemos hallar ningún indicio que nos permita eludir al Cristo del resto del Nuevo Testamento. No hallamos en dicho pasaje —por favorito que sea de los incrédulos— ningún Jesús simplemente humano que se mostrara indiferente a lo que los hombres pensarán de El y que les pidiera tan sólo que lo tomaran como ejemplo suyo que siguieran sus pisadas en la senda hacia Dios. Encontramos en ese pasaje al igual que en cualquier otro pasaje a un Cristo y a uno solo — el Cristo que fue verdadero hombre y verdadero Dios.

Si, por otra parte encontráramos de hecho en el Nuevo Testamento el Cristo que algunos buscan, un simple líder y ejemplo, un simple descubridor de la senda que conduce hasta Dios, ¿qué bien haría este Cristo a nuestras almas ? ¿ Qué bien produciría un simple guía y ejemplo a quienes, como nosotros, estamos muertos en nuestras transgresiones y pecados y nos hallamos bajo la justa ira y maldición de Dios ?

Recuerdo que hace unos cuantos años dirigí la palabra a una asamblea que se reunió en Philadelphia para estudiar el tema "La Responsabilidad de la Iglesia en esta Nueva Era." Uno de los oradores, que no era cristiano —quiero decir que ni siquiera se profesaba cristiano— dijo unas cuantas cosas muy agradables en cuanto a Jesús. Pero el punto culminante de su perorata fue la cite de las palabras de Jesús tomadas del Antiguo Testamento referentes al amor a Dios y al prójimo: "Amarás al Señor lo Dios con todo lo corazón, y con toda lo alma, y con toda lo mente, y amarás a lo prójimo como a ti mismo."

"¿Acaso esto, que no es ningún dogma, no es suficiente para cualquiera?" dijo el orador. Desde luego que lo es un dogma o doctrina, sino un mandamiento. ¿Pero tuvo razón el orador en pretender que es suficiente para cualquiera; y si tuvo razón en esto, por qué los cristianos insistimos en agregarle doctrinas entre las que figura la de la divinidad de Cristo? ¿Por qué no nos contentamos con decir, "Amarás al Señor lo Dios, y amarás al prójimo como a tí mismo"? ¿Acaso no es suficiente para cualquiera?

¿Cuál es la respuesta desde el punto de vista cristiano? Es muy sencilla. Sí, no cabe duda de que el gran mandamiento doble de Jesús, "Amarás al Señor lo Dios con todo lo corazón, y con toda lo alma, y con toda lo mente, y amarás al prójimo como a ti mismo" es más que suficiente para cualquiera. Ah, pero el caso es amigos, que es demasiado. Ahí está el problema. Esta es la única razón de por qué somos cristianos. Este mandamiento estupendo de Jesús es demasiado riguroso; es tan riguroso que no hemos acertado a cumplirlo. Si hubiéramos amado a Dios y a nuestro prójimo, en la forma elevadísima que requirió Jesús, todo habría estado bien; nada aparte de esto habríamos necesitado; no

habríamos necesitado ninguna doctrina de la Cruz de Cristo porque no habríamos necesitado ninguna cruz de Cristo; no habríamos necesitado ninguna doctrina de la persona de Cristo Dios y hombre en dos naturalezas distintas y una sola persona porque no habría habido necesidad de que Cristo se hiciera hombre. Hubiéramos sido justos, y no se hubiera necesitado un Salvador.

Pero el hecho es que somos pecadores. Esta es la razón de que necesitemos algo más que un maestro, que un ejemplo, que un legislador. Por esto necesitamos lo que los incrédulos desprecian por considerarlo simple doctrina pero que nosotros preferimos llamar el evangelio. Por esto nos aferramos con toda nuestra alma a las grandes doctrinas bíblicas de la persona y obra de Jesucristo.

Supongan que yo hubiera escuchado a Jesús sólo como a gran ejemplo y legislador. Supongan que yo hubiera oído que decía, "Amarás al Señor lo Dios y al prójimo como a tí mismo"; supongan que lo hubiera oído decir, en el Sermón de la Montaña, "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios." ¿ Qué podría decirle entonces ? Le diría : "Te doy las gracias, Jesús ; esto es lo que necesitaba saber; estoy tan feliz de saber que si amo a Dios y a mi prójimo y soy limpio de corazón todo irá bien y entraré en el Reino de Dios."

Amigos míos, lo cierto es que no sé qué diría, aunque desde luego no sería nada parecido a esto. Sólo podría decir, después de escuchar los mandamientos de Jesús : "Ay, estoy perdido ; no he amado a Dios ni al prójimo; no he sido limpio de corazón; soy pecador; Jesús, ¿no tienes nada, aparte de tus exigentes mandamientos, para decirme ?

Cuando me llevo a Jesús de este modo como pecador, confesándole que no he obedecido sus mandamientos y que no tengo nada que ofrecerle sino que soy completamente indigno y desvalido, ¿tiene algo que decirme? Se limita a decir: "Ya has oído mis rigurosos mandamientos; esto es todo lo que tengo que decirte; este es todo el evangelio que tengo para ofrecerte; esta es toda la doctrina que necesitas."

No, gracias a Dios, esto no es todo lo que tiene par darme ese frío consuelo de un mandamiento que no he cumplido ni puedo cumplir. Me da algo más que esto. Se me da a sí mismo. Se me ofrece a sí mismo en la Biblia como mi Salvador que murió por mí en la cruz y que ahora vive como aquel en quien puedo confiar. Se me ofrece a sí mismo en las grandes doctrines de su persona y obra. Si hubiera sido distinto, no habría podido salvarme y yo no podría confiar en él para que me salve. Pero como es el mismo Dios, me pudo salvar y me salvó y el Espíritu Santo me ha unido a El por medio de la fe.

¿Lo ven, amigos? Esta es la razón de que el cristiano insista en la doctrine de la divinidad de Cristo. No la considera como algo puramente académico, sino que recurre a ella como náufrago que se aferra a la tabla que lo puede salvar de ahogarse. Ningún Cristo inferior al del Evangelio podía salvarnos; este Cristo solo pudo salvarnos de la muerte eterna.

Desde esta perspectiva vamos a enfocar lo que esperamos exponer en las charlas siguientes. La doctrine presentada en la Biblia no es para nosotros un asunto de interés curioso; no es algo que se relega a los seminarios o aulas. Es un asunto de importancia trascendental; es un asunto de vida o muerte. Nos hallamos al borde de la eternidad. Somos pecadores. Merecemos la ira y maldición de Dios. Nuestra esperanza radica sólo en lo que Dios nos ha dicho en su Palabra. Escuchémosla mientras tenemos tiempo.

\*\*\*

## **CAPÍTULO 2**

### **LOS DECRETOS DE DIOS**

En este capítulo deseo comenzar a hablarles de lo que Dios hace.

Pero antes de hablar de qué hace Dios, lo primero que hay que preguntarse es si Dios puede en realidad hacer algo. Hay muchas maneras de ver a Dios que en realidad le niegan por completo el poder de obrar. Si, por ejemplo, Dios no es más que una fuerza ciega, o un simple nombre que damos al universo en su totalidad, o si es tan sólo el nombre que aplicamos a una parte del universo, o un simple símbolo que expresa las aspiraciones más elevadas de la humanidad, entonces no se podría decir que obra más que en un sentido muy impreciso. Hablando en rigor sólo las personas actúan, y cuando venimos a hablar de Dios como obrando, lo hacemos porque descartamos todas las concepciones impersonales respecto a El y lo consideramos, tal como la Biblia hace, como persona.

Como Dios es persona, es libre. La libertad es una característica de la personalidad. Una máquina no es libre; el agua que fluye por el canal que ha sido construido para encauzarla no es libre ; una planta no es libre. Pero la persona es libre para actuar o no actuar, para actuar de un modo o de otro. Como Dios es una persona también es libre. En realidad, es libre hasta un grado que ninguna persona finita puede igualar.

Pero cuando decimos que Dios es libre es muy importante que entendamos exactamente qué queremos decir y qué .no queremos decir.

Queremos decir que sus acciones son muy inciertas, de tal modo que es siempre imposible estar seguro de antemano si actuará o no y de qué forma lo hará? ¿Queremos decir que su voluntad es una especie de balanza que se inclina hacia un lado o a otro sin razón alguna? ¿Queremos decir que no existe nada a lo que tengan que conformarse sus acciones o que las ate en algún modo?



Creo que con no mucha reflexión llegaremos a convencernos de que no podemos en modo alguno querer decir esto. Si hubiéramos querido decirlo nos veríamos obligados a afirmar que Dios podría violar el pacto que hizo con su pueblo o hacer cualquier otra bajeza semejante. Pero si hay algo cierto es que Dios nunca hará algo de este estilo. Me parece que no es un error afirmar que no puede hacer nada semejante.

¿Por qué no puede hacer esta clase de acciones? ¿Por qué hay algo desde fuera que le impide hacerlas? ¿Por qué si las hace alguien en alguna parte discutirá sus acciones? Ciertamente que no. Nada obliga a Dios; es soberano absoluto; puede hacer lo que quiera; nadie puede decirle, "¿Qué haces?"

Con todo, es absolutamente cierto que, cuando hay que decidir entre una obra buena y una mala, El escogerá la buena y rechazará la mala. De hecho, nada hay más cierto que esto. En esta certeza se basan todas las demás certezas. Es absolutamente imposible que Dios haga algo malo.

¿Por qué es imposible? La respuesta es fácil. Le es imposible hacer algo malo porque sería contradecir su propia naturaleza. "Dios es un Espíritu infinito, eterno, inmutable, en su ser, sabiduría, poder, santidad, justicia, bondad y verdad." Estos son sus atributos; sin ellos no sería Dios; estos atributos condicionan todas sus acciones. Nunca, ni en la más insignificante acción que realice, se apartará ni un milímetro de esa norma perfecta que la perfección de su propia naturaleza establece.

Creo que esto es lo que quiso decir uno de mis maestros cuando afirmó, si recuerdo bien sus palabras, que Dios es el ser más constreñido que existe. Su propia naturaleza lo constriñe. Es infinito en su sabiduría; por tanto nunca puede hacer algo que no sea sabio. Es infinito en su justicia; por tanto nunca puede hacer algo injusto. Es infinito en su bondad; por tanto nunca puede hacer algo no bueno. Es infinito en su verdad; por tanto es imposible que mienta.

También las acciones del hombre están en cierto modo definidas. Nacen de su naturaleza. La experiencia no deja de enseñárnoslo. Pero la Biblia lo enseña todavía con mayor claridad. "No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos." El hombre es libre para decidir en el sentido de que no hay nada externo que lo fuerce. Pero sus actos no son libres si por libertad entendemos libre de lo que su propio carácter determina.

Así ocurre también en el caso del Ser supremo, de la Persona suprema, Dios. Sus actos son libres en el sentido de que nada exterior a El los determina. Pero sí los determina su propia naturaleza. Siempre serán santos, justos y buenos, porque El es santo, justo y bueno.

En realidad, los actos de Dios dependen mucho más de su propia naturaleza que los del hombre de la suya. Las acciones del hombre nacen de su naturaleza. Sí, pero la naturaleza del hombre puede cambiar; Dios puede cambiarla. Pero en el caso de Dios esta posibilidad está excluida; Dios es infinito, eterno e inmutable. Nunca, nunca, nunca, por tanto — nunca ni por la más inverosímil de las posibilidades puede realizar una acción que no sea santa, sabia, poderosa, justa, buena y verdadera.

Sus actos, por tanto, son más libres que los de las personas finitas porque nunca, ni directa ni indirectamente, nada exterior a la Persona misma puede determinarlos, lo cual sí es posible en el caso de las personas finitas; y están más directamente determinados que los de las personas finitas porque nunca por ninguna posibilidad puede cambiarse la naturaleza de la Persona misma.

Así pues, es muy importante que caigamos en la cuenta de que la libertad de los actos de Dios no quiere decir que pueda haber alguna posibilidad de que no armonicen con la naturaleza de Dios.

Pero hay otra cosa que es importante que advirtamos en cuanto a lo que no significa que los actos de Dios sean libres. No quiere decir que sus actos no tengan un propósito; no quiere decir que no dependan de los fines que Dios busca.

También en esto hallamos una analogía verdadera entre la libertad de Dios y la de las personas finitas. Tomemos la persona finita que mejor conocemos — el hombre. ¿Qué el hombre sea libre quiere decir que actúe independientemente de los motivos? ¿Quiere decir que cuando un hombre escoge hacer algo en vez de otra cosa nada lo determina? Bien, algunos al parecer han creído que es así. Pero no cabe duda de que están equivocados. No cabe duda de que las acciones de una persona, precisamente porque son libres, y no antojos sin sentido de la suerte ciega, están determinadas por motivos. Cuando alguien se halla en una encrucijada importante de la vida, sopesa los pros y los contras, y luego a la luz de este examen, de las ventajas de una decisión o de la otra, actúa. Esta acción de los motivos en determinar la actuación del hombre es precisamente lo que hace que dicha actuación sea verdaderamente personal y por ello la hace en el verdadero sentido de la palabra "libre."

Si pues una persona finita, el hombre, en sus acciones verdaderamente personales, se ve determinado por los motivos, algo semejante es también verdad de la Persona infinita, Dios. Dios también busca ciertos fines cuando actúa. No hay que pensar que su voluntad estuviera oscilando a ciegas como en una especie de vacío, sin relación ninguna con su conocimiento y sabiduría infinitos. No, las decisiones de la voluntad de Dios están siempre —no a veces, sino siempre— determinadas por los fines que su conocimiento infinito y su sabiduría infinita colocan frente a El.

Negar esta idea de la voluntad —negar, es decir, la idea de que las acciones verdaderamente personales no son las acciones de una voluntad sin freno, sino las de una voluntad determinada por motivos o fines— se presenta a veces como si fuera beneficioso para la libertad. ¿Cómo puede ser una persona verdaderamente libre, dicen, si sus acciones dependen de algo que no sea su voluntad en el momento de tomar una decisión ?

¿Cómo puede ser libre la persona si ,no puede obrar prescindiendo de los fines que busca?

Unas breves reflexiones nos mostrarán que lo cierto es precisamente lo contrario. Si la elección que un hombre hace no depende de los fines que busca, sino tan sólo de fluctuaciones sin sentido de su voluntad, entonces no depende más que del azar y el hombre se convierte en el simple juguete de algo exterior a sí mismo.

Esto es sobre todo evidente en el caso de la Persona suprema, Dios. Si las elecciones de Dios no dependieran siempre de los fines santos que busca, si su voluntad quisiera ahora una cosa mañana otra sin relación con Dada que no fuera su voluntad misma, vista como si fuera independiente de su conocimiento y sabiduría, entonces sus acciones sólo podrían considerarse como dependientes de un azar ciego y sin sentido; y en este caso dejarían de ser acciones verdaderamente personales y Dios dejaría de ser Dios.

No, cuando pensamos en la voluntad debemos realmente basarnos en un sano determinismo. La voluntad del hombre no es libre en el sentido de que actúe independientemente de los sentimientos y del entendimiento. En realidad, si consideramos la voluntad como algo separado que está dentro del hombre, que va a lo suyo, que se deja aconsejar por otras partes de la naturaleza del hombre aunque también actúa con completa independencia cuando se le antoja — si vemos la voluntad en esta forma, estamos muy, pero muy lejos de la realidad. Hacemos en realidad de algo que llamamos la voluntad una pequeña personalidad separada; rompemos la unidad de la personalidad del hombre. De hecho, no existe eso que se llama voluntad como algo aislado de los demás aspectos de la persona. Lo que llamamos voluntad es la persona toda en cuanto toma decisiones.

Con respecto a la Persona infinita, Dios, en ciertos aspectos importantes no podemos hablar de la misma forma en que lo hacemos de las personas finitas. Con todo, en su caso al igual que en el de las personas finitas que El ha creado, es siempre cierto que cuando quiere hacer algo, lo quiere hacer porque busca ciertos fines. Sus acciones no son el

balance casual de algo dentro de El que se puede llamar su: voluntad, sino que son las acciones de la unidad soberana de su ser, y están determinadas por fines elevados y santos.

No quiero decir que cuando Dios quiere hacer algo nosotros podamos siempre ver cuál es el fin que busca. Antes al contrario, en innumerables casos, sólo podemos descubrir que es su voluntad, y esto debería bastarnos. Tenemos la seguridad de que todo lo que hace es con un propósito santo. Este propósito a menudo queda oculto en el misterio de la sabiduría divina. Negarse a inclinarse ante la voluntad de Dios sólo por ignorar el propósito que lo guía es el colmo de la impiedad. Es el pecado de pecados; es carear nuestra ignorancia con la sabiduría y conocimiento infinitos de Dios; es rebelión, orgullo y locura. ¡Que Dios nos libre de pecado semejante!

Con todo, si bien no tenemos derecho a conocer cuales son los propósitos de Dios, El en su maravillosa bondad ha querido alguna que otra vez levantar el velo que oculta sus planes a nuestros ojos. ¡Con qué reverencia deberíamos contemplar los misterios que nos revela tras el velo! ¡Con qué reverencia deberíamos acercarnos al Libro santo en el que se nos revelan dichos misterios!

Hemos hablado de los propósitos de Dios. Los teólogos los llaman sus decretos.

¿Son muchos estos decretos? Un número infinito, estaríamos tentados de afirmar. ¡Cuántas son las manifestaciones de la bondad de Dios en nuestras propias vidas! Y cuando pensamos en la vastedad del universo y en las edades sin fin, no podemos por menos que decir que los decretos de Dios no pueden en modo alguno contarse.

Lo dicho contiene una gran verdad; y con todo, cuando consideramos este asunto algo más de cerca y con más profundidad, en un sentido igualmente verdadero podemos decir que los propósitos de Dios, por infinito que nos parezca su número, no son más que un único propósito, no son más que partes o aspectos de un gran plan.

Esto es lo que el Catecismo Menor quiere decir cuando afirma que los decretos de Dios son "su propósito eterno." No es una casualidad que se emplee la palabra "propósito" en singular. Los innumerables decretos constituyen un único propósito o plan. No son independientes el uno del otro, sino que forman una unidad íntima al igual que Dios es uno.

Caerán en la cuenta de que el Catecismo Menor habla de ese propósito como de un propósito eterno. "Los decretos de Dios," dice "son su propósito eterno." ¿Qué quiere decir con esto ? Bien, quiere decir algo que es muy importante que observemos, algo que pertenece a la entraña misma de lo que la Biblia enseña.

La Biblia habla a menudo de los decretos de Dios como si se sucedieran uno después de otro en orden temporal. En realidad, la Biblia a veces emplea expresiones audaces cuando habla de estos asuntos. Incluso habla de Dios que se arrepiente de lo que ha hecho. Por ejemplo, dice que "se arrepintió Jehová de haber hecho hombre" ; y que "Jehová se arrepentía de haber puesto a Saúl por rey de Israel" . Estos pasajes podrían parecerle al lector superficiales, si los toma aislados, que quieren decir que Dios decreta muchas cosas en momentos diferentes y que los decretos son muy diferentes unos de otros.

Pero esta interpretación sería muy superficial. Cuando examinamos estos pasajes y otros semejantes vemos con claridad qué quiere decir la Biblia. Cuando habla de Dios que se arrepiente de algo que ha hecho, considera la cosa desde el punto de vista de hombres que viven en esta tierra en una secuencia temporal. Dios hace una cosa ahora y otra después. Hizo al hombre, y luego, cuando el hombre hubo pecado, lo destruyó, a excepción de los que dejó con vida. Hizo rey a Saúl, y luego le quitó la realeza. Visto desde la perspectiva de la ejecución de los decretos de Dios, es como si los decretos o propósitos de Dios hubieran cambiado ; y la Biblia así lo expresa con lenguaje sencillo tomado de la vida ordinaria de los hombres. Pero es igualmente claro que la Biblia no quiere indicar que esta forma de hablar haya que tomarla al pie de la letra como si quisiera decir que Dios se sorprendiera de la misma forma en que sorprende un hombre, o como si quisiera decir

que los planes de Dios cambian como cambian los del hombre para adaptarse a circunstancias sobre las que no tiene control.

Es posible que se me objete: "Ya vuelven a las suyas, ustedes los pobres creyentes en la inspiración de la Biblia. Cuando encuentran en ella algo que les satisface, insisten en aceptarlo en la forma más angustiosamente literal; pero cuando hallan algo que no les va tan bien, lo eluden, como en el caso que nos ocupa, diciendo que la Biblia habla en lenguaje metafórico."

Esta es la objeción. Pero, sepan, amigos míos, que no me hace mella. Creo que tengo una respuesta muy buena para la misma. "Sí," diría al objetante, "sí tomo algunas cosas de la Biblia en sentido literal y otras en metafórico. Pero tengo motivos para ello. Tengo una forma perfectamente aceptable de decidir qué tomo en sentido metafórico y qué en sentido literal. No es que tome en el literal lo que me agrada y en el metafórico lo que no; sino que tomo en sentido literal lo que la Biblia presenta en forma literal y en sentido metafórico lo que presenta en forma metafórica."

Sostengo que la Biblia es esencialmente un libro fácil. Para leerlo el sentido común es una ayuda maravillosa. No olvido que la iluminación del entendimiento que el Espíritu Santo comunica en el nuevo nacimiento es necesaria para que el hombre pecador pueda en realidad comprender el mensaje central de la Biblia; pero a veces siento la tentación de decir que uno de los efectos más obvios del nuevo nacimiento sería la renovación del sentido común en la comprensión de las afirmaciones perfectamente sencillas de la Sagrada Escritura. Por ello opino que si alguien realmente lee con sentido común y buena voluntad esas afirmaciones de la Biblia en las que se dice que Dios se arrepiente de lo hecho y cosas parecidas, no experimentará dificultad ninguna en ver que estos pasajes no hay que interpretarlos en modo alguno en sentido literal y que la interpretación literal de los mismos es una manifestación gravísima de incomprensión y mal gusto.

Ese lenguaje antropomórfico —si me permiten emplear una palabra tan larga— proclama una verdad importante. Nos enseña que Dios nos trata como nos trataría una persona

viva. Sigue nuestras acciones y las circunstancias cambiantes de nuestras vidas, y sus acciones tienen en cuenta el cambio en nuestras acciones y circunstancias. La Biblia lo proclama con el empleo del lenguaje del que hemos venido hablando.

Pero la Biblia también nos enseña en forma bien clara que cuando contemplamos la médula misma de este asunto debemos ver que el propósito de Dios, que se cumple en su trato infinitamente variado con el género humano y con el universo en sucesión temporal, se halla completamente fuera de cualquier secuencia temporal. Para Dios no hay ni antes ni después. El creó el tiempo, en realidad, cuando creó los seres finitos, y el tiempo, al igual que el resto del universo que Dios creó, no es una simple apariencia, sino que existe realmente. Pero para Dios todas las cosas son eternamente presentes.

Por ello el Catecismo Menor tiene razón cuando dice que los decretos de Dios son su propósito eterno. Me parece que este pensamiento penetra toda la Biblia. No queda para nada enturbiado por el lenguaje sencillo y antropomórfico del que acabamos de hablar. A veces aparece con toda claridad, como cuando la Biblia dice en el capítulo primero de Efesios que Dios escogió en Cristo antes de la creación del mundo. Pero lo que debería ponerse sobre todo de relieve es que la doctrina del propósito eterno de Dios es el fundamento sobre el que se basa toda la enseñanza de la Biblia. En la raíz de todos los acontecimientos de la historia humana, en la raíz de todos los cambios que tienen lugar en la vastedad inconmensurable del universo, en la raíz del espacio mismo y del tiempo, está el propósito misterioso y único de Aquel para quien no hay antes ni después, acá ni allá, para quien todas las cosas están presentes y ante quien todo está desnudo y manifiesto: el Dios vivo y santo.

\*\*\*



### **CAPÍTULO 3**

#### **LOS DECRETOS DE DIOS Y LA LIBERTAD DEL HOMBRE**

Los decretos de Dios, hemos dicho, se pueden considerar como múltiples si se contemplan desde el punto de vista de su ejecución en el curso infinitamente variado de la relación de Dios con el mundo que ha creado; pero es una verdad todavía más profunda decir que en realidad son un solo decreto, un sólo propósito o plan eterno.

¿Cuánto abarca ese propósito eterno de Dios?

La verdadera respuesta a esta pregunta es muy sencilla. La verdadera respuesta es "todo." Todo lo que sucede está incluido en el propósito eterno de Dios; nada sucede que no entre en este plan eterno.

Es obvio que nada es demasiado grande para Dios. Las distancias sobrecogedoras del universo, que los astrónomos miden en años—luz pero que ni ellos ni nosotros podemos en realidad concebir, no contienen misterio alguno para Dios. El lo hizo todo y lo gobierna todo, y todo está incluido en su propósito eterno.

Es igualmente evidente que nada es demasiado pequeño para Dios. Jesús expresó esta verdad con fuerza insuperable. "¿No se venden dos pajarillos por un cuarto?" dijo. "Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. " No, nada hay demasiado trivial como para no poder entrar en el plan eterno de Dios. Este plan lo abarca todo, tanto grande como pequeño.

La ciencia moderna ha descubierto maravillas nuevas en el firmamento, y también nos ha hablado del universo infinitesimal que contiene el átomo. Pues bien, todo ello está patente y al descubierto a los ojos de Dios, y todo ello es el producto de su sabiduría y poder infinitos.

Un momento, sin embargo. Dijimos que todo lo que sucede entra en el plan eterno de Dios, está determinado desde toda la eternidad en un solo propósito grandioso. ¿Fue esto lo que quisimos decir? Cuando dijimos "todo," ¿quisimos decir realmente "todo"? ¿No hicimos ninguna excepción? ¿Está todo determinado y fijado en el plan de Dios? ¿No hay nada que sea libre?

¿Qué diremos, entonces de las acciones libres de los seres personales, como el hombre? ¿No será esta libertad de elección que tiene el hombre un engaño si todo está determinado en el plan eterno de Dios?

Hay quienes han quedado impresionados ante tal objeción y han llegado a considerar que las elecciones personales de los hombres quedan fuera del ámbito de las cosas que están determinadas en el propósito eterno de Dios. Cuando Dios creó a las personas, dicen, las dejó libres; de lo contrario no hubieran sido personas. Por tanto, prosiguen, Dios se abstiene voluntariamente de usar la omnipotencia en cuanto a las acciones de sus criaturas que son personas. Como creador fue suficientemente poderoso para crear seres que poseen el don misterioso de la voluntad libre. Se mantiene, pues, al margen, y deja que estos seres ejerciten ese don misterioso. Sus acciones concretas, por tanto así argumentan— no están determinadas en el plan eterno de Dios sino que dependen de ere poder misterioso de elección que Dios les otorgó una vez por todas.

Este punto de vista asume dos formas. En primer lugar, los que lo sustentan pueden decir que Dios ni siquiera sabe de antemano lo que elegirán las personas que El ha creado; y en segundo término, pueden decir que Dios sí sabe de antemano lo que dichas personas elegirán si bien no determina dichas decisiones. Conoce de antemano lo que van a elegir pero no lo preordena. Sabe lo que sus criaturas harán pero .no determina que lo hagan.

La primera forma de esta teoría parece eliminar la omnisciencia de Dios. Digan lo que digan en cuanto a la posibilidad de que Dios se abstenga voluntariamente de hacer use de su omnipotencia, es evidente que decir que se abstiene de poseer dicha omnisciencia no es más que caer en una contradicción. Si Dios conoce realmente todas las cosas, entonces

conoce lo que sus criaturas, incluyendo el hombre, harán. No veo en realidad cómo se puede eludir esto.

Si Dios no sabe qué harán sus criaturas, incluyendo el hombre, entonces se hace entrar en el universo un factor incierto a inexplicable. ¿Se puede precisar ese factor inexplicable? ¿Podemos sostener que si bien Dios no conoce que van a hacer las personas que El ha creado, con todo puede seguir gobernando el resto del universo de manera ordenada? Desde luego que no se puede en modo alguno sostener esto. No, hay una maravillosa concatenación en el curso del mundo; no se puede separar, de la forma que era teoría lo hace, una parte del resto. Si Dios no sabe qué van a hacer los seres personales del universo, entonces el curso todo del mundo se ve envuelto en una gran confusión. El orden de la naturaleza entonces deja de ser tal orden.

Dios, además, en tal teoría, deja de ser Dios. Se convierte en un ser que tiene que esperar a ver qué harán sus criaturas; se convierte en un Dios que tiene que cambiar de planes para acomodarse a circunstancias cambiantes. En otras palabras, se convierte en un Dios que está sometido a una secuencia temporal, para quien sí hay un antes y un después, un entonces y un ahora. Deja de ser el Dios eterno. Es decir, se convierte en un ser finito; no es Dios sino un dios, y aunque llegáramos a conocerlo deberíamos seguir buscando al Dios que es de verdad Dios.

Sería difícil imaginar una teoría menos filosófica que era que sostiene que Dios se mantuvo aparte y quiso depender para el resto de sus planes, de lo que sus criaturas se dignaran hacer. Pero además de no filosófica es no bíblica. Si hay algo que constituya la raíz de todo lo que enseñan las Escrituras acerca de Dios es que Dios lo sabe todo. Pero no sería así si no supiera qué van a hacer sus criaturas. Un Dios tal, con limitaciones de conocimiento, es muy distinto del Dios de la Biblia, del Dios para el que no hay secreto.

También la otra forma que adopta la teoría de que nos ocupamos es sumamente insatisfactoria. Según dicha forma, Dios no determina ni preordena las acciones de los

seres personales que ha creado sino que deja que tales actuaciones procedan de la voluntad libre, si bien El conoce de antemano cómo van a actuar.

Sin mucho esfuerzo de reflexión, creo, se ve que esta forma de la teoría en realidad no supera la dificultad que debería haber superado. Esta dificultad es que si las acciones de los seres personales, incluyendo al hombre, han de ser libres —si, en otras palabras, han de ser acciones realmente personales— no pueden estar predeterminadas. Por tanto, sostiene la teoría, Dios no las puede haber determinado de antemano; por consiguiente, Dios debe haber limitado respecto a ellas el ejercicio de su poder.

Bien, pero el problema radica en que si Dios creó realmente estos seres personales sabiendo de antemano qué iban a hacer caso de que los creara, entonces en realidad determinó sus acciones. Sus acciones eran ciertas antes de que las realizaran. Pero si la certeza de una acción antes de que se realice significa que dicha acción no es libre ni verdaderamente personal, entonces dichas acciones, al conocerlas Dios de antemano con absoluta certeza, no eran libres; y la teoría queda a merced de todas las objeciones que levantan contra nuestra doctrina.

Queda a merced de todas esas objeciones. Sí, y además se enfrenta con objeciones todavía mucho más graves.

¿Qué clase de Dios es ese que sólo sabe de antemano que sus criaturas van a realizar ciertas acciones y con todo no designa que las realicen? ¿No es acaso un Dios que está consciente de que hay algo necesario fuera de su propia voluntad? Parece como si esa certeza de las acciones futuras de las personas creadas que permite a Dios predecirlas deba atribuirse o bien al propósito de Dios o bien a algún destino ciego, del que Dios está consciente pero que es independiente de El. La segunda alternativa rebaja a Dios. Lógicamente, implica el abandono de ese punto de vista elevado que atribuye la existencia de todas las cosas a la voluntad misteriosa de una persona todopoderosa. Conlleva en realidad el abandono de la idea teísta del mundo, por poco que estén conscientes de ello los que defienden dicha alternativa.

No, debemos descartar todas estas componendas. Son sumamente peligrosas. Pero lo que resuelve el problema en nuestro caso es que son contrarias a la Biblia. La Biblia no hace excepciones cuando habla del gobierno de Dios sobre el mundo. Según la Biblia, Dios lo gobierna todo, y la Biblia es muy clara en enseñar que Dios determina los actos voluntarios de sus criaturas. Nada, según la Biblia, queda fuera del plan eterno de Dios.

Pero, llegados a este punto, a menudo proponen otra objeción. "Ustedes los calvinistas se olvidan de algo," afirma el objetante. "Si Dios preordena incluso las acciones libres de las personas, incluyendo el hombre, que El ha creado, ¿qué dicen de las acciones pecaminosas? ¿Las ha preordenado? En caso afirmativo, ¿dónde va a parar su santidad? ¿No debemos acaso atribuir cuando menos las acciones pecaminosas, sólo a la libre determinación de los pecadores quienes las cometen y no al plan o propósito de un Dios santo?".

En respuesta a tal objeción, es fácil recurrir a las palabras de la Escritura que enseñan precisamente lo contrario de lo que el objetante sostiene. La crucifixión de Jesús fue sin duda un acto pecaminoso; nadie puede dudarlo. Con todo la Biblia afirma repetidas veces que formaba parte del plan de Dios. "A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole." La palabra que se traduce por "consejo" es una palabra muy sencilla; significa "deseo" o "propósito." ¿Pero qué fue lo que, según este versículo, fue hecho por el propósito expreso de Dios? Fue la entrega de Jesús. Creo que alude a la entrega de Jesús por parte de Judas, y no la entrega de Cristo a sus enemigos por parte de Dios. Entonces, el acto malvado de Judas, la entrega de su Señor, se dice ser algo que formaba parte del plan de Dios. Pero incluso si la entrega a la que se refiere es la entrega de Cristo a sus enemigos por parte de Dios, es muy difícil eludir las implicaciones directas del pasaje. Parece evidente, si se toma el versículo en su totalidad, que el crimen total de dar muerte a Jesús se realizó, según este versículo, "por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios."

Lo mismo aparece, quizá con mayor claridad todavía, en otro pasaje de Hechos. En el capítulo cuarto se dice : "Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra lo santo Hijo Jesús, a quien ungió, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto lo mano y lo consejo habían antes determinado que sucediera. " Esos hombres perversos, con su perversa acción, no se opusieron al plan de Dios ni hicieron nada fuera de él. No, hicieron sólo lo que la mano de Dios y el consejo de Dios predeterminaron que se hiciera. Incluso las acciones malas de los hombres no constituyen, por tanto, excepciones al carácter absolutamente universal del propósito eterno de Dios. El Catecismo Menor está en perfecta armonía con la Biblia cuando afirma que con ese propósito eterno Dios ha preordenado todo lo que sucede — no todo lo que sucede con la excepción de los actos libres o por lo menos de los actos malos de las personas creadas, sino todo lo que sucede sin excepción ninguna.

Recuerdo un sermón que oí el verano pasado. Me encontraba en Zermatt en los Alpes Suizos. Durante la semana, hacía alpinismo; el Matterhorn, el Weisshorn y otros picos famosos. Los domingos iba a la iglesia.

El sermón concreto que recuerdo versó sobre el texto: "Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David. " Estas palabras pronunció David cuando huía de Absalón. Cuando el rey pasaba acompañado de su séquito, reducido y melancólico, Simei le tiró piedras y lo maldijo, diciendo: "¡Fuera, fuera, hombre sanguinario y perverso! Jehová lo ha dado el pago de toda la casa de Saúl, en lugar del cual tú has reinado, y Jehová ha entregado el reino en mano de lo hijo Absalón ; y hete aquí sorprendido en lo maldad, porque eres hombre sanguinario. "

Esta fue la maldición de Simei. No sorprende que Abisai hijo de Sarvia dijera al rey: "¿Por qué maldice este perro muerto a mi señor el rey? Te ruego que me dejes pasar, y le quitaré la cabeza."

Pero David respondió: "¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Sarvia? Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David. ¿Quién, pues, le dirá : ¿Por qué lo haces así?".

El predicador en esa pequeña capilla protestante en la parte católica de Suiza interpretó el incidente como ejemplo de la forma en que Dios utiliza las acciones de los hombres malos. David reconoció una gran verdad. Incluso la maldición de Simei, dijo David, ocupaba un lugar en el plan de Dios. "Jehová le ha dicho que me maldiga" dijo David.

Desde luego, dijo el predicador de Zermatt, David había merecido maldición. No, desde luego, la que Simei le lanzó; no fue hombre sanguinario en el trato con la casa de Saúl, como Simei afirmó. Pero por otras cosas que hizo —por haber llevado a la muerte, movido por la lujuria a Urías heteo — mereció maldición.

Hubo Alguien, sin embargo, dijo el predicador, de quien no se pudo decir lo mismo y sobre quien, a pesar de todo, fueron lanzadas maldiciones. Hubo alguien que pendió de una ignominiosa cruz y soportó maldiciones y burlas de sus enemigos. Al pasar cerca meneaban la cabeza con burla y lo maldecían y escarnecían en la cruz.

Esas maldiciones por lo menos gran del todo inmerecidas. Fueron dirigidas contra el único hombre verdaderamente inocente de entre todos los que han vivido en la tierra; fueron un pecado terrible, tenebroso, de quienes las profirieron.

Con todo, no cabe duda de que no hicieron algo que no entraba en los planes de Dios. En absoluto; formaba parte de la entraña misma de ese plan. Por esas maldiciones proferidas contra el Justo y Santo, y por la muerte que las acompañó, todos nosotros, si formamos parte del pueblo de Dios, somos salvos.

Sí, sin duda que las acciones malas de los hombres ocupan un lugar en el propósito eterno de Dios. La Biblia lo dice con meridiana claridad. Los hombres malos quizá no piensen que están cumpliendo el propósito de Dios: pero no dejan de cumplirlo, incluso con los actos más perversos que realicen.

Esto, sin embargo, hace que se susciten preguntas muy graves. Si las acciones malas de los hombres ocupan un lugar en el plan de Dios, si Dios las preordena, entonces ¿es responsable el hombre de ellas, y no es Dios el autor del pecado?

A cada una de estas preguntas la Biblia da una respuesta inequívoca. Sí, el hombre es responsable de sus actos malos; y no, Dios no es el autor del pecado.

Que el hombre es responsable de sus acciones malas se ve tan claro desde el comienzo de la Biblia hasta el fin que es innecesario mencionar textos concretos para demostrarlo. Pero también está claro en la Biblia que Dios no es el autor del pecado. Esto se comprende por la naturaleza misma del pecado, que es rebelión contra la ley Santa de Dios. También se enseña en forma explícita. "Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios ; porque Dios ,no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. "

¿Cómo, pues, podemos resolver la dificultad? Hemos dicho que Dios ha preordenado todo lo que sucede. Las acciones pecaminosas de los hombres son cosas que suceden. Con todo negamos que Dios sea el autor de las mismas y atribuimos la responsabilidad de ellas al hombre.

Con qué derecho lo hacemos? ¿Acaso no nos metemos en una contradicción sin solución?

La respuesta se halla en el hecho de que si bien Dios preordena todo lo que sucede, hace que las cosas sucedan en formas muy diferentes.

No hace que sucedan las acciones ` de los seres personales de la misma forma que los sucesos del mundo físico. Esto es así incluso en el caso de las acciones buenas de los hombres que son sus hijos. Incluso cuando Dios hace que esos hombres realicen cierta



acciones bajo él influjo de su Santo Espíritu, no trata con ellos como si fueran piedras o palos, sino que trata con ellos como hombres que son. No les hace realizar esas cosas contra su voluntad, sino que determina dicha voluntad, y su voluntad como personas queda a salvo cuando realizan dichos actos. Los actos siguen siendo de ellos, incluso si el Espíritu de Dios los guía a realizarlos.

Cuando Dios hace que sucedan las acciones malas del hombre, influye todavía de una manera distinta. No tienta a los hombres para que pequen; no influye en ellos para que pequen. Pero hace que sucedan esas acciones como elección libre y responsable de seres personales. Ha creado esos seres con el don temible de la libertad de elección. Lo que hacen como fruto de ese don son acciones suyas. En realidad no sorprenden a Dios cuando las hacen; el hacerlas entra en el plan eterno de Dios ; pero por ellas, no Dios sino ellos son responsables.

¿Dónde está la verdadera dificultad en todo esto? ¿Es acaso la dificultad de armonizar la voluntad libre de la criatura con la certeza de las acciones de las criaturas como parte del propósito eterno de Dios? No, no creo que sea ésta la verdadera dificultad. Me parece que es ver cómo un Dios bueno y todopoderoso pudo permitir que entrara el pecado en el mundo que El había creado. Esta dificultad se enfrenta con la enseñanza consecuente y verdaderamente bíblica del decreto divino, enseñanza que hemos tratado de sintetizar en esta exposición, y también se opone a las opiniones inconsecuentes que hemos refutado. Nunca se debe emplear, por tanto, como argumento en favor de ninguna de las dos teorías inconsecuentes ni contra la enseñanza consecuente.

El problema subsiste. ¿Cómo pudo un Dios santo, si es todopoderoso, haber permitido la existencia del pecado?

¿Cómo resolver el problema? Me parece que debemos admitir algo que no le agrada mucho a nuestro orgullo. Me temo que tenemos que reconocer que es insoluble.

¿Es tan sorprendente que haya cosas que no comprendamos? Dios nos ha comunicado muchas cosas. Incluso acerca del pecado nos ha revelado mucho. Nos ha dicho cómo por un precio infinito, con el don de su Hijo, nos ha dado la forma de evitarlo. Sí, Dios nos ha comunicado muchas cosas. ¿Es sorprendente que no nos lo haya revelado todo? No me parece, amigos míos. Después de todo, no somos más que criaturas finitas. ¿Sorprende que haya ciertos misterios que Dios en su bondad y sabiduría infinitas nos haya querido ocultar? ¿Sorprende que haya ciertos aspectos en sus consejos que nos ha pedido que nos contentemos con no conocer sino que nos conformemos con confiar en El que todo lo sabe?

\*\*\*

## **CAPÍTULO 4**

### **QUE ES LA PREDESTINACION**

Respecto a la pasada charla se me puede acusar de haber dedicado todo el tiempo a hablar palabra — una palabra en la definición de los decretos de Dios que se halla en el Catecismo Menor. Fue una sola palabra, pero de tal importancia que explicarla hubiera podido tomarnos muchos domingos por la tarde durante años. "Los decretos de Dios," dice el Catecismo Menor, "son su propósito eterno, según el consejo de su voluntad, por el cual, para su propia gloria, ha preordenado todo lo que sucede." La palabra de la que les hablé fue "todo." ¿Ha preordenado Dios todo lo que sucede, o ha preordenado sólo algunas cosas, mientras que otras —las que dependen de la elección de seres personales— las ha dejado fuera de su plan eterno? Defendí el primer punto de vista, y demostré que sólo ése está en armonía con la Biblia. Sostuve, de acuerdo con la Biblia, que no algunas cosas que suceden sino todas las cosas —incluso las decisiones libres de seres personales — incluso las acciones malas de hombres y demonios — suceden según el propósito eterno de Dios.

No todas las cosas suceden de la misma forma según el plan de Dios. Dios no hace que las decisiones libres de seres personales sucedan de la misma forma en que hace que sucedan los acontecimientos del mundo físico. Hace que las acciones de los seres personales sucedan de una forma que resguarda por completo la libertad de elección, y que no destruye en absoluto la responsabilidad. Las acciones malas de seres personales hace que sucedan en una forma que no lo hace a El autor del pecado. Pero esto no debería confundir en lo más mínimo el hecho de que Dios hace que sucedan todas las cosas. Suceden en cumplimiento del propósito de Dios.

Quizá los hombres malos no piensen que están cumpliendo el propósito de Dios, pero con todo lo están cumpliendo, incluso con los actores más perversos. La crucifixión de Jesucristo nuestro Señor, el pecado más terrible que se haya cometido sobre la tierra, se llevó a cabo, según la Biblia "por el determinado consejo y anticipado conocimiento de

Dios." No hay nada que sorprenda a Dios; todo lo que sucede es absolutamente cierto desde la eternidad porque todo entra en el plan eterno de Dios.

La gente a veces llama a eso fatalismo. Sería más correcto decir que se opone diametralmente al fatalismo. La diferencia entre eso y el fatalismo es la diferencia entre el destino y Dios, y es evidente que no hay diferencia mayor que esa. El fatalismo basa la certeza de todas las cosas en algo ciego e impersonal llamado destino; el punto de vista que hemos presentado basa la certeza de todo en el propósito eterno de un Dios vivo.

Pero la diferencia va más allá del fundamento último de todas las cosas. Sería del todo incorrecto decir que estamos de acuerdo con el fatalista en sostener que la libertad humana es un espejismo y que todo funciona en forma mecánica, y que diferimos de él en sostener que más allá de ese automatismo está el propósito de un Dios personal. No, de ninguna manera. Diferimos del fatalista en forma mucho más radical que la mencionada. Sostenemos que precisamente porque el Dios que está actuando en todas las cosas es un Dios personal, hay una diferencia maravillosa en la forma en que ejecuta sus decretos. Sostenemos que cuando trata con personas trata con ellas como con personas, y que la certeza con la que por medio de ellas realiza lo que se ha propuesto no destruye la libertad de las mismas ni su responsabilidad sino que la resguarda por completo.

Frente a esa certeza con que Dios realiza su propósito, no cabe duda que el temor se apodera de nosotros. "¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!" dice la Biblia. Sí, es realmente algo horrendo. Pero es algo muy diferente de hallarse en las garras de un destino ciego e impersonal. El teísmo bíblico y el fatalismo son en realidad polos radicalmente opuestos.

Además, si el punto de vista que hemos presentado es el polo diametralmente opuesto al fatalismo, es también el único contrincante realmente formidable del fatalismo. Teologías chapuceras, puntos de vista acerca del mundo que no son más que centones, que sostienen que el plan de Dios no se cumple a menudo debido a las acciones de seres personales, no son en modo alguno contrincantes serios del fatalismo. Ostentan demasiado a la vista las señales de no ser sino componendas y expedientes.

Supongo que esto es lo que un científico eminente quiso decir si llegó realmente a decir, como me refirieron, que desde el punto de vista científico el calvinismo es "la única teología respetable." Sólo el calvinismo hace justicia a la unidad del mundo, y es ciertamente el único que hace justicia a la enseñanza de la Biblia.

Si, pues, sostenemos el punto de vista de la Biblia, si sostenemos que todo lo que sucede está en armonía con el propósito eterno de Dios, ¿sabemos algo acerca de ese propósito eterno?

Sí, algo podemos llegar a saber acerca del mismo. No todo, desde luego. Lo que podemos conocer es muy poco comparado con lo que no conocemos. Pero con todo, algo conocemos acerca del mismo, y ese algo es muy importante en realidad.

No conocemos ese algo porque lo hayamos descubierto nosotros mismos, sino porque Dios se ha complacido en revelárnoslo en su Palabra.

¿Qué conocemos entonces acerca del propósito de Dios? ¿Por qué creó Dios el universo? ¿Por que lo ordenó en la forma que lo hizo?

Creó y ordenó el universo por algún propósito que se halle en el universo mismo? Desde luego que no. Esto haría que el mundo fuera un fin en sí mismo; lo elevaría a una posición que pertenece sólo a Dios. No, la creación del mundo debe haber tenido como propósito algo que existió antes de que el mundo fuera. Pero antes del mundo no existía más que Dios. Por tanto el propósito del mundo debe hallarse en Dios.

Así podríamos razonar, y sería un razonamiento legítimo; se basaría en lo que Dios nos ha revelado respecto a sí mismo. Pero no nos vemos obligados a depender sólo de tales razonamientos, por Buenos que sean. Dios también nos ha dicho en forma directa cuál es su propósito. Nos ha dicho en la Biblia que hace que las cosas sucedan para gloria suya.

Esta verdad penetra de tal modo toda la Biblia que no sé si hace falta citar pasajes concretos. Podría citar algún pasaje espléndido, por ejemplo, el capítulo primero de Efesios. En él se nos da una de las visiones más vastas, quizá, de los consejos de Dios. Se nos hace ver la perspectiva general del plan divino a partir de la elección que Dios hace de su pueblo antes de la fundación del mundo. Pero si el maravilloso drama comienza ahí, ¿dónde concluye? ¿Concluye tan sólo con la bienaventuranza del pueblo redimido o con la de las criaturas de Dios? De verdad que no. Esta bienaventuranza es gloriosa. Pero no es el fin de todo. Hay algo más elevado que esto, algo para lo cual esa bienaventuranza de las criaturas de Dios no es más que un medio. ¿Por qué son bienaventuradas las criaturas? El pasaje lo dice bien claramente. "Para alabanza de su gloria." Este es el fin último. El fin último de todo lo que sucede y sucederá incluyendo el fin último del gran drama de la redención se halla en la gloria del Dios eterno.

Esta verdad aparece repetidas veces en la Biblia. La Biblia difiere de los libros humanos religiosos no sólo en algún que otro punto sino en el eje mismo alrededor del cual todo gira. Los libros humanos tienden a hallar el eje en el hombre; la Biblia lo pone en Dios.

A los hombres no les gusta esta característica fundamental de la Biblia. Prefieren pensar que la meta es la felicidad de la criatura; interpretan mal el texto "Dios es amor" en el sentido de que Dios es sólo amor y que existe para el bien de sus criaturas. En oposición al Catecismo Menor, sostienen que el fin principal de Dios es glorificar al hombre. Pero la Biblia está claramente de acuerdo con el Catecismo Menor; la Biblia enseña con toda claridad que el fin principal del hombre y el fin de todas las cosas es glorificar a Dios.

La gente tiene una especie de idea vaga de que eso es hacer de Dios un egoísta. Sería egoísta y odioso que uno de nosotros hiciera que el fin de todas sus actividades fuera su propia gloria, y por ello se apresuran a concluir que lo que sería egoísta en nuestro caso lo es también en el de Dios. Por ello tratan de hallar algún fin de las actividades de Dios que no esté en Dios mismo.

Esta forma de razonar, sin embargo, hace caso omiso del abismo infinito que existe entre el Creador y la criatura. Dios es infinitamente superior a todo lo creado. Si hiciera de las criaturas finitas el fin supremo de sus acciones, esto sería poner un fin más bajo en el lugar que corresponde sólo al más elevado. No hay nada más elevado que la gloria de Dios. Por tanto esa debe ser el fin supremo de todas las cosas.

Pero, ¿qué queremos decir con la gloria de Dios? Creo que es muy importante que respondamos con claridad a esta pregunta. No queremos decir nada que sea semejante a la gloria del hombre. No, queremos decir algo que es infinitamente comprensivo, que lo abarca todo. En la gloria de Dios entra la majestad toda de las perfecciones divinas — sabiduría infinita, poder infinito, bondad infinita, amor infinito. Este es — este esplendor pleno del ser de Dios y sus acciones y el reconocimiento del mismo en alabanza sin fin — este es el fin supremo de todo. No puede haber otro más elevado; el poner algún otro en su lugar sería una abominación.

Sostenemos, por consiguiente, con todo nuestro corazón la gran definición de los decretos de Dios que se halla en el Catecismo menor de nuestra iglesia. "Los decretos de Dios son su propósito eterno, según el consejo de su voluntad, por el cual para su propia gloria ha preordenado todo lo que sucede."

Hemos expuesto en forma general la gran verdad que se contiene en esta definición. Queda ahora por tratar una esfera específica a la que se aplica esta verdad. Me refiero a la esfera de la salvación. La doctrina de los decretos divinos, cuando se aplica en forma específica a la esfera de la salvación, se llama "predestinación."

Al pronunciar esta palabra, quizá algunos de mis oyentes se estremezcan. Se piensa que la "predestinación" es una doctrina muy espinosa. Por lo menos se cree que es una idiosincrasia de una secta sumamente estricta. Incluso los que la aceptan a menudo piensan que es una doctrina que es mejor descartar en la predicación ordinaria — algo para exponer en las aulas teológicas, pero no algo que vaya a ser jamás aceptable para los cristianos corrientes.

Así tienden a considerar este punto los hombres. Pero tomen la Biblia, amigos míos, y léanla sin prejuicios. Si lo hacen se verán obligados a confesar que la Biblia considera el problema en una forma del todo diferente. En lugar de relegar la doctrina de la predestinación a un lugar secundario, la Biblia la sitúa en la médula misma de toda su enseñanza.

Hoy sólo dispongo de tiempo para decir unas breves palabras acerca de esta gran doctrina. Espero volver a tocar este punto; pero ahora sólo podré indicar con brevedad en qué consiste esta doctrina, tal como la Biblia la enseña.

Me parece que puedo hacerles ver con claridad en qué consiste la doctrina de la predestinación poniéndola en relación con lo que he expuesto en las dos últimas charlas.

He hablado del propósito eterno de Dios, por el cual y para su propia gloria ha preordenado todo lo que sucede. Pues bien, entre las cosas que suceden, según la Biblia, está la salvación de algunos hombres y la condenación de otros. Si el propósito de Dios ha preordenado todas las cosas, entonces también esas dos cosas han sido preordenadas. El proclamar el hecho de que han sido preordenadas se llama doctrina de la predestinación. Esta doctrina no es más que una aplicación especialmente importante, por tanto, de la doctrina de los decretos divinos.

Si esta doctrina de los decretos divinos es verdadera, entonces esta aplicación especial de la misma también es verdadera. Esto está claro.

Pero la Biblia no se deja en manos de una argumentación lógica como ésta, por buena e irrefutable que sea. No deja que deduzcamos tan sólo la doctrina de la predestinación de la doctrina general de la universalidad de los decretos divinos. No, enseña expresamente esa doctrina de la predestinación y la enseña en la forma más clara posible. La Biblia enseña con claridad que cuando algunos hombres se salvan y otros se pierden, ninguna de



estas dos cosas representa una sorpresa para Dios, porque ambas suceden porque forman parte del plan eterno de Dios.

La Biblia insiste más en la primera de estas dos cosas; insiste más en el hecho de que los salvos son predestinados a la salvación que en el hecho de que los perdidos son predestinados a la condenación eterna.

¿Por qué hace esto? ¿Será porque trata en cierto modo de oscurecer la predestinación de los perdidos? Ciertamente que no. Por el contrario, enseña esta doctrina en ciertos pasajes con la mayor claridad posible. ¿Por qué entonces insiste más en la predestinación de los salvos a la salvación?

Creo que puedo ofrecerles por lo menos una razón. Lo hace porque considera la salvación de los salvos y no la perdición eterna de los condenados como lo verdaderamente sorprendente. Nosotros propendemos más bien a considerar esta realidad en la forma exactamente contraria. Lo que nosotros consideramos sorprendente es que algunos miembros de la raza humana, algunas de esas criaturas excelentes llamadas hombres, que se supone que actúan lo mejor que saben y que son culpables cuando más de algunas menudencias y de faltas del todo excusables, vayan a caer bajo el desagrado divino. Pero lo que la Biblia considera sorprendente es que alguna de esas criaturas caídas llamadas hombres, todos los cuales sin excepción merecen la ira y maldición de Dios, vayan a ser recibidos en la vida eterna. Nosotros consideramos como sorprendente que algunos se pierdan; la Biblia considera como sorprendente que algunos se salven. Naturalmente es en lo sorprendente o inesperado en lo que se insiste. Por esta causa, o al menos en parte por esta causa, la doctrina bíblica de la predestinación se ocupa sobre todo de la predestinación de los salvos a la salvación más que de la predestinación de los no salvos a la perdición eterna. El segundo aspecto del tema se expone con menos extensión porque se presupone en todas partes. Constituye el tenebroso telón de fondo sobre el cual adquiere un relieve glorioso la maravilla del propósito de Dios para los que ha escogido para la salvación.

¿Por qué algunos hombres son salvos? ¿Es porque han hecho algo especial, porque son menos culpables ante Dios que los otros? La Biblia toda se ocupa de desmentir tal cosa. Dios escogió a Israel, según la Biblia, de entre todos los pueblos de la tierra. ¿Por qué? ¿Fue porque Israel mereciera más el favor divino, o porque poseyera cualidades excelentes que Dios vio que podía utilizar? Quien crea tal cosa, quien crea que éste es el significado del Antiguo Testamento, no hace sino demostrar con ello que jamás ha entendido para nada la médula de lo que enseña el Antiguo Testamento. En la conciencia del pueblo de Dios del Antiguo Testamento, en la conciencia que se formó con la revelación divina dada por medio de un legislador y de profetas, forma como el sustrato de todo lo demás un sentido profundo de maravilla de que Dios hubiera escogido a un pueblo tan insignificante, a un pueblo ni más fuerte ni mejor que otros, para que fuera su propio pueblo. Sea lo que fuere lo que contenga el Antiguo Testamento, esto es la médula de todo. Y esto es predestinación. Israel fue el pueblo de Dios .no por razón de algo que hubiera hecho o pudiera hacer o podría hacer sino sencillamente por la elección soberana de Dios.

Cuando pasamos al Nuevo Testamento nos encontramos con lo mismo. En el Nuevo Testamento hay una revelación más clara de lo que conlleva la elección divina. Se revelan nuevas bendiciones que están reservadas para el pueblo de Dios. Hay una revelación más patente en cuanto a las personas que constituyen ese pueblo de Dios. Es un pueblo escogido de entre todas las naciones de la tierra. Pero no hay cambio alguno en la revelación básica en cuanto a la soberanía de la elección divina. Según el Nuevo Testamento, al igual que según el Antiguo, los que constituyen el pueblo de Dios, los que están destinados a la salvación, son escogidos para formar el pueblo de Dios no por algo que hayan hecho o harían sino sencillamente por la soberanía del beneplácito de Dios.

Esta soberanía del beneplácito de Dios. es lo básico ; todo lo demás procede de ello. Aquellos a quienes Dios ha escogido creen en Cristo. Pero Dios no los escogió porque previó que creerían exactamente lo contrario. Dios no los escogió porque creyeron; sino que pudieron creer porque nos los escogió. El que no entiende esto no ha entendido algo

que está en la misma entraña de v Biblia; no ha entendido el verdadero significado de la gracia de Dios.

\*\*\*

## **CAPITULO 5**

### **LA BIBLIA Y LA PREDESTINACIÓN**

En la última charla comencé a hablarles acerca de la gran doctrina bíblica de la predestinación. Esta doctrina, dije, no es más que una aplicación concreta de la doctrina de los decretos divinos. Si Dios preordena todo lo que va a suceder, y si entre lo que sucede está la salvación de algunos y la perdición de otros, entonces se sigue con lógica ineluctable que preordena ambas cosas. Este decreto anticipado de Dios respecto a ambas cosas ha venido a llamarse "predestinación." La doctrina de la predestinación es precisamente la doctrina de los decretos divinos aplicada a la esfera específica de la salvación.

Pero la doctrina de la predestinación no es en modo alguno tan sólo una deducción de la doctrina general de los decretos divinos; también se encuentra en forma expresa en la Biblia y en una forma clarísima.

¿Por qué, según la Biblia, algunos hombres se salvan y entran en la vida eterna, mientras otros reciben el justo castigo de sus pecados?

¿Sencillamente porque algunos Creen en Jesucristo y otros no?

Bien, desde luego que todos los que Creen en Jesucristo se salvan y todos los que no Creen en él se pierden. Esto es evidente.

Pero, ¿por qué algunos hombres Creen en Jesucristo, en tanto que otros no Creen en él?

¿Es tan sólo porque algunos, por decisión propia, escogen creer en Cristo, en tanto que otros, por decisión semejante, escogen no creer? ¿Es entonces la voluntad humana el factor decisivo en esta elección entre creer y no creer?

¿O acaso algunos hombres creen y otros no, porque los ha destinado Dios de antemano, en sus eternos propósitos, a uno de estos dos cursos de acción?

Si lo primero es cierto, la doctrina de la predestinación es errónea. Si la voluntad humana es el factor final en la decisión de creer o no creer, de ser salvo o no, entonces resulta absurdo seguir hablando acerca de la predestinación.

Algunos, en realidad, defienden tal absurdo. La predestinación, dicen, significa tan sólo que los que creen están predestinados a salvarse. El que crean depende de ellos mismos, pero una vez han creído por decisión propia, entonces están predestinados a recibir la vida eterna.

No cabe duda de que nos hallamos ante un uso equivocado del lenguaje. No se puede hablar de que algo está predestinado en el sentido de determinado de antemano si de hecho no está para nada determinado sino que sigue siendo incierto hasta que no se pone en movimiento por medio de un acto de la voluntad humana.

La razón de que emplee el lenguaje en esta forma equivocada es obvia. Creen, desde luego, en la Biblia. La Biblia emplea la palabra "predestinar" ; por tanto han de emplear esta palabra, aunque repudian lo que dicha palabra, en el sentido más obvio que tiene, parecería denotar.

No insistimos, sin embargo, en la palabra, sino fijémonos en lo que constituye el sustrato de la misma. Tratemos de llegar a la médula del problema.

¿Qué se discute en realidad ? Me parece que se lo puedo decir en forma bien clara. Se trata de si el hombre está predestinado - si de momento concedemos a nuestros

adversarios en esta cuestión el empleo elástico que hacen de la palabra se trata de si Dios predestina a un hombre a que se salve porque cree en Cristo o bien cree en Cristo porque está predestinado.

No estamos frente a un problema sin importancia o puramente académico. No se trata de una sutileza teológica. Por el contrario, es un problema de gran importancia para las almas de los hombres.

Sé, claro está, que algunas personas verdaderamente cristianas deciden en forma equivocada; yerran en cuanto a este problema y con todo aceptan lo suficiente de la Biblia de modo que son verdaderos cristianos. Sin embargo sería una gran equivocación deducir de esto que estamos ante una cuestión sin importancia. Por el contrario, cuanto más me fijo en el estado actual de la Iglesia, cuanto más considero la historia reciente de la Iglesia, tanto más me convengo de que equivocarse en el problema que nos ocupa conduce en forma ineluctable a más y más errores, y a menudo viene a ser la cuña que abre brecha y deteriora el testimonio todo de los cristianos y de las Iglesias.

Bien, pues, si el problema es tan importante, ¿qué solución tiene? ¿Se soluciona a base de lo que uno prefiere o con razonamientos personales respecto a lo que creemos ser justo y adecuado? Dirán los que opinan de una manera: "No me gusta esta noción de predestinación absoluta ; no me gusta esta idea de que desde toda la eternidad ya está determinado en el propósito de Dios quienes y cuantos se salvan y quienes y cuantos se pierden ; me gusta mucho más la idea de que el salvarse o el perderse depende de lo que uno mismo escoja." Y dirán los que opinan en forma contraria, en respuesta a lo que precede: "A mí en cambio me gusta lo que a tí no lo agrada; me gusta la idea de predestinación absoluta ; me gusta creer que cuando alguien se salva depende por completo de Dios y no del hombre; prefiero retroceder ante el misterio que esto conlleva, ante el inescrutable consejo de la voluntad de Dios."

Es así cómo debe debatirse este problema? ¿Debe depender sólo de lo que agrada o desagrada? Me parece que no, amigos míos. En realidad, si fuera a depender de esto, ni

valdría la pena discutirlo. Si estamos frente a un problema de simple preferencia, entonces uno diría que merece que lo pongamos en la lista que figura bajo el refrán antiguo "sobre gustos y colores no se han puesto de acuerdo los autores". Quizá sería mejor en este caso acabar con las discusiones. No, amigos míos. Sólo hay una manera de zanjar la cuestión. Es examinar qué dice la Biblia acerca de ello. Nunca hay que darla por terminada diciendo que nos gusta más una respuesta que otra, sino que hay que zanjarla después de oír lo que ha dicho en cuanto a la misma en su santa Palabra.

Muy bien, entonces; veamos qué dice la Biblia acerca de este problema de la predestinación.

Pero antes de que busquemos la respuesta que la Biblia da a este problema, es importante que tengamos una idea bien clara del mismo.

Ya hemos formulado la cuestión antes. ¿Predestina Dios a algunos hombres a que se salven porque creen en Cristo, o por el contrario pueden algunos hombres creer en Cristo porque han sido predestinados? En otras palabras, ¿depende la predestinación de este acto de la voluntad llamado fe, o es ese acto de la voluntad humana conocido como fe el resultado de la predestinación?

Este es el problema formulado en forma sintética. Pero es importante darse cuenta de que la primera de las dos respuestas al problema ha adoptado dos formas diferentes.

Si se considera que la predestinación a la salvación depende de la decisión de la voluntad humana entre creer o no creer, entonces se plantea el problema ulterior de si Dios conoce o no de antemano cuál va a ser la decisión de la voluntad.

Algunos han dicho, "No. Dios no sabe de antemano cuál va a ser la decisión de la voluntad del hombre. Se limita a esperar a ver qué hará la voluntad, y entonces, cuando el hombre ya ha decidido, Dios actúa en consecuencia, dando la salvación a los que han escogido creer y enviando a la muerte eterna a los que han escogido no creer."

Según esta opinión, la única predestinación de la que se puede hablar es una predestinación condicional. Es una predestinación con un gran "sí". Dios no predestina a nadie para la vida eterna o para la muerte definitiva sino que se limita a dejar establecido de antemano que si alguien cree en Cristo entrará en la vida eterna y si alguien no cree en Cristo entrará en la muerte eterna. La decisión referente al grupo del que cada persona llegará a formar parte depende de cada uno, y Dios ni siquiera sabe cuál va a ser la decisión.

La otra forma que asume la teoría que estamos exponiendo afirma que Dios conoce de antemano pero no preordena. Dios sabe de antemano, dicen, cuál va a ser la decisión de cada uno de los hombres en cuanto a creer o no en Cristo, pero no determina tal decisión.

Esta forma de la teoría, como señalamos al tratar de los decretos divinos en general, es un pobre fruto híbrido. Se queda a medio camino; se enfrenta con todas las dificultades, reales o imaginarias, que acompañan a la doctrina de la predeterminación completa de todo lo que sucede por parte de Dios, y también se ve rodeada de dificultades propias.

Pero ya es hora de que volvamos a la Biblia. La Biblia se expresa con absoluta claridad en cuanto a todo este problema. Se opone en forma radical a las dos formas de la teoría que acabamos de exponer. Es por completo opuesta a la idea de que Dios no sabe qué va a decidir el hombre, y también se opone a la idea de que Dios no preordena lo que conoce de antemano. Frente a tales ideas, nos dice en la forma más clara que se pueda imaginar, no sólo el consejo de su voluntad sino también en concreto que ha predeterminado la salvación de algunos y la perdición de otros.

Esto lo hallamos en realidad incluso en el Antiguo Testamento. Nada podría repugnar más a la revelación del Antiguo Testamento acerca de Dios que esta idea de que las decisiones del hombre constituyen una especie de excepción a la soberanía de Dios. Si hay algo que parezca más claro que lo demás en el Antiguo Testamento es que Dios es el Señor absoluto del corazón del hombre. Puede cambiar el corazón; puede cambiar el

corazón viejo por uno nuevo. Esto no es más que una forma de decir que las acciones que nacen del corazón del hombre no quedan fuera del plan de Dios sino que constituyen una parte integral del mismo. Dios, según el Antiguo Testamento, es Rey, y lo es con una soberanía absoluta que no admite excepciones ni restricciones de ninguna clase.

En ejercicio de dicha soberanía absoluta, según la Biblia, Dios escogió a Israel. Su elección de Israel no se debió a méritos ni virtudes que Israel poseyera. El Antiguo Testamento reitera este gran pensamiento. No, se debió a la gracia misteriosa de Dios. Israel fue el pueblo de Dios, no porque hubiera decidido ser el pueblo de Dios sino porque fue predestinado a ser el pueblo de Dios. El que no capta esto no ha captado la médula y meollo de la revelación del Antiguo Testamento.

Pero cuando pasamos al Nuevo Testamento lo que ya aparecía claro en el Antiguo se vuelve todavía más evidente y maravilloso. Si los hombres se salvan, según el Nuevo Testamento, se salvan por la predeterminación misteriosa de Dios.

Sólo puedo mencionar unos pocos pasajes en los que se enseña esto.

Se encuentra en la enseñanza de nuestro Señor que nos refieren los Evangelios Sinópticos. Cuando Jesús ofreció la salvación, algunos la aceptaron y otros la rechazaron. ¿Por qué? ¿Sólo porque así lo decidieron independientemente del decreto de Dios? Jesús mismo dio la respuesta. "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así lo agradó." "Porque así lo agradó" — esta es, según Jesús, la razón definitiva de por qué algunos recibieron un conocimiento salvífico de Dios y otros no.

Se halla con claridad especial en la enseñanza de nuestro Señor que se refiere en el Evangelio de Juan "No ruego por el mundo," dice Jesús, "sino por los que me diste." "Tuyos eran", dice Jesús un poco antes, "y me los diste, y han guardado lo palabra." No veo cómo se podría enseñar la predestinación con más claridad que en el conjunto de la oración sacerdotal de Jesús en el capítulo diecisiete de Juan. Un pensamiento básico —



podría taxi decir que el pensamiento básico del mismo — es que la predestinación precede a la fe. Los discípulos pertenecían a Dios — es decir, a su plan eterno — antes de creer; no llegaron a pertenecer a Dios porque creyeron, sino que pudieron creer porque ya pertenecían a Dios y porque en cumplimiento de su plan Dios los llamó a sí.

La misma doctrina se enseña en el libro de Hechos. Este es el libro, recuérdese, que contiene la famosa respuesta del carcelero en Filipos. "¿Qué debo hacer para ser salvo?" preguntó el carcelero. "Creer en el Señor Jesucristo, y serás salvo," respondió Pablo. La salvación se ofrece, pues, con la única condición de creer en Jesucristo. Pero ¿cómo se explica, según la Biblia, que algunos crean y otros no? El libro ofrece la respuesta en la forma más clara posible. Al hablar de la predicación de Pablo y Bernabé en Antioquia de Pisidia, dice que algunos gentiles que los oyeron creyeron. Bien. ¿qué gentiles que los oyeron creyeron? ¿Creyeron los que por voluntad propia decidieron creer? En absoluto. No, se nos dice expresamente algo por complete diferente. ¿Qué dice el libro referente a esto? Citaré las palabras exactas. "Creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna." No veo cómo sea posible proponer la doctrina de la predestinación en forma más clara y con menos palabras que en este texto. Sólo Creer en Cristo los que de antemano han sido determinados a ello en los consejos de Dios. No están predestinados porque Creer, sino que pueden creer porque están predestinados.

En las Cartas de Pablo, la gran doctrina de la predestinación se enseña repetidas veces. De hecho, no sería exagerado decir que constituye la base de todo lo que Pablo enseña. El apóstol se preocupa, además de aclarar cualquier posible inconsecuencia que sus lectores tengan respecto a esta gran doctrina; con una lógica absolutamente intrépida acorralla nuestro orgullo humane y lo enfrenta con el hecho definitivo de la voluntad misteriosa de Dios.

"Pues no habían aún nacido," dice de Jacob y Esaú, "ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama, se le dijo: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí." ¿Cómo se podría decir en forma más clara que en este pasaje que

la predestinación de Jacob a la salvación y la de Esaú al repudio no se debió a nada que ellos hicieran o que se hubiera previsto — ni siquiera a la fe prevista de uno y la incredulidad y desobediencia previstas del otro — sino a la elección misteriosa de Dios?

Entonces el apóstol se enfrenta a una objeción. Se trata de una objeción que se sigue presentando en el siglo veinte contra esta gran doctrina de la predestinación. ¿Acaso esta doctrina no hace de Dios un ser injusto y parcial?

Cómo resuelve esta dificultad el apóstol? ¿La resuelve según la forma habitual moderna de abandonar la posición contra la que se presenta la dificultad? ¿Elimina la doctrina de la predestinación diciendo que lo que quería decir era que la predestinación era condicionada, dependiente de las elecciones futuras del hombre o de algo parecido?

De ninguna manera. No hace nada de esto; no abandona su posición ni en un centímetro; no elimina la doctrina. Por el contrario, vuelve a recurrir en apoyo de la doctrina, al puro misterio de la voluntad soberana de Dios.

"¿Qué, pues diremos? ¿Que hay injusticia en Dios?" según afirma "En ninguna manera," dice Pablo en respuesta a la misma.

Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que come, sino de Dios que tiene misericordia. Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo lo he levantado, para mostrar en tí mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra. De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece. Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad? Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó : ¿Por qué me has hecho así? ¿0 no tiene protestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? ¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las

riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria, a los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros, no sólo de los judíos, sino también de los gentiles?

No veo cómo la doctrina de la predestinación podría proclamarse con más claridad que en este pasaje. Pero lo que hay que notar en especial es que este pasaje no es algo aislado y único en las Cartas de Pablo ni en la Biblia. Por el contrario, sólo formula en una forma algo más explícita que de costumbre lo que se presupone en todas partes. En realidad viene casi a ser el meollo de lo que Dios nos ha revelado en su Palabra.

Todos los hombres merecen la ira y maldición de Dios, algunos, no más merecedores del favor de Dios que los demás, salvados por la misteriosa gracia de Dios — estas cosas constituyen en realidad la entraña de la Biblia. Confundirlas en favor del mérito a orgullo humano, y el resultado es que se substituye la Palabra de Dios por la sabiduría del hombre.

En la charla siguiente deseo aclarar ciertos malentendidos de la gran doctrina de la predestinación. Deseo decir unas pocas palabras acerca de ciertas cosas que la doctrina de la predestinación no quiere decir. No quiere decir que la elección de algunos hombres por parte de Dios para salvación sea arbitraria y sin razón buena y suficiente — por misteriosa que dicha razón sea. No quiere decir que Dios se complazca en la muerte del pecador; no quiere decir que la puerta de la salvación esté cerrada para todo el que entrará, no quiere decir que el hombre vive desesperado por pensar que la gracia de Dios no le vaya a ser concedida. El horror con que a menudo se contempla esta gran doctrina de la Biblia se debe a lamentables malentendidos respecto a su significado.

Pero lo que deseo pedirles que hagan ahora es que tomen la Biblia y lean por sí mismos lo que dice. Si lo hacen, creo que se convencerán de que la doctrina de la predestinación, tan desagradable para el orgullo humano, es en realidad el único fundamento sólido de esperanza para este mundo y para el venidero. Poca esperanza tenemos, amigos míos, si nuestra salvación depende de nosotros mismos; pero la salvación de la que habla la Biblia

se base en el consejo eterno de Dios. En la realización poderosa del plan eterno de Dios no caben fisuras. "A los que predestinó," dice la Biblia, "a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó." "A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" — qué poco consoladores serían estas palabras si se detuvieran aquí — si se nos hubiera dicho tan sólo que todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios, y luego se nos hubiera dejado que prendiéramos por nosotros mismos la llama de ese amor de Dios en nuestros corazones fríos y moribundos. Pero, gracias a Dios, el versículo no concluye ahí. El versículo no se limita a decir: "A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien." No, dice: "A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados." Ahí, amigos míos, está el verdadero fundamento de nuestro consuelo — no en nuestro amor, no en nuestra fe, no en nada de lo que hay en nosotros, sino en ese consejo misterioso y eterno de Dios del que procede toda fe, todo amor, todo lo que tenemos y somos y podemos ser en este mundo y en el mundo venidero.

\*\*\*

## **CAPÍTULO 6**

### **OBJECIONES A LA PREDESTINACIÓN**

Antes de pasar al tema siguiente en esta breve serie de charlas, creo que debería decir unas cuantas palabras más para explicar la gran doctrina bíblica de la predestinación, acerca de la cual he hablado en las dos últimas charlas.

Esta doctrina, dijimos, es la aplicación de la doctrina de los decretos de Dios a la esfera específica de la salvación. Como Dios, en su propósito eterno de acuerdo con el consejo de su voluntad, hace que sucedan todas las cosas, así hace también que de acuerdo con el consejo de su voluntad suceda que algunos hombres se salven y otros sean castigados por sus pecados. La salvación, por tanto, no depende en último término de ningún acto de la voluntad humana, ni siquiera del acto de fe en Jesucristo. La fe misma se produce, en aquellos que son salvos de acuerdo con el propósito eterno de Dios. No están predestinados a salvarse porque creen, sino que pueden creer porque están predestinados.

Vimos cómo esta doctrina penetra por completo la Biblia entera. Se enseña en forma implícita en el Antiguo Testamento, y de modo plenamente explícito en el Nuevo Testamento.

Pero por clara y completa que sea la enseñanza de la Biblia respecto a esta gran doctrina, muchas personas — incluso muchos cristianos — la encuentran muy difícil.

¿De dónde procede tal dificultad?

Bien, en parte, sin duda de que la doctrina contradice en forma tan directa muchas de nuestras ideas preconcebidas. Hace a Dios demasiado grande y al hombre demasiado pequeño para agrandar al orgullo humano. Estamos demasiado dispuestos a hacer depender la salvación del hombre de algo que esté en el hombre mismo.

Con todo me parece que sería una equivocación dar con esto por zanjadas las dificultades de tantos. Algunas, aunque no todas, de las dificultades que las personas experimentan

ante la doctrina de la predestinación se deben al hecho de que la gente no la entiende bien. Creen que significa lo que no significa, y por ello la descartan con un horror que la doctrina genuina no merece en absoluto.

Por esto deseo, en esta charla, especificar un par de cosas que la doctrina de la predestinación no significa.

No significa, en primer lugar, que el que Dios elija a algunos para que se salven mientras pasa por alto a otros se deba a pura casualidad o sea algo arbitrario.

En realidad no conocemos la razón de la elección de Dios. Sólo sabemos que sea cual fuere la razón, no se encuentra en una receptividad superior al evangelio por parte de los elegidos; no se halla en el reconocimiento por parte de Dios de una capacidad superior de estas personas para creer en Jesucristo. Por el contrario los que se salvan merecen la muerte eterna tanto como los que se pierden, y, al igual que éstos, son del todo incapaces de creer en Cristo hasta que no nacen de nuevo por un acto que es exclusivo de Dios. Incluso la fe que tienen es fruto del Espíritu Santo de acuerdo con la elección que Dios ha hecho de ellos desde la eternidad. Así pues su salvación no se debe a nada que haya en ellos. Es fruto de sólo la gracia.

Pero porque no sepamos cuál sea la razón de que Dios elija a unos y no a otros, esto no significa que no exista ninguna razón. De hecho, hay sin duda una razón absolutamente buena y suficiente. De esto podemos estar del todo seguros. Dios nunca actúa en forma arbitraria; siempre lo hace de acuerdo con su sabiduría infinita; todos sus actos se encaminan a fines infinitamente elevados y dignos. Y debido a esto debemos confiar en El. No sabemos por qué Dios ha obrado de esta manera y no de la otra, pero conocemos al que sabe y descansamos en su justicia, bondad y sabiduría infinitas.

Me parece que el cristiano se precia en su ignorancia de los consejos de Dios en este caso. Se regocija de no saber. Los himnos de la iglesia evangélica están llenos de alabanzas de la maravilla de la gracia de Dios. Es tan extraño, tan absolutamente

misterioso que Dios haya tenido misericordia de pecador es como nosotros. No merecíamos sino su ira y maldición. Hubiera sido del todo justo que nos hubiéramos perdido como otros; es una maravilla inigualable que seamos salvos. No podemos ver por qué; ni podríamos siquiera creerlo a no ser que estuviera escrito con tanta claridad en la Palabra de Dios. No nos queda más que descansar en este misterio supremo de gracia.

En segundo lugar, la doctrina de la predestinación no quiere decir que Dios se alegre de la muerte del pecador. La Biblia afirma con suma claridad lo contrario. Escuchen este gran versículo del capítulo treinta y tres de Ezequiel: "Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva."

Lo mismo se enseña en la primera Carta a Timoteo, donde se dice: "El cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad."

Este último versículo no puede significar que Dios ha determinado con un acto de su voluntad que todos los hombres se salven. De hecho no todos los hombres son salvos. La Biblia lo afirma con suma claridad; de lo contrario todas las solemnes advertencias que contiene serían una burla. Pero si, cuando de hecho no todos los hombres son salvos, Dios hubiera determinado que todos se salvaran, entonces ello significaría que el decreto de Dios no se ha cumplido y que su voluntad ha sido conculcada. En este caso Dios dejaría simplemente de ser Dios.

El versículo debe significar algo completamente diferente de eso tan blasfemo. Esto está claro. Pero ¿qué significa? Me inclino a pensar que significa lo mismo que el gran pasaje de Ezequiel; me inclino a pensar que significa simplemente que Dios se complace en la salvación de los pecadores y que no se complace en el castigo de los no salvos.

En realidad algunos han sostenido otro punto de vista. Se ha sugerido que la expresión "todos los hombres" en este versículo de 1 Timoteo significa "toda clase de hombres," y que el versículo está escrito contra los que limitaban la salvación a los judíos en contraposición a los gentiles o a los sabios en contraposición a los necios. El contexto en

el cual se encuentra este versículo favorece en cierto modo este punto de vista. Pero me inclino más bien a pensar que la expresión "todos los hombres" ha de tomarse en forma más literal, y que el versículo significa que Dios se complace en la salvación de los salvos, y no se complace en el castigo de los que se pierden, de tal modo que por lo que se refiere al agrado en lo que sucede El desea que todos los hombres sean salvos.

Sea como fuere, éste es sin duda el significado del pasaje de Ezequiel, prescindiendo de lo que signifique el de I Timoteo y es en verdad un significado precioso. El castigo de los pecadores — su castigo justo por el pecado — ocupa, como hemos visto, un lugar en el plan de Dios. Pero la Biblia dice bien claro que Dios no se complace en ello. Es necesario para que se cumplan fines elevados y dignos, por misteriosos que estos fines nos resulten; ocupa un lugar en el plan de Dios. Pero en sí no es algo en lo que Dios se complazca. Dios es bueno. Se complace no en la muerte de los malos sino en la salvación de los que son salvos por su gracia.

En tercer lugar, la doctrina de la predestinación no significa que los hombres se salven contra su voluntad o que sean condenados al castigo eterno cuando desean creer en Cristo y ser salvos.

Creo que de este malentendido nace en realidad en la mente de tantas personas, la objeción básica a la gran doctrina que hemos expuesto.

Tienen una especie de idea de que la doctrina de la predestinación significa que algunos, antes de decidir si van a creer en Cristo o no, pueden saber de antemano si están predestinados a salvarse o a ser destruidos.

Imaginan que alguien dice — en el supuesto de que la doctrina de la predestinación sea cierta : "He escuchado el evangelio; me conmueve algo; no me costaría aceptarlo : pero para qué serviría; de todos modos ya ha sido determinado de antemano si voy a salvarme a perderme; ¿qué importa, por tanto, que decida yo?" O bien — lo cual parece todavía más horrible — imaginan que alguien dice, siempre en el supuesto de que la doctrina de la predestinación sea verdadera : "He escuchado el evangelio; ojalá fuera uno de los que lo



aceptan; pero, éstos están predestinados a ser salvos, figuran entre los elegidos de Dios; yo, en cambio, he sido predestinado a la destrucción, de modo que, aunque luche, no me queda ninguna esperanza."

0 — para tomar otro ejemplo — imaginan que alguien dice, siempre en el supuesto de que la doctrina de la predestinación sea verdadera: "Yo formo parte de los elegidos de Dios; desprecio a los que no están entre los elegidos; y como he sido elegido puedo vivir como me plazca, con la seguridad de que en último término el plan de Dios se realizará y entraré en la bienaventuranza cuando muera."

Estos tres ejemplos horribles, y muchos más semejantes a ellos, se basan en una noción completamente equivocada de lo que significa la doctrina de la predestinación.

Esta doctrina no significa que los que están predestinados a la vida eterna lean salvos contra su voluntad. Por el contrario, sólo los que están dispuestos a aceptar a Jesucristo tal como se nos ofrece en el evangelio son salvos. Supongan que alguien dice : "He decidido no creer en Jesucristo." ¿Puede un hombre así consolarse pensando que quizá después de todo está ya predestinado para la vida eterna? Ciertamente no, con tal de que la decisión de no creer en Cristo sea su última palabra. Nadie que no tenga voluntariamente fe en Cristo es salvo. Esto está bien claro.

Pero cuando alguien confía voluntariamente en Cristo, ¿está ese acto de la voluntad del hombre fuera del propósito de Dios? Esto es lo que la Biblia niega en forma radical. No, no está fuera del propósito de Dios. Nadie se salva contra su voluntad. Esto es evidente. Pero su voluntad misma está determinada de acuerdo con el plan eterno de Dios.

Me parece que puedo aclarar en forma precisa qué quiero decir con un ejemplo bien sencillo de la Biblia misma.

Cuando Pablo se hallaba a bordo del barco de Alejandría que lo conducía prisionero a Roma, dijo a los asustados marineros y pasajeros: "No habrá ninguna pérdida de vida

entre vosotros, sino solamente de la nave." Dijo esto como profeta, bajo inspiración espiritual, tal como indicó expresamente a los que estaban con él. El plan eterno de Dios le había sido revelado en parte. Estaba predestinado en el propósito de Dios que nadie de a bordo perdiera la vida. La preservación de los que estaban en el barco era absolutamente segura antes de que se cumpliera.

Bien, entonces. De momento todo está bien. Pero ¿qué leemos un poco más adelante? ¿Qué dijo Pablo a los que estaban con él en el barco un poco después? Lo siguiente: "Si éstos no permanecen en la nave, vosotros no podéis salvaros." Los marineros, a saber, habían estado a punto de huir del barco en un bote. Para detenerlos Pablo dijo al centurión y a los soldados: "Si éstos no permanecen en la nave, vosotros no podéis salvaros."

Antes había dicho a los del barco que nadie perdería la vida. Así lo había dispuesto la autoridad de Dios; era absolutamente seguro; estaba predestinado. Con todo ahora les dice que lo que era tan cierto no ocurriría a no ser que se cumpliera cierta condición. No ocurriría a no ser que los marineros permanecieran en el barco.

¿Acaso el poner dicha condición destruyó la certeza del cumplimiento del plan de Dios de acuerdo con la profecía anterior? Ni un ápice. ¿Por qué no? Sencillamente por que Dios proveyó el cumplimiento de la condición cuando proveyó la realización del resultado final para el cual la condición era necesaria.

Sí, era ciertamente seguro que los que iban en el barco no se salvarían a no ser que los marineros permanecieran a bordo. Pero esto no hizo que el plan de Dios corriera el riesgo de no cumplirse. De hecho, los marineros permanecieron a bordo, y la profecía se cumplió.

Esos marineros no permanecieron en el barco por casualidad. No, se hallaban, aunque no lo sabían, bajo la mano rectora de Dios. El centurión y los soldados que los retuvieron en el barco fueron los instrumentos de Dios para la realización final del plan de Dios.

Con este ejemplo tan sencillo aprendemos una gran verdad. Es simplemente esto — que cuando el resultado final está predeterminado por Dios todos los pasos que se dan hacia la consecución del mismo también están predeterminados. El cumplimiento del plan de Dios se lleva a cabo por medio de la aparentemente confusa historia humana.

Apliquemos esto a la cuestión de la fe y la salvación, y creo que algunas de las dificultades acerca de la doctrina de la predestinación desaparecerán. Dios ha predestinado que algunos hombres se salven, del mismo modo que predestinó la preservación de las vidas de los que navegaban en aquel barco. Pero en ambos casos el cumplimiento de una condición fue necesario para la realización del resultado final. Los hombres del barco estaban todos predestinados para llegar a puerto a salvo; pero no hubieran llegado a salvo a no ser que el centurión hubiera retenido a los marineros a bordo. Así también los elegidos de Dios están todos predestinados para la salvación eterna; pero no la alcanzarán a no ser que crean en el Señor Jesucristo.

¿Acaso la presencia de una condición necesaria hace que la realización final del plan de Dios sea en cierto modo no segura? Ni en lo más mínimo. En ninguno de los dos casos. No en el caso sencillo de la preservación de los que iban en el barco de Alejandría, y tampoco en el caso de la salvación de los elegidos de Dios. En ambos casos Dios proveyó que se cumplan las condiciones así como ha provisto que se cumpla el fin último.

¿Pero es acaso nuestro sentido de la libertad de la voluntad en cierto modo incompatible con la certeza absoluta del plan de Dios para nuestras vidas? Bien, en cuanto a esto voy a apelar a aquellos de entre los que me escuchan que están conscientes del momento en que nacieron de nuevo. No todos los cristianos están conscientes del momento en que renacieron. Todos han nacido de nuevo, pero no todos saben cuándo fueron salvos. Pero algunos pueden mencionar el momento mismo en que lo fueron. A éstos apelo en estos momentos.

Nacieron de nuevo en ese preciso momento, ¿verdad, hermanos míos? ¿Fue un acto suyo o de Dios? La Biblia les dice que fue un acto de Dios --"los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios." Y su experiencia confirma lo que dice la Biblia, ¿no es cierto? Saben en lo más profundo del alma que fue un acto de Dios. Estaban ciegos y Dios les hizo ver. Dios lo hizo, no ustedes. Están tan seguros de ello como de lo más seguro de este mundo.

Ahora, en el momento en que nacieron de nuevo creyeron en Cristo. Ese fue el signo inmediato de que nacieron de nuevo, y se debió exclusivamente al poder maravilloso y regenerador del Espíritu de Dios. Bien, hermanos, ¿violentó acaso ese acto maravilloso de Dios la voluntad de ustedes como personas? ¿Les pareció que la fe adquirida que tenían en el Señor Jesucristo fuera en cierto modo menos un acto suyo — una decisión libre de su voluntad porque se debiera al acto regenerador a irresistible del Espíritu de Dios? No creo, hermanos míos. Creo que más bien estarían inclinados a decir que nunca se sintieron tan libres como en ese momento bendito en que en una forma absolutamente irresistible el Espíritu Santo de Dios peso la fe en ustedes y ustedes se volvieron al Señor Jesucristo como a su Salvador y Señor.

No, en realidad, el plan eterno de Dios a incluso la ejecución de ese plan en el acto sobrenatural de la regeneración o el nuevo nacimiento no son en lo más mínimo incompatibles con nuestra libertad y nuestra responsabilidad como seres personales.

Qué equivocación tan grande es, pues, pensar que la doctrina de la predestinación se opone al ofrecimiento libre de la salvación a todos. Desde luego que el ofrecimiento se hace a todos. Desde luego que sigue siendo cierto en el sentido más pleno y abundante que cualquiera que quiera puede. Nadie que quiera confiar en Cristo queda excluido. Nadie, digo, nadie, sin excepción de ninguna clase.

Nunca tenemos derecho ninguno de presumir que alguna persona o algún grupo de personas que podemos mencionar se hallen fuera del plan de salvación de Dios; nunca

tenemos derecho ninguno de presumir que alguien se halle fuera del alcance de la gracia de Dios; nunca tenemos derecho ninguno de rehusar el Evangelio a nadie en absoluto.

Pero cuando proclamamos el Evangelio, ¡qué consuelo es la doctrina de la predestinación! ¡Qué consuelo es saber que la salvación depende sólo de la gracia misteriosa de Dios! Todos nosotros merecemos perecer en nuestros pecados, y lo mismo merecen todos aquellos a quienes predicamos. Pero la gracia de Dios es maravillosa. Dios tiene en su plan eterno un pueblo escogido para sí. Dichosos somos si somos los instrumentos de Dios en conducir a su reino a algunos de los que desde toda la eternidad le pertenecen.

\*\*\*

## **CAPÍTULO 7**

### **LA CREACIÓN Y LA PROVIDENCIA DE DIOS**

Una vez tratado el tema de los decretos de Dios, paso ahora a hablar de la forma en que Dios ejecuta sus decretos.

Pero ¿hay que distinguir la ejecución por parte de Dios de sus decretos de los decretos mismos? Ha habido, creo, quienes han dicho, "No." En Dios, afirman, planear es lo mismo que obrar; las criaturas finitas planean primero y actúan después, pero el plan de Dios y la acción de Dios son la misma cosa. En realidad, algunos de los que adoptan esta forma de pensar me parece que van más lejos. Según ellos nosotros podemos pensar una cosa y no hacerla, pero para Dios pensar una cosa es determinar que se realice, y determinar que se realice es lo mismo que hacer que se realice. La vastedad del universo, dicen, no es más que la manifestación de los pensamientos de Dios. Pero quienes así piensan están equivocados; han caído en un error muy grave.

Ciertamente es verdad que para Dios no hay obstáculos externos para que se realicen sus pensamientos. Tiene poder infinito, y todo lo que piensa lo puede hacer.

Pero porque pueda hacer todo lo que piensa, no se sigue que haga todo lo que piensa. Lo que en realidad hace es lo que con sabiduría infinita ha escogido de entre una infinidad de cosas que decide no hacer. Nunca habría que confundir los pensamientos de Dios con sus propósitos.

En realidad, si caemos en esa confusión corremos el peligro de confundir la verdadera naturaleza de la personalidad de Dios. Si Dios determina todo lo que piensa, si en sus propósitos no hay selección de entre todo lo que considera, entonces casi se podría decir que los propósitos de Dios se llaman así por equivocación y se convierten más bien en la manifestación involuntaria de un proceso dialéctico impersonal.

Pero si los propósitos de Dios deben distinguirse de sus pensamientos, hay que hacer todavía otra distinción. Del mismo modo que los propósitos de Dios deben distinguirse de

sus pensamientos, así también sus acciones deben distinguirse de sus propósitos. Existe una verdadera distinción entre los decretos de Dios y la ejecución de sus decretos.

Pasar por alto esta distinción es también pervertir la verdad.

Es perfectamente cierto que todo lo que Dios propone se cumple en forma ineluctable. Nosotros proponemos muchas cosas que no se realizan, pero ,no es así en el caso de Dios. Lo que propone, lo hace.

Es perfectamente cierto también que en Dios no hay ni antes ni después. Está más allá del tiempo; es infinito y eterno; no tiene que esperar, como nosotros, un momento en el tiempo, independiente de El, en el que pueda poner en ejecución sus decretos. Para El todo está eternamente presente. Podría parecer, por tanto, como si en su caso no hubiera sucesión temporal y en realidad no se distinguiera un decreto de su ejecución, propósito y acto.

Esta forma de razonar, sin embargo, es falaz y peligrosa. Aunque no podamos aplicar conceptos temporales a la villa de Dios, aunque por consiguiente para él no haya sucesión temporal, en el sentido ordinario, entre propósito y acto, con todo hay una distinción importante entre ambos. Es importante recordar no sólo que Dios es infinitamente sabio en sus planes, sino también que es infinitamente poderoso en sus actor.

¿Pero es cierto que no hay sucesión temporal entre los propósitos de Dios y sus actor, entre sus decretos y la realización de los mismos? Creo que no es sino verdad a medias.

Es cierto que Dios, siendo eterno, está más allá del tiempo. Pero esto no quiere decir que el tiempo no tenga existencia real; no quiere decir que el tiempo tal como lo conocemos no sea más que una simple apariencia. No, lo que deberíamos decir, como me parece haberle oído decir a uno de mis profesores años atrás, es que Dios creó el tiempo cuando creó las cocas finitas. Dios creó realmente el tiempo, y nosotros vivimos realmente en una secuencia temporal. Por tanto no decimos algo falso cuando afirmamos que Dios

propuso hace mucho lo que hace que suceda ahora. Todo lo que sucede estaba en el propósito de Dios desde la eternidad, pero El mismo hace que suceda en momentos sucesivos del tiempo que El en su sabiduría infinita ha fijado. Nosotros que, como criaturas finitas, vivimos en un orden temporal observamos la manifestación gradual de la ejecución del plan eterno de Dios; y al observar esa manifestación gradual, al observar la forma en que, sin premuras sino con seguridad absoluta, los propósitos de Dios se realizan, por unimos en la alabanza de aquel para quien mil años son como un ayer cuando ya han pasado y como una vigilia nocturna, en alabanza de aquel cuyos caminos no son nuestros caminos y cuyos pensamientos no son nuestros pensamientos, quien en su sabiduría infinita ha planeado todas las cosas desde el principio y hace que sucedan de acuerdo con su propósito eterno y en el momento adecuado. De este modo todas las criaturas finitas y el mismo orden temporal sirven al propósito eterno para el que fueron creados, que es la gloria de Dios.

Con esta idea por tanto de que existe una distinción verdadera entre los decretos de Dios y la ejecución de los mismos, estamos en condiciones de preguntarnos cómo ejecuta Dios estos decretos. El Catecismo Menor dice, en respuesta a esta pregunta: "Dios ejecuta sus decretos en las obras de la creación y de la providencia."

Deseo decir unas palabras acerca de la obra de Dios de la creación y de la obra de Dios de la providencia.

Con respecto a la obra de la creación, el Catecismo Menor dice que Dios hace todas las cosas de la nada.

Me parece que deberíamos detenernos unos momentos para preguntarnos qué significa esto.

La respuesta en general no resulta difícil. Contemplemos el vasto universo en el que vivimos. ¿Cómo comenzó a existir? Se han dado muchas respuestas distintas, pero la que da la Biblia es sencilla. El universo comenzó a existir, dice la Biblia, por el acto de un



Dios personal; comenzó a existir porque Dios lo hizo. Esto tiene por lo menos el mérito de ser fácil de entender.

Pero ¿qué significan las palabras "de la nada" en esta definición? ¿Qué se quiere decir cuando se afirma que Dios hizo todas las cosas "de la nada"? Se quieren decir por lo menos dos cosas.

En primer lugar, no se quiere decir que Dios no hizo las cosas de algo; no hizo el universo de algo material que ya existía.

Mucha gente ha sostenido que cuando Dios hizo el universo empleó algo material que ya existía. Moldeó dicho material, dicen; le dio forma; lo cambió de caótico en ordenado; pero el material ya existía.

Entonces surge la pregunta : "¿De dónde procedía ese material ya existente?"

Cuando contemplamos el mundo tal cual es, nos preguntamos espontáneamente cómo comenzó a existir. Podemos descubrir el proceso que siguió hasta un cierto punto. Todo, decimos, tiene una causa. Esto sucedió porque eso otro sucedió antes; y eso a su vez sucedió porque aquello otro había sucedido todavía antes. Así vamos razonando de efecto a causa a lo largo de una serie prolongada. Pero a no ser que la serie sea realmente infinita, al final venimos a dar con el comienzo de la misma. Todas las causas que hemos visto en el mundo alrededor nuestro fueron a la vez causadas por otras causas; pero al comienzo de la serie debe haber una Causa Primera, una causa que no es causada por ninguna otra.

¿Cuál es esa Causa Primera? El simple cristiano, con la Biblia ante los ojos, tiene la respuesta. La Causa Primera es Dios. El universo comenzó a existir, dice, por un acto voluntario de una Persona infinita y eterna.

Esta respuesta tiene el mérito de ser sencilla. Hay algo en ella que es maravillosamente satisfactorio. No comete la equivocación en la que caen tantas filosofías de dar a lo que es inferior en honor que parecería pertenecer en justicia a lo que es superior.

Sin terror afirmo que una vez que al hombre le ha caído la venda de los ojos, de forma que pueda pensar en Dios como en un Dios personal, como en un Dios vivo, como en la Causa Primera única y suficiente de todas las cosas, se sorprende de su ceguera anterior y compadece de todo corazón a los que todavía no entienden.

Cuán tristemente esta sencilla respuesta al rompecabezas el universo se frustra o más bien se destruye a manos de los que dicen que cuando Dios hizo al universo lo hizo de algo ! Si Dios hizo al universo de algo, entonces ese algo ya existía, y existía en forma independiente de Dios, cuando fue hecho el universo.

En este caso, ¿a dónde llegamos cuando comenzamos a buscar una Causa Primera, a dónde llegamos cuando buscamos las causas de que lo que existe ahora, y las causas de esas causas que antes eran efectos, hasta llegar a la causa que no fue producida por ninguna otra causa, en otras palabras la Causa Primera? Porque, según la teoría que nos ocupa no tenemos una sino dos Causas Primeras — Dios y la materia que empleó cuando hizo al mundo. Pero de las dos causas hay una que está de más. Una doctrina así nunca ofrecerá una idea satisfactoria del mundo. Nos da una materia inerte y ciega que en modo alguno se puede considerar como Causa Primera, y nos da un Dios que no es tal Dios. Nos da un Dios que no es realmente infinito sino que se ve limitado en su acción por algo que no le debe el ser a El.

De tal dualismo — y permídenme que emplee una palabra algo técnica — pasamos con alivio al elevado teísmo de la Biblia. Nuestro Dios, et Dios de la Biblia, no es un simple artesano que utiliza lo mejor posible la materia que halla disponible, sino que es el gran iniciador de todo lo que existe. No hay dos Causas Primeras —Dios y la materia que Dios empleó— sino una Causa Primera, Dios y sólo Dios.

Esto es lo primero que queremos decir cuando afirmamos que Dios hizo todas las cosas de la nada. Queremos decir que no hizo las cosas de algo; queremos decir que no hizo las cosas de una materia ya existente.

Pero queremos decir otra cosa cuando afirmamos que Dios lo hizo todo de la nada. Queremos decir que no hizo las cosas de la sustancia de su propio ser.

Si hubiera hecho todas las cosas de la sustancia de su propio ser, entonces todo sería parte de Dios, y entonces tendríamos un error semejante al fatal error panteísta.

Muchos han caído en tal error. El mundo, afirman, es una emanación de la vida de Dios; es una manifestación de su ser; su sustancia es la sustancia de la que Dios mismo está compuesto.

Este error, como muchos otros de los que hemos hablado, es la corrupción de una gran verdad. Es del todo cierto que el universo tuvo en Dios su causa. Cuando la Biblia nos enseña que todo fue hecho de la nada, esto no quiere decir que todo comenzara a existir sin una causa. Por el contrario, todo comenzó a existir por una causa absolutamente adecuada — a saber, Dios.

Es perfectamente cierto, además, que cuando Dios creó al universo no lo hizo sin referencia a su propia naturaleza. Por el contrario, obró de acuerdo con su propia sabiduría infinita. La creación del mundo no fue un acto arbitrario, sino que sirvió fines elevados y dignos, y estos fines estuvieron de acuerdo con la bondad y sabiduría infinitas del Creador.

Pero, al decir todo esto, no decimos en modo alguno que el universo procedió del ser de Dios por cierto proceso de emanación. No, sino que fue creado por un acto de la voluntad de Dios. Dios no debía a nadie crear al mundo, y la creación del mundo no fue necesaria para completar su propia vida. Dios se basta a sí mismo; era Dios completo antes de que el mundo fuera creado, y la existencia presente del mundo no es necesaria para su vida

divina. "Antes que naciesen los montes y formasen la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios." Siendo Dios desde toda la eternidad, determinó formar el universo para sus propios fines elevados y dignos. Ante la sabiduría y poder infinitos del Creador sólo el terror y respeto son adecuados.

Por ello es sumamente importante que subrayemos estas palabras "de la nada," en esa definición del Catecismo Menor. Dios no hizo las cosas de algo preexistente, y no sacó las cosas de la sustancia de su ser; sino que hizo todas las cosas de la nada.

Pero si esas palabras "de la nada" han de subrayarse en esa definición, no por ello habría que olvidar la palabra "todo." No deberíamos olvidar el hecho de que en la obra de Dios de la creación fueron creadas las "cosas."

Muchos lo han negado. Dicen que no existe ese que llamamos mundo exterior. Cuando contemplo un árbol, dicen, todo lo que en realidad conozco es la idea del árbol en mi mente. Pero ¿hay otras mentes? Nunca he podido comprender cómo quienes piensan de este modo tengan derecho a sostener que las hay. El idealista consecuente, me inclino a pensar, debería sostener que ni siquiera otras mentes existen a no ser como idea de su propia mente. Pero consecuentemente o no muchos idealistas sí sostienen que hay una mente suprema, y que el universo existe sólo en esa mente suprema, la mente de Dios.

Frente a semejante filosofía el cristianismo, con la Biblia ante los ojos, debería creer en la existencia de un mundo exterior.

Y el cristiano ciertamente debería sostener que nuestras mentes y la materia de la que se componen nuestros cuerpos y este universo todo al que pertenecen nuestros cuerpos y nuestras mentes fueron realmente creados por un acto del Dios que todo lo sabe y todo lo puede.

¿Qué clase de universo es éste que comenzó a existir de este modo por un acto del Dios todopoderoso? ¿Es un universo bueno o malo? Los pesimistas han dicho que es un

mundo malo. De hecho, algunos han dicho que es el peor universo que pudo ser creado. ¿Qué dice el cristiano?

La Biblia da una respuesta muy sencilla: "Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera." No, este universo no es malo. Nada de lo que Dios hace es malo. No es un universo malo sino bueno.

En realidad, es el universo mejor que pudo haber creado. Dios nunca se contenta con mediocridades. Su sabiduría y poder no conocen límites. Nada de lo que hace se aparta ni un milímetro de lo que es absolutamente lo mejor.

Cuando decimos que el universo es el mejor que pudo haber sido creado no queremos decir, desde luego, que es el mejor para nuestros fines, y no queremos necesariamente decir que es el universo que mejor satisface nuestros gustos. Antes al contrario nos vemos obligados, antes o después, a aprender la difícil lección de que el universo no fue hecho para nuestro disfrute tan sólo. Tenemos que aprender a tomar el universo tal como es.

Aceptar el universo es la idea matriz de un libro salido de la pluma de escéptico moderno, brillante y maduro — Preface lo *Morals* de Walter Lippmann, que fue un "best seller" hace unos años. El niño, dice Lippmann, cree que el universo sólo está para su propio provecho; lo único que tiene que hacer es alargar la manita y todo le será dado para que satisfaga sus deseos. Pero luego, a medida que se va haciendo mayor, aprende que muy a menudo tiene que retirar la mano que ha quedado vacía; aprende que existe un vasto mundo exterior que es indiferente a sus deseos. Cuando ha aprendido esto, ha madurado.

Muchos, dice Walter Lippmann, nunca llegan a madurar, nunca crecen, nunca superan la noción de que el universo o es o debería ser para su propio provecho. A fin de superar esta noción, dice, no es suficiente que el hombre conozca tan sólo los detalles del universo. Un muchacho puede mencionarle una gran cantidad de hechos referentes a las estrellas pero a no ser que "sienta la vasta indiferencia del universo en cuanto a su propio

destino, y se haya colocado en la perspectiva del espacio frío e ilimitado, no ha contemplado con madurez los cielos."

Bien, podemos estar en parte de acuerdo con Walter Lippmann. Podemos estar de acuerdo con lo que dice en cuanto al lado negativo. Podemos estar de acuerdo en sostener que el universo no existe para nuestro bien particular, y que somos peor que niños petulantes si nos quejamos por ello.

Pero diferimos de él en forma radical en lo que trata de poner en lugar de esa petulancia infantil. Trata de sustituirla con lo que llama "desinterés" — reconocimiento y aceptación del hecho de que el universo sea indiferente a nuestro destino. Nosotros la sustituimos con el convencimiento de que el universo fue creado para la gloria de Dios.

Para este fin, la gloria de Dios, aunque no para los fines que a nosotros nos podrían agradar, este universo es el mejor universo que pudo haber sido creado. A ese fin contribuyen en lo que les corresponde esos cielos estrellados de los que habla Walter Lippmann. Cuando contemplamos su vastedad quedamos abrumados ante nuestra propia insignificancia. Hasta ahí estamos de acuerdo con Walter Lippmann. Pero a diferencia de él, no nos detenemos ahí. Para nosotros las estrellas no contienen un mensaje meramente negativo; no nos dicen sólo lo que no somos. También nos dicen lo que Dios es:

"Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos." El fin para el cual fue hecho el universo no es nuestra satisfacción. Pero esto no quiere decir que no sepamos nada en cuanto al fin que tiene. El fin, nos dice la Biblia, es la gloria de Dios. Y ese fin el universo lo alcanza en la manera que Dios quiere.

Pero esos cielos estrellados, ese vasto tejido de la naturaleza, ¿son realmente indiferentes a nuestro destino? La Biblia tiene algo que decir también respecto a esto. "Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados." Pero los que pueden recibir el consuelo de este texto no son los que se consideran, de manera infantil, como el fin de la creación, sino los que han

recibido el poder de encontrar la verdadera bienaventuranza y el verdadero propósito del mundo todo, en el canto de alabanza del Creador.

\*\*\*

## **CAPÍTULO 8**

### **LA PROVIDENCIA DE DIOS**

En la charla anterior les hablé acerca de la obra de Dios en la creación. Es un tema lleno de misterios, si bien la enseñanza de la Biblia acerca del mismo es, en líneas generales, clara. ¿Cómo comenzó a existir este vasto universo? La respuesta de la Biblia es muy sencilla. Dios lo hizo. No lo hizo de algo material que ya existiera, ni tampoco lo extrajo de su propio ser; lo hizo de la nada. Con este acto creador de Dios, lo que no era vino a ser.

Una vez Dios hubo creado el universo, ¿en qué relación estuvo con lo creado? No hubo ninguna relación, decían los deístas de hace ciento cincuenta años. El creador, decían, permitió que el universo procediera por sí mismo como una máquina inmensa, y es inútil tratar de encontrar interferencia ninguna por parte del gran artífice.

Esta teoría deísta ya ha pasado de moda. No creo que haya muchos que la sostengan en nuestro tiempo por lo menos entre la gente culta. Pero otros errores, igualmente graves, han venido a ocupar su lugar.

Algunos han dicho que .no existe eso que consideramos existencia ininterrumpida del universo, sino que Dios lo crea de nuevo segundo tras segundo. El gobierno del mundo por parte de Dios se considera entonces como obra creadora; la obra de la creación se considera como la única obra en la que Dios ejecuta sus decretos.

Esta teoría a primera vista parecería glorificar a Dios. Le niega al mundo una existencia continuada, y ve en la actividad creadora de Dios la única continuidad que existe. Pero de hecho esa teoría no honra a Dios sino que pone en grave peligro nuestro sentido de distinción entre Dios y el mundo. Si el mundo no posee una existencia continuada, entonces es difícil de ver con exactitud cómo Dios se puede considerar como distinto del mundo. Pero la distinción entre Dios y el mundo que El ha creado forma parte de la esencia misma de lo que la Biblia nos enseña acerca de Dios.

También se puede mostrar por otros medios que esta teoría de una creación continuada se opone a la Palabra de Dios. La Biblia enseña claramente la existencia real del mundo; la continuidad del universo no es, según la Biblia, una simple apariencia. Cuando Dios creó el universo creó un verdadero orden de la naturaleza que se desenvuelve según leyes que el mismo creador fijó. La Biblia distingue en forma bien destacada entre la creación del universo por parte de Dios y el gobierno de este mundo ya creado por parte del mismo Dios.

No tienen razón, pues, ni los que afirman que el universo ya creado sigue existiendo sin intervención de Dios, ni los que dicen que la continuidad que el mundo parece poseer no es más que la continuidad de un acto creador constantemente repetido. ¿Dónde está, pues, la verdad?

La verdad la encontramos en la doctrina bíblica de la providencia. Esta doctrina está sintetizada así en el Catecismo Menor: La providencia de Dios es su obra más santa, sabia y poderosa, por la cual preserva y gobierna a todas sus criaturas y las acciones de las mismas.

Adviértase en primer lugar que en esta definición se dice que Dios preserva a todas sus criaturas. ¿Qué significa esto? Significa que según la Biblia nada en el universo seguiría existiendo ni por una fracción de segundo sin Dios. Hemos dicho que el universo tiene existencia real; su continuidad no es simple apariencia. Pero esto no significa que exista



independientemente de la actividad constante de Dios. Por el contrario, dejaría de existir si Dios no lo preservara con su mano.

En segundo lugar, el Catecismo Menor dice que la obra de la providencia de Dios gobierna todas las criaturas y sus actividades. La acción de Dios en el universo que ha hecho no se limita a impedir que sea destruido. También actúa en él en forma positiva, haciendo que todo suceda según su plan eterno.

Hablamos de esto cuando tratamos de los decretos de Dios. Todo lo que sucede en el universo entero entra, dijimos, en el propósito de Dios; nada de lo que sucede sorprende a Dios. Ahora, sin embargo, hablamos de la forma en que Dios realiza su propósito, de la forma en que lleva a cabo su plan. Una forma de realizar su propósito se halla en la obra de su providencia.

Cuando Dios realiza su propósito por medio de la providencia, ¿es Dios quien actúa o son las fuerzas y las personas que El creó?

Algunos han dicho que son sólo las fuerzas y las personas que El creó. Quienes dicen esto son los deístas, de quienes ya hemos hablado. Sostienen que la actividad de Dios en el universo se limitó a la obra inicial de la creación, y que una vez creado, el universo funciona por sí mismo como una máquina, sin que Dios intervenga. Es evidente que esta teoría deísta es contraria a la Biblia.

Otros han dicho que sólo Dios actúa, y que las fuerzas y personas que Dios creó no actúan para nada. Todo lo que sucede, dicen, es obra inmediata de Dios. Dios, afirman, es la única causa y sólo en apariencia se puede decir que en el mundo una cosa causa otra.

Así pues, según esta teoría, cuando vemos que una bala perfora una vidriera y preguntamos qué lo causó y llegamos a la conclusión de que se debió a que alguien disparó un arma de fuego desde el otro lado de la calle, no tenemos razón en hablar así. No tenemos razón en decir que la perforación se debió a que la bala atravesó la vidriera, y que lo que hizo que la bala perforara la vidriera fue el disparo de un arma de fuego, y que

el disparo del arma de fuego la causó el apretar el gatillo, y que el apretar el gatillo lo causó la acción del hombre que sostenía el arma de fuego. De ninguna manera, dicen los que piensan en la forma que decimos; esta idea de causa en el curso del mundo es simple ilusión. Lo que llamamos causa no es más que la sucesión de hechos que observamos. La perforación de la vidriera vino después del disparo del arma, pero no podemos decir que esto la, causó: la bala salió del arma después de detonar la pólvora en el cartucho, pero no podemos decir que fuera por causa de ello. No, lo que solemos considerar como relación de causa y efecto entre distintas cosas en el curso del mundo, afirman, no es en realidad más que la acción de Dios que observamos. Dios, dicen, es la única causa.

Es correcta esta manera de pensar? ¿Dónde encontraremos respuesta para tal argumentación? Desde luego que no la encontraremos entre los científicos. No suelen poder ofrecernos ayuda a este respecto. Su función, nos dicen, es observar lo que sucede, no explicar cómo sucede. Se contentan — por lo menos muchos de ellos — con dejar en manos de filósofos y teólogos todo el problema de qué queremos decir cuando afirmamos que una cosa causa otra.

No voy a decir si esta discreción por parte de los científicos es o no adecuada. Es posible que no lo sea. Es posible que, al quedar al margen del problema de si las llamadas fuerzas naturales existen de verdad o bien son simples apariencias, los científicos hayan despojado a la ciencia de su verdadera dignidad y fundamento, y que a la larga la ciencia vaya a sufrir los efectos perniciosos de tal corrupción. Es posible, en otras palabras, que sea de importancia para la ciencia, al igual que para cualquier otra rama de las actividades humanas, estar basada en una filosofía sana. No cabe duda de que es mejor que los científicos se abstengan de toda opinión filosófica que no hagan lo que tan a menudo han hecho — a saber, querer endosarnos una filosofía completamente tosca como si eso fuera ciencia. Pero lo mejor que podrían hacer sería tener una filosofía. Es mejor no tener ninguna filosofía que seguir una mala, pero es todavía mejor tener una buena.

Sea como fuere, sean cuales fueren los efectos en el campo de lo que en sentido estricto se llama ciencia, es evidente que sostener que Dios es la única causa y que nada en el

universo se puede decir que sea la causa de otra cosa es completamente nocivo para la vida moral del hombre y para la idea que se forma de Dios.

Este punto de vista implica lógicamente la negación completa de la responsabilidad humana. Si el disparar esa arma no es la causa de que la bala perfora la vidriera, entonces no se puede decir que el hombre que la disparó sea responsable del daño que la bala haya causado ni de la muerte que pueda haber producido.

Esta teoría también implica una negación total de la santidad de Dios. Si sólo Dios actúa y las fuerzas naturales que al parecer operan en el mundo no encubren más que la actuación de Dios sin que ellas mismas intervengan, entonces lo que llamamos universo no es más que una fase de la vida de Dios, y la distinción entre Dios y el mundo desaparece. Sin embargo, esta distinción entre Dios y el mundo es básica para una idea adecuada y elevada de Dios. Conlleva lo que la Biblia llama la santidad de Dios. Destruirla resulta en verdad desastroso.

La Biblia no justifica en modo alguno semejante teoría, sino que enseña con suma claridad que hay fuerzas que actúan realmente en el mundo. Los teólogos hablan de esas fuerzas que actúan en el mundo como de "causas secundarias." Dios es la Causa Primera, y las fuerzas de la naturaleza y las acciones libres de los seres personales que Dios ha creado son causas secundarias; es sumamente importante, si queremos ser fieles a la Biblia, que no se niegue la existencia de las causas secundarias.

Así pues, cuando se pregunta si cuando algo sucede en el curso de la naturaleza es una fuerza natural o Dios lo que lo causa, la verdadera respuesta es, "ambos." Eso que sucede lo causan una fuerza que actúa en el mundo y Dios.

Con todo, es muy importante advertir que esas dos causas no actúan en el mismo plano. No son coordinadas, sino que una está subordinada a la otra. En todo lo que sucede en el mundo natural Dios realiza lo que quiere que se lleve a cabo. Ni las fuerzas de la naturaleza ni las acciones libres de sus criaturas lo limitan en modo alguno. Aunque

actúan, lo hacen sólo en la forma que Dios ha determinado. La forma correcta de expresar, por tanto, la relación entre las causas secundarias y Dios, la gran Causa Primera, es decir que Dios utiliza causas segundas para llevar a cabo lo que en su propósito eterno ha determinado. Las causas secundarias no son fuerzas independientes cuya cooperación necesite, sino que son medios que El emplea según su voluntad.

Esto quiere decir el Catecismo Menor cuando afirma que "la providencia de Dios es su obra más santa, sabia y poderosa, que preserva y gobierna a todas sus criaturas y las acciones de las mismas."

Debe insistirse en la palabra "todas." No hay acción ninguna de lo creado que caiga fuera del ámbito de la providencia de Dios. Por medio de ellas hace Dios que suceda todo lo que ha determinado en su plan eterno.

¡Qué penetrante es el gobierno de Dios! Incluye, en primer lugar, los fenómenos ordinarios de la naturaleza — lluvia, nieve, granizo, sol, la germinación de las semillas, la maduración del grano. Con qué belleza inigualable se proclama este aspecto del cuidado que Dios tiene de sus criaturas en el salmo ciento cuatro:

Tú eres el que envía las fuentes por los arroyos; van entre los montes;  
Dan de beber a todas las bestias del campo; Mitigan su sed los asnos monteses.  
A sus orillas habitan las aves de los cielos; cantan entre las ramas.  
El riega los montes desde sus aposentos; del fruto de sus obras se sacia la tierra.

El hace producir el heno para las bestias, y la hierba para el servicio del hombre, sacando el pan de la tierra,

Y el vino que alegra el corazón de hombre, el aceite que hace brillar el rostro, y el pan que sustenta la vida del hombre.

Se llenan de savia los árboles de Jehová, los cedros del Líbano que él plantó.

Allí anidan las ayes; en las hayas hace su casa la cigüeña.

Los montes altos para las cabras monteses; las peñas, madrigueras para los conejos.

Hizo la tuna para los tiempos; el sol conoce su ocaso.

Pones las tinieblas, y es la noche; en ella corretean todas las bestias de la selva.

Los leoncillos rugen tras la presa, y para buscar de Dios su comida.

Sale el sol, se recogen, y se echan en sus cuevas.

Sale el hombre a su labor, y a su labranza hasta la tarde.

¡Cuán innumerables son tus obras, OH Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría; la tierra está llena de tus beneficios.

He allí el grande y anchuroso mar, en donde se mueven seres innumerables, seres pequeños y grandes.

Allí andan las naves; allí está leviatán que hiciste para que jugase en él.

Todos ellos esperan en tí, para que les des su comida a su tiempo.

Les das, recogen; abres tu mano, se sacian de bien.

Escondes tu rostro, se turban; les quitas el hálito, dejan de ser, y vuelven al polvo.

Envías tu Espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra.

¿Hemos superado ya este maravilloso pasaje; hemos superado la convicción de que Dios alimenta a los leones que rugen en busca de la presa por la noche, de que les da refugio a los pájaros del cielo, de que todas sus criaturas, pequeñas y grandes, espesan que les suministre alimento cuando lo necesitan? ¿Hemos dejado ya atrás las palabras del Señor Jesús cuando dijo que Dios vistió de tal modo a los lirios del campo que ni Salomón en el apogeo de la gloria llegó a vestir como ellos? ¿Hemos dejado ya atrás la convicción de Jesús de que ni un gorrión cae sin la intervención de Dios, y de que Dios los alimenta día tras día?

¿Acaso el estudio científico de la agricultura, de la botánica o la zoología ha superado esas explicaciones? ¿Acaso con nuestros abundantes conocimientos hemos dejado atrás ese sencillo convencimiento de Jesús y del salmista de que toda criatura recibe el alimento de Dios?

Bien, amigos míos, si es así, si todo esto ha pasado de verdad de moda, entonces hemos perdido mucho más que lo que hemos ganado. Hemos ganado conocimientos en cierta dirección, pero hemos perdido un conocimiento que es mucho más importante que todo lo que hemos venido a conocer.

No le reprochemos a la ciencia esta pérdida. Nada hay en la ciencia moderna que contradiga la enseñanza de la Biblia respecto al cuidado que Dios tiene de sus criaturas; al contrario, contiene muchas cosas que la confirman maravillosamente, sólo con que tengamos ojos para quererlas ver. Algo que no es precisamente verdadera ciencia ha perturbado y oscurecido la visión del hombre.

¿Cuándo recuperaremos la sencillez y profundidad perdidas? Sólo cuando Dios con su gracia sobrenatural elimine la ceguera del pecado a fin de que los hombres puedan volver a ver. Cuando ese día glorioso llegue, los hombres volverán a contemplar las maravillas del mundo con la sencillez profunda del salmista, y descubrirán en todos los procesos de la naturaleza no el frío funcionamiento de una fuerza mecánica sino la mano misteriosa e infinitamente discernidora del Dios vivo.

Se limita entonces la acción de la providencia de Dios a ese empleo de las fuerzas impersonales de la naturaleza? ¿Hay acaso una zona de resistencia a su voluntad en media de este su mundo — una zona de resistencia en la forma de las acciones libres de seres personales? ¿Acaso estas acciones están fuera de su gobierno? ¿Acaso ha abdicado Dios su poder en cuanto a ellas?

Vimos al tratar de los decretos de Dios que algunos han respondido afirmativamente a estos interrogantes. Pero vimos también que la Biblia dice que no. La Biblia enseña claramente que Dios realiza su voluntad con la misma certeza por medio de las acciones libres de seres personales incluyendo al hombre que lo hace por medio del curso de los cuerpos celestiales o del madurar silencioso de la mies.

No necesito volver a repetir la prueba que di de ello. Se encuentra revelado en la Biblia desde Génesis hasta Apocalipsis. Dios, según la Biblia, es el dueño del corazón del hombre del mismo modo que lo es de las fuerzas impersonales de la naturaleza, y las acciones del hombre nacen en su corazón.

Incluso las acciones malas de los hombres sirven los propósitos de Dios y estas acciones malas las permite por la acción de su providencia.

Basta con que repasen, amigos míos, la historia de los tiempos bíblicos. Nación tras nación van apareciendo en el escenario de la historia —Egipto, Siria, Babilonia, Persia, Roma. Fueron naciones perversas — crueles, violentas y orgullosas. Pero ¿cómo las presenta la Biblia? ¿Cómo presenta la Biblia incluso las matanzas violentas que realizaron en medio del pueblo de Dios? ¿Como derrotas del propósito eterno de Dios, como contravenciones de su gobierno del mundo? No, amigos míos, la Biblia presenta a estas naciones malas como instrumentos inconscientes de la mano todopoderosa de Dios.

Veán también las acciones malas no de las naciones sino de hombres en concreto. ¿Se llevaron a cabo fuera de la providencia de Dios; violaron el gobierno del mundo por parte de Dios? La Biblia non dice que no. "Vosotros pensasteis mal contra mí," dijo José a aun perversos hermanos, "mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo." Incluso el crimen supremo de todos los tiempos, la crucifixión de Jesús nuestro Señor, no se llevó a cabo a espaldas de la providencia de Dios. "Porque verdaderamente," dice el libro de Hechos, "se unieron en esta ciudad contra lo Santo Hijo Jesús, a quien ungió, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y lo consejo habían antes determinado que sucediera."

No, amigos míos, en esto no hay excepciones. Todo lo que se lleva a cabo en el curso todo del mundo — por medio de las fuerzas de la naturaleza o de las acciones libres de hombres buenos y malos — todo tiene a Dios como a Causa Primera.

Pero aunque Dios hace que sucedan todas estas cosas, lo hace en formas muy diferentes. No hace que se realicen las acciones libres de los seres personales de la misma manera en que hace que la mies madure. Las acciones de los seres personales hace que sucedan en una forma que resguarde del todo su libertad y responsabilidad.

¿Hay que considerar que esto es imposible? Convencemos a nuestros semejantes los hombres, y con todo siguen siendo libres cuando hacen lo que les hemos dicho. ¿Acaso Dios no será capaz de conseguir con certeza absoluta lo que nosotros conseguimos a medias con un poder tan limitado como el nuestro? ¿Acaso Dios que creo el alma del hombre no sabe cómo persuadirla de acuerdo con la naturaleza de la misma de modo que quede a salvo su libertad?

Acaso no será capaz incluso de servirse de las acciones malas de los hombres para sus propios propósitos santos? La Biblia nos dice con absoluta claridad que sí se sirve de este modo de las acciones malas. Ni siquiera éstas quedan al margen de la dirección suya como Causa Primera. Pero la Biblia nos dice con la misma claridad que Dios no es el autor del pecado sino que el pecado es siempre odioso a sus ojos. Por qué permitió que el pecado entrara en el mundo es el misterio de los misterios, pero se nos dice con claridad meridiana que así fue y que lo hizo por un fin elevado y santo.

Así pues toda la naturaleza, incluyendo la del hombre, es un instrumento maravilloso de muchas cuerdas, afinadas para que respondan a la voluntad de Dios y en las que El toca con mano de virtuoso. Pero todas estas metáforas no dicen mucho; llega un momento en que resultan inexpresivas. La relación de Dios con el curso de la naturaleza es inmensamente más íntima que la del músico con el instrumento con el que toca. El músico es externo al instrumento del mismo modo que el ingeniero está al exterior de la máquina que controla y dirige. Pero Dios penetra el curso de la naturaleza. No hay recovecos en ella que estén al margen de Dios; El lo llena todo. Infinitamente separados, y con todo entrañablemente cerca este es el gran misterio de la inmanencia y trascendencia de Dios.



¿Es esto todo? ¿Acaso Dios, ahora que el curso de la naturaleza ya ha sido fijado, actúa sólo en él y por medio de él? ¿O actúa y ha actuado Dios en una forma que excede a la naturaleza?;.Son sus obras de providencia sus únicas obras ahora, o actúa o ha actuado siempre —en una forma creadora en medio del curso del mundo al igual que lo hizo cuando dio la existencia al mundo sacándolo de la nada con su primera palabra creadora?

De este problema — el problema de lo sobrenatural — trataremos en la próxima charla.

\*\*\*

## **CAPÍTULO 9**

### **LOS MILAGROS**

En las dos últimas charlas les hablé, primero, acerca de la obra de Dios en la creación, y segundo, de las obras de Dios en la providencia. La distinción entre ambas es importante, porque de ella depende nuestra creencia en la existencia real del mundo. Si la obra de Dios en la preservación y gobierno del universo, es lo mismo que su obra en la creación de ese mismo universo, si la creación tiene que renovarse sin cesar segundo tras segundo, entonces se sigue con lógica inevitable que lo que se crea en cada segundo no sigue existiendo.

Esta idea, dijimos, es completamente contraria a la Biblia. La Biblia enseña con claridad absoluta la existencia real del universo creado.

Dios creó el universo con la obra de la creación; y luego lo preserva y gobierna con su providencia.

Pero, ¿tuvo lugar la obra de la creación en un solo acto al comienzo mismo, de modo que después de ese acto inicial la acción de Dios en el universo es sólo providencia y ya no obra creadora? Después de haber creado el mundo, ¿actúa Dios sólo por medio del curso de la naturaleza que El creó? ¿O acaso actúa alguna que otra vez en forma directa, sin instrumentos o medios, como cuando creó por primera vez con su *fiat*?

No veo por qué deberíamos presumir, sin antes investigarlo, que la alternativa acertada es la primera. No veo nada inicialmente improbable en la segunda alternativa. ¿Por qué habría de ser increíble que Dios, quien una vez creó el mundo de la nada volviera a utilizar su poder creador? ¿Por qué debería parecer increíble que quien una vez actuó sin recurrir a medio ninguno decidiera actuar de nuevo de la misma manera? ¿Por qué habría de pensarse que es necesario que Dios, una vez que hubo creado el curso de la naturaleza, debiera limitarse a servirse del mismo sin poder nunca más volver a actuar en forma independiente de la naturaleza y por encima de la misma?

Estos interrogantes, según creo, no tienen respuesta. No existe razón ninguna por la que alguien que cree realmente en la creación haya de considerar imposible que Dios interfiera en forma directa en ese mundo con su poder creador. Lo que Dios hizo una vez puede sin duda volver a hacerlo. Actuó en forma independiente del curso de la naturaleza cuando creó dicho curso por primera vez. Puede, por tanto, actuar con semejante independencia del curso de la naturaleza cuantas veces lo quiera.

Un acto así de Dios, independiente del curso de la naturaleza, recibiría el nombre de "sobrenatural." No sería contrario a la naturaleza; nunca un acto de Dios puede oponerse a otro; pero sí sería "sobre la naturaleza." Nadie que realmente crea en el acto creador inicial de Dios puede negar la posibilidad de actos sobrenaturales de Dios que entren a formar parte del curso de la naturaleza.

Pero aunque estos actos sobrenaturales de Dios que entran a formar parte del curso del mundo sean perfectamente posibles, ¿existen? Dios podría realizarlos, pero ¿los realiza verdaderamente?

Esta pregunta sólo se puede contestar con un examen del relato de los actos de Dios que se encuentra en la Biblia. Y cuando se examina dicho relato, la respuesta que da parece perfectamente clara. La Biblia refiere con claridad actos de Dios que no son naturales sino sobrenaturales.

Estos actos sobrenaturales de Dios, esos sucesos sobrenaturales que la Biblia refiere, son de dos clases. Algunos ocurren en el mundo exterior. Estos son los sucesos que se vieron con los ojos del cuerpo o que por lo menos se podrían haber visto con los ojos corporales. Otros son sucesos que ocurren en la esfera oculta del alma.

No me parece que esta distinción vaya a la raíz misma de las cosas. Debemos precavernos de pensar que un acto sobrenatural que tenga lugar en el alma del hombre sea menos sobrenatural que el suceso sobrenatural que ocurre en el mundo exterior, Por el contrario, deberíamos pensar que es tan sobrenatural como maravilloso. También debemos precavernos de pensar que el suceso sobrenatural que ocurre en el alma del hombre no tenga efectos en el mundo externo. Cuando se produce en el alma del hombre

un cambio sobrenatural, las acciones de dicho hombre cambian. Los efectos del cambio sobrenatural son bien visibles y tangibles. Al buen observador no se le escapan; forman parte del mundo externo.

Sin embargo, la distinción de la que estamos hablando, aunque no debería exagerarse en cuanto a importancia, sí es importante. No deberíamos hacer caso omiso de la misma. No deberíamos prescindir del hecho de que los sucesos sobrenaturales que se refieren en la Biblia son de dos clases. Algunos de ellos son externos y otros no.

Los que pertenecen a la primera clase, los que son externos, se llaman milagros.

La Biblia contiene muchos relatos de milagros, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamentos. Entre los milagros del Nuevo Testamento están, por ejemplo, el dar de comer a cinco mil, el andar del Señor sobre las aguas, la resurrección de Lázaro, y la resurrección del Señor mismo.

Pero ¿qué es un milagro? ¿Cómo se puede definir la palabra "milagro"? Ya hemos dado la respuesta en lo que acabamos de decir. "Milagro es un suceso externo producido en forma inmediata por el poder de Dios." No veo por qué modificar esta definición, que aprendí de uno de mis profesores hace ya muchos años.

Al decir que milagro es un suceso que procede en forma inmediata del poder de Dios, no quiero decir que los milagros son actos de Dios, pero otros sucesos no. Por el contrario los sucesos ordinarios son tan actos de Dios como los milagros. Sólo que, en el caso de los sucesos ordinarios Dios se sirve de medios, utiliza el orden de la naturaleza que ha creado para hacer que dichos sucesos ocurran. En cambio, en el caso de los milagros no emplea medio ninguno sino que actúa con su poder creador lo mismo que cuando creó todas las cosas de la nada.

Se han propuesto otras definiciones de milagro. Se ha dicho a veces que milagro es un suceso extraordinario cuya causa, por nuestra ignorancia, no conocemos. Tiene explicación natural, dicen, pero la desconocemos. Si alguna vez llegáramos a conocer dicha explicación natural, dicho suceso dejaría de ser milagro. Por ello, continúan,

muchos sucesos que en otro tiempo se consideraron como milagros ahora ya no se tienen por tales. El progreso de la ciencia, afirman, los ha sacado de la categoría de milagros.

Es perfectamente evidente que esta definición de milagro en realidad destruye la genuina distinción entre milagros y otros sucesos. La única distinción que queda según dicha definición se halla en nuestra ignorancia. El milagro se define como algo cuya causa de momento desconocemos. Bien, en ese caso no se distingue en realidad de cualquier otro suceso. Dicha definición de hecho niega el carácter distintivo de lo que se define. Los que la proponen vienen a negar, implícitamente, que haya acontecimientos que se salgan del curso de la naturaleza. Todo lo que sucede, afirman, tiene una explicación natural, si bien en algunos casos no sabemos cuál sea dicha explicación.

Parecida es la definición que algunas personas muy religiosas proponen, en el sentido de que milagro es algo que ocurre según ciertas leyes naturales más elevadas que las que conocemos. Tomemos un milagro como el dar de comer a cinco mil, por ejemplo. A primera vista parece que no se pueda explicar según las leyes naturales. Según las que conocemos, cinco panes y dos peces no hubieran podido multiplicarse de repente como para bastar para dar de comer a cinco mil. Entonces, ¿deberemos decir que con tal hecho Dios dejó de lado las leyes de la naturaleza que El mismo estableció? De ningún modo, dicen quienes a-bogan por la definición que estamos exponiendo. Dios no dejó de lado dichas leyes. No, sino que se ha complacido en revelarnos.

He dicho que esta definición de milagro se parece a la que expusimos antes. Hubiera debido decir que no sólo se le parece, sino que son idénticas, a excepción del hecho de que quienes proponen esta segunda definición a menudo tratan de mantener una cierta prerrogativa especial de Dios en el caso de los sucesos llamados milagros. Me parece que más bien se inclinan a decir no sólo que desconocemos las leyes que intervinieron en los sucesos que llamamos milagros sino que nunca las conoceremos. Son leyes misteriosas que Dios ha querido ocultarnos.

Pero incluso así esta definición niega el carácter distintivo del milagro. Al igual que cualquier otro suceso, milagro, según esta definición, es algo que ocurre dentro del orden de la naturaleza y según las leyes de la misma.

¿Por qué habría que defender una definición así? ¿Por qué algunas personas — incluso personas religiosas — parecen temer tanto admitir el simple hecho de que Dios haya escogido de vez en cuando actuar en forma creadora en el curso del mundo, no según las leyes de la naturaleza que El mismo estableció sino con la palabra de su poder al igual que cuando creó el mundo de la nada?

Me parece que estas personas creen que a no ser que Dios actúe siempre de acuerdo con las leyes de la naturaleza que ha establecido introduce un elemento de desorden y arbitrariedad en el curso del mundo. ¿Acaso Dios quebrantaría sus propias leyes? preguntan indignados. Si lo hiciera, ¿no sería esto una especie de confusión de que sus propias leyes son imperfectas e injustas? ¿No vendría casi a significar que Dios nos traiciona? Dios nos ha colocado en este curso de la naturaleza. Nos ha hecho depender de la operación regular de sus leyes; nos ha hecho confiar en que el sol saldrá por la mañana y se pondrá por la tarde, que la primavera viene después del invierno y el verano después de la primavera. ¿Cómo puede entonces sin algo como mala fe perturbar en forma arbitraria este curso ordenado del universo que ha creado? Si lo hiciera, ¿acaso no destruiría la seguridad que nos ha hecho tener al colocarnos bajo la égida de la ley natural?

En respuesta a dicha objeción, sólo les pido que piensen en si el simple hecho de que nos hallemos bajo el gobierno de una ley natural es lo que nos da seguridad. ¿Es este universo un lugar tan seguro donde vivir después de todo? Existen algunas fuerzas sumamente destructoras en la naturaleza; y el hombre, quien es parte de dicha naturaleza, se sirve de ellas para la destrucción de la humanidad. Alguna que otra vez leemos relatos imaginarios acerca de rayos o vuelos letales sobre Europa o cosas parecidas. Aunque imaginarias, estas cosas no dejan de tener un buen fundamento científico. No cabe duda de que en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) se progresó mucho en la fabricación de aviones de bombardeo y de gases venenosos. Y desde la guerra se ha progresado todavía más. Los científicos nos dicen que el átomo, aunque diminuto, contiene energía acumulada en cantidades incalculables. ¿Qué puede suceder ahora que el hombre ha descubierto cómo liberar dicha energía? ¿Que seguridad nos queda?

También son infinitas las posibilidades astronómicas de destrucción. Grandes estrellas quedan aniquiladas, y nuestra tierra es un simple satélite diminuto que da vueltas alrededor de una de las estrellas más pequeñas, que llamamos sol. La destrucción de un fragmento tan pequeño no causaría mucha perturbación en la vastísima estructura del universo.

Hay, además, posibilidades en el curso de la naturaleza mucho más aterradoras que la destrucción repentina de la raza humana y de la tierra en la que habita. Hay la posibilidad que nace de la tiranía del hombre sobre el hombre. Ante nosotros se yergue hoy día la amenaza creciente del espectro de la tiranía de los expertos — tiranía ante la que palidecen todas las tiranías del pasado — tiranía que pondría la vida toda hasta sus más mínimos detalles bajo control y haría que los sueños de libertad y gloria del género humano se convirtieran en cosas del pasado. Tiranías así se han abierto ya paso en Alemania y Rusia. Y también aquí en América es una amenaza. Amenaza a los hombres en todas partes. Si llega a dominar a la raza humana, mucho mejor hubiera sido que el hombre nunca hubiera aparecido sobre la tierra.

A veces me siento tentado de horrorizarme cuando pienso en estas cosas. Contemplo todo lo hermoso y bueno que hay en el universo, y luego pienso en lo frágil que es lo que lo sostiene. Si pensamos en lo que sabemos de la naturaleza humana y de esa parte de la naturaleza que es lo que llamamos el hombre, casi podemos decir que la misma existencia de la humanidad cuelga de un hilo.

¿Dónde encontrar, pues, la seguridad, caso de que se pueda encontrar? Se lo voy a decir. No se halla en la naturaleza; mucho menos se halla en esa parte de la naturaleza que llamamos hombre. Les diré donde se puede encontrar. Se encuentra sólo en Dios.

¿Qué garantía tengo de que alguien no va a inventar un gas venenoso que barra con ciudades enteras con una sola bomba? ¿Qué garantía tengo de que el secreto de la energía atómica no vaya a emplearse para la destrucción de la humanidad? ¿Qué garantía tengo de que todas las grandes aspiraciones de la humanidad no acabarán en una forma brutal y absurda?

No hallo tal garantía en la naturaleza; ni tampoco en el hombre. Nada hay en la composición del universo, en cuanto yo sepa, que excluya la posibilidad de estas cosas.

¿Cómo, pues, mantener la ecuanimidad ante las aterradoras posibilidades que la ciencia moderna nos descubre? ¿Cómo sé que sea cual fuere el fin de la raza humana en la tierra, no será brutal ni absurdo, sino tal que sea la realización de un propósito elevado y santo?

De una manera y sólo de una — por medio de la fe en Dios. En la naturaleza hay fuerzas destructoras. Hay para aterrarse si se piensa en que estas fuerzas se pueden desencadenar sobre nosotros. Hay para aterrarse todavía más si se piensa en que estas fuerzas están cada vez más bajo el control de expertos científicos; porque la tiranía de los expertos es la tiranía más angustiosa que se pueda imaginar.

Hay una manera y sólo una de dominar este terror. Es recordar que todas las fuerzas destructoras de la naturaleza, e incluso los expertos científicos y pseudo científicos que amenazan de tal modo la libertad, son instrumentos en las manos de un Dios que todo lo sabe. Podemos mirar cara a cara los rayos letales y las cantidades inconmensurables de energía destructora almacenada en el átomo, y la amenaza del poder tiránico que está en manos de los siquiátras y de otros expertos de, a veces, muy bajo nivel moral, sin perder la esperanza — podemos mirar cara a cara tales cosas por una razón y sólo una — porque tenemos fe en Dios. A la raza humana le pueden ocurrir cosas aterradoras, pero no la destrucción brutal y sin sentido que podría parecer tan inminente en nuestros días. Podemos confiar en Dios en cuanto a esto. Dios tiene sus propósitos; nos ha revelado parte de los mismos en la Biblia; y podemos confiar en que los llevará a cabo. Nuestra confianza no descansa en la naturaleza sino en Dios.

Pero si nuestra confianza descansa en Dios, no hay diferencia esencial en cómo decide Dios que se lleven a cabo sus consejos. Lo hace en parte por medio del curso de la naturaleza; gobierna todo lo de la naturaleza con su providencia. Pero si decide hacerlo en parte en una forma independiente de la naturaleza, esto no destruye en lo más mínimo nuestra confianza en su sabiduría, bondad y poder.



Los milagros, en otras palabras, no son sucesos arbitrarios. No introducen el más mínimo desorden en el curso de la naturaleza. Están por encima de la naturaleza, pero proceden de la fuente de todo el orden que la naturaleza contiene — a saber, del decreto sapientísimo y santísimo del Dios vivo.

Hasta cierto punto nos es posible percibir la razón de los milagros. Los milagros de la Biblia se deben — en su mayor parte, digamos, para proceder con cautela — al hecho del pecado. Cuando Dios creó el mundo todo él era bueno. Pero luego entró el pecado. No sabemos por qué lo permitió Dios. Este es el misterio de los misterios. Pero que lo permitió para fines elevados y santos es seguro. El pecado introdujo un trastorno terrible en el curso de la naturaleza. Para corregir dicho trastorno Dios puso en ejercicio su poder creador en los milagros de la Biblia, en especial los grandes milagros de la encarnación y resurrección de Jesucristo nuestro Señor. ¿Destruyen estos milagros benditos nuestra confianza en la regularidad de las leyes de la naturaleza? Desde luego que no. ¿Por qué no? La respuesta es evidente. Simplemente porque son actos del mismo Dios al que se deben las leyes de la naturaleza. Dios no se contradice.

Los milagros hoy día han cesado. Creo que hay una cierta confusión a este respecto entre los cristianos. ¿Acaso no hemos sido testigos de milagros, algunos de nosotros?, dicen. Un ser querido ha caído enfermo de gravedad. Los médicos lo han considerado un caso perdido y nos han advertido que no hay que abrigar esperanzas. Pero entonces los cristianos han orado; han presentado el caso del ser querido a Dios en oración. Dios ha escuchado la oración, y el ser amado se ha recuperado. ¿No es eso un milagro?

A esto respondemos que no. Es una obra maravillosa de Dios, pero no es un milagro. Cuando pedimos a Dios la recuperación de la persona amada no pedimos a Dios que realizara un milagro como la curación del ciego Bartimeo o como la resurrección de Lázaro. No, le pedimos que usara los recursos de la naturaleza para la curación de nuestro ser querido.

A menudo pedimos a un médico humano que haga lo mismo. Una persona se ve víctima de un ataque. Si no se llama con urgencia al médico la persona se muere. Pero el

médico acude y la persona se salva. ¿Cómo ha conseguido tal cosa el médico? No con un milagro, sino con el uso hábil de los remedios que la naturaleza ofrece.

¿Y por qué no habría que pedir a Dios que haga lo que a una persona finita se le pide que haga? Su poder es mucho mayor que el del médico. ¿Por qué no se le puede pedir que use esos vastos recursos de la naturaleza, que El, a diferencia del médico humano, tiene a mano?

O veamos eso de orar por la lluvia. ¿Se debe pedir que llueva? se nos pregunta con frecuencia. Si decimos, sí, los escépticos modernos levantan las manos horrorizados. ¿Es posible, dicen, que todavía subsista tal oscurantismo en el siglo veinte? La lluvia y el sol, afirman, se regulan por leyes meteorológicas. ¿Quieren ustedes decir, nos preguntan, que esas leyes pueden ser dejadas de lado por medio de la oración?

Bien, amigos míos, les aseguro que no veo cómo orar por la lluvia implique pedir a Dios que deje de lado las leyes meteorológicas. No es descabellado pensar que incluso el hombre puede llegar a poder utilizar esas leyes para producir la lluvia a voluntad. De vez en cuando se oye hablar de tal posibilidad. Si se convierte en realidad, podemos pensar que el Centro de Control Meteorológico Climatérico recibirá numerosas peticiones para que por favor envíe la clase de tiempo que uno desee en un lugar determinado.

En cuanto a mí, espero que nunca llegaremos a esto. Espero — a pesar de las sequías y de las tempestades de arena que nunca lleguemos a poder controlar el tiempo; porque si se llegara a ello me temo que habrá muchas discusiones a-cerca de la clase de tiempo que nos conviene, de modo que lo que ahora es el único tema seguro de conversación se va a convertir en una causa de guerra civil. Pero cuando menos sí se puede decir que el control del tiempo no está en modo alguno más allá de las posibilidades del hombre ¿Por qué entonces no podemos pedir a Dios que haga lo que podríamos pedir a un hombre que hiciera? ¿Por qué no podemos pedir a Dios que use los recursos de la naturaleza para enviarnos una lluvia refrescante? Dios gobierna el curso de la naturaleza. Puede muy bien ser su voluntad emplear ese curso de la naturaleza e incluso nuestra humilde oración para enviar alivio a una región sedienta.

Hay una ventaja en el pedir a Dios la lluvia, en comparación con pedirlo a algún burócrata de Washington. Podemos estar completamente seguros en el caso de Dios, y no en el del burócrata de Washington, que no nos concederá lo que pedimos si no conviene o puede perjudicar a alguien.

Que Dios ordene de este modo los recursos de la naturaleza, no es un milagro. Y repito lo que ya he dicho, que en nuestro tiempo ya no hay milagros.

No han cesado para siempre; pero de momento sí. Y hay una explicación muy atinada de porqué han cesado. (x) Pero aunque los milagros han cesado otros actos sobrenaturales de Dios se producen a diario, cuando hombres y mujeres nacen de nuevo por la misteriosa acción del Espíritu Santo que la Biblia llama nuevo nacimiento. Esperamos decir algo acerca de esos actos sobrenaturales de Dios antes de concluir esta breve serie de charlas.

\*\*\*

## **CAPÍTULO 10**

### **¿CREÓ DIOS AL HOMBRE?**

Hemos venido hablando de las formas en que Dios actúa, las formas en que ejecuta sus decretos. Los ejecuta, dijimos, primero con la obra de la creación, y, segundo, con las obras de su providencia.

Luego, en la última charla, hablamos del problema de si la obra creadora de Dios cesó por completo después de que comenzaran las obras de la providencia. ¿Realizó Dios su obra creadora en una sola vez, y después de ello se limitó ya a utilizar el orden de la naturaleza que había creado ; o interfiere de vez en cuando en el orden de la naturaleza en una forma sobrenatural, sin emplear medio ninguno sino con su poder creador inmediato?

Vimos que la respuesta correcta es la segunda. La Biblia contiene el relato no sólo de las obras providenciales de Dios, sino también de ciertos sucesos que Dios produjo sin emplear medios sino con el ejercicio inmediato de su poder. Estos sucesos, si ocurrieron en el mundo exterior, en contraposición a los que como el nuevo nacimiento ocurren en la esfera oculta del alma, se llaman milagros.

Los milagros que la Biblia refiere son — en su mayor parte al menos, para ser cautelosos — sucesos que ocurrieron en conexión con la obra que Dios realizó para salvar a su pueblo del pecado. Creo que esto es cierto tanto de los milagros del Nuevo Testamento como de los del Antiguo. Por medio de ciertos milagros del Antiguo Testamento Dios defendió a su pueblo escogido y refrendó la comisión conferida a sus siervos, los profetas. Pero la elección de un pueblo de entre todos los pueblos de la tierra, y la necesidad de enviar profetas con mensajes específicos se debió a la entrada del pecado en el mundo.

Entonces, sin embargo, se plantea la cuestión de si no hubo más actos sobrenaturales de Dios después de la obra inicial de la creación, actos tan básicos para la constitución misma del mundo tal como la conocemos que nos los imaginamos más como actos

creadores que producen el curso de la naturaleza que como milagros que interfieren en el curso natural ya establecido.

En otras palabras, ¿fue la creación algo realizado de una sola vez, o tuvo lugar en varios actos sucesivos de Dios?

Supongo que el primer impulso de la mayoría de los cristianos, al leer el primer capítulo de Génesis, es preferir la segunda respuesta a la cuestión. El libro de Génesis parece dividir la obra de la creación en seis fases o pasos sucesivos. Desde luego que no es necesario pensar que los seis días de los que habla el primer capítulo de Génesis fueran seis días de veinticuatro horas cada uno. Podemos concebirlos más bien como períodos de tiempo muy largos. Pero ¿acaso no indican seis actos bien distintos en la creación, más que simplemente seis períodos en los que Dios dio forma al mundo ya creado por medio de actos providenciales?

No es tan fácil contestar a este interrogante como a primera vista podría parecer. John Hurray, quien está al frente del Departamento de Teología Sistemática en el Seminario Westminster, a quien mucho le debo en la preparación de esta serie de charlas, me ha llamado la atención, por ejemplo, a un interesante artículo de B. B. Warfield — publicado ahora en sus obras completas — sobre "La Doctrina de Calvino acerca de la Creación." En él el Dr. Warfield señala que Calvino prefería reservar el término "creación" al acto inicial de Dios por el que hizo las cosas de la nada, y evitaba emplear dicha palabra para designar los actos posteriores de Dios que se mencionan en conexión con los seis días del primer capítulo de Génesis. Esos actos subsiguientes parecería pues que Calvino los consideró como acciones creadoras en el sentido estricto.

Me parece que es mejor no detenerse más a estudiar este problema algo difícil para pasar a hablar de inmediato del origen del hombre.

En este punto al menos — es decir, en cuanto al origen del hombre — Calvino, como el Dr . Warfield señala, vio una obra creadora en el sentido más estricto de la palabra; y creo

que el lector atento de la Biblia que acepte el relato bíblico como verdadero debe estar de acuerdo con él. El origen del hombre, según la Biblia, no se debió tan sólo a la acción providencial de Dios, gobierno por parte de Dios del curso de la naturaleza ya creado, sino que se debió a un acto de Dios que fue verdaderamente sobrenatural. Dios no ordenó el curso de la naturaleza de modo que se produjera el hombre, sino que El mismo lo creó.

A1 oír esto, quizá algunos den muestras de fastidio. "¿Quiere Ud. decirnos," dirían, "que sostiene esa anticuada teoría de la creación especial del hombre? Si todo el mundo sabe hoy día que el hombre procede por evolución de animales inferiores; incluso un estudio elemental de la estructura corporal del hombre en comparación con la de otros animales lo pone fuera de cualquier duda; la teoría de la evolución es ya algo definitivo, y quien la niega es un ignorante que no merece que se le preste ni un segundo de atención."

Bien, antes de que me cierren la beta de una forma tan sumaria, me pregunto si se me permitiría decir una o dos palabras respecto a la forma cómo yo veo que se plantea esa cuestión. No me siento en lo más mínimo competente para discutir la cuestión en forma exhaustiva. Para ello podría referirlos a colegas míos de nuestro seminario de profesores. Pero sí deseo decirles en forma muy breve cuál cree que es en el fondo la cuestión.

Lo que en realidad se discute es si en el origen del género humano hubo o no un acto sobrenatural de Dios.

Hemos visto que en realidad existe un curso natural. Las cosas que produce este curso natural tienen a Dios como una causa primera, pero tienen causal segunda en el curso mismo de la naturaleza. Dios las produce, pero lo hace sirviéndose del curso de la naturaleza que El ha hecho.

También hemos visto que de vez en cuando Dios interfiere en el curso de la naturaleza de una manera directa ; entonces no se sirve del curso de la naturaleza ya hecho, sino que actúa en una manera esencialmente semejante a la manera en que actuó cuando hizo todas las cosas de la nada con el poder de su palabra.

Cuando tales actos sobrenaturales de Dios ocurren en el mundo exterior en contraposición, por ejemplo, a la esfera oculta del alma, se llaman, como vimos, milagros.

Ahora bien los milagros de la Biblia a menudo están en íntima conexión con sucesos que no son milagrosos sino naturales. Así nuestro Señor pule los dedos en los oídos de un hombre cuando le curó la sordera. El poner los dedos en los oídos del hombre no fue ciertamente un milagro. Pero en íntima conexión con ese hecho perfectamente natural se produjo un milagro. No sabemos con exactitud dónde terminó lo natural y comenzó lo milagroso; pero sí sabemos que se produjo un milagro. Dios en este caso sí se sirvió de medios naturales; pero estos medios por sí mismos no fueron suficientes para producir el efecto. Hubo también, además del empleo de medios naturales, un milagro.

Lo mismo ocurre, según la Biblia, en la creación del hombre. Se utilizó el curso natural ya establecido. La Biblia expresa esto en una forma sencilla cuando dice que "Dios formó al hombre del polvo de la tierra." Pero hubo también algo además del uso del curso de la naturaleza ya establecido. La Biblia lo expresa en varias formas. Lo expresa, por ejemplo, cuando dice que Dios creó al hombre a su imagen. Parece claro que la palabra "creó" ha de tomarse en el sentido más estricto y excelso.

¿Pero tiene la razón la Biblia cuando dice esto? ¿Tiene razón cuando enseña que un acto sobrenatural de Dios intervino en el comienzo de la vida del género humano?

Mucha gente dice que no. La ciencia moderna, afirman, ha demostrado con claridad que el hombre es producto de la evolución.

Pero yo pregunto cómo lo ha demostrado. En respuesta a esto, se me dice que hay una semejanza exactísima entre la estructura del hombre y la de los animales inferiores. En este caso se puede establecer una cadena ininterrumpida de generaciones que une al hombre con otras formas de la vida animal.

No voy a discutir los hechos que se alegan a este respecto. No me siento competente para ello, y por fortuna no me parece que tenga la obligación de hacerlo. Lo que discuto no es tanto los hechos cuanto la pertinencia de los mismos respecto a lo que realmente se ventila.

Veamos si podemos plantear la cuestión con claridad absoluta de modo que podamos estudiarla lo mejor posible.

A primera vista no parece lo suficientemente clara. Parece permanecer oculta en una región de gran misterio. El origen del primer hombre tuvo lugar hace mucho tiempo. No sabemos con exactitud cuándo tuvo lugar ; ni siquiera la Biblia en realidad nos lo dice. Ni tampoco sabemos dónde tuvo lugar. Parece, por tanto, algo muy alejado de nosotros. El percibir esa lejanía produce en nosotros una cierta confusión.

Muy bien, entonces, tomemos algo que está mucho más a mano. El origen del primer hombre, que los que creen en la Biblia afirman que fue un acto sobrenatural, está muy alejado; pero el origen de la villa humana de otro hombre, que los creyentes en la Biblia afirman que también es un suceso sobrenatural, recibe la luz plena de los tiempos históricos y ocurrió en un país que es perfectamente conocido.

Si uno va a las oficinas de una compañía marítima hoy día puede comprar un pasaje para un, pequeño país llamado Palestina, situado en la parte oriental del Mar Mediterráneo. La historia de ese país es bastante bien conocida. Ha habido períodos oscuros en su historia — por ejemplo, durante la Edad Media — pero hubo un período acerca del que poseemos información abundante. Fue el período civilizado y culto durante el cual Palestina estuvo bajo el Imperio Romano.

Para informarse acerca de los hombres y animales que vivieron en ese período, no hay que sacar deducciones de restos fósiles; no hay que adquirir conocimientos acerca de la sucesión de hechos basados en la forma en que los estratos de la tierra están colocados.



No, poseemos esculturas bellísimas de ese período y otras todavía más bellas de un período algo anterior de Grecia. Poseemos además relatos históricos, y muchas descripciones vívidas de la clase de villa que los hombres de esa época llevaban. En Egipto se han descubierto muchas camas privadas que se escribieron en esos días. De todas estas fuentes de información sacamos la impresión bastante clara de que la gente de esa época no era muy distinta de la que vive hoy día. Eran seres muy iguales a los que ahora llamamos hombres.

En esa época que nos es tan conocida, vivió en un país que todavía podemos visitar hoy día, y en un tiempo que se puede precisar bastante, un hombre que fue conocido como Jesús de Nazaret. Ningún historiador serio niega que este hombre viviera. Vivió no en un período antiquísimo sino en tiempos históricos, y hoy día podemos contemplar los paisajes que él contempló cuando recorremos las orillas del Lago de Galilea.

¿Cuál fue el origen de la villa humana de este hombre llamado Jesús? ¿Descendió de hombres anteriores por generación normal? ¿Fue producto de la evolución?

Bien, si tuviéramos tan sólo el tipo de prueba en la que se basa la doctrina de la evolución, sin duda responderíamos en forma afirmativa a esa pregunta; diríamos sin duda que Jesús de Nazaret sin lugar a dudas procedió de hombres por generación. A nadie le dio la impresión de ser de apariencia anormal. Fue sorprendentemente diferente, en realidad, de otros hombres en índole moral y en poderes. Pero no creo que se pueda dudar que, si su cuerpo tal como era cuando vivió en la tierra, estaría en algún lugar enterrado en la tierra — lo cual, de hecho, no está y si algún arqueólogo o geólogo llegara a descubrir esos restos en algún lugar, esos restos serían sumamente similares a la estructura corpórea de los hombres que lo precedieron.

Qué conclusión se sacaría de ello si se empleara la misma forma de razonar que emplean los defensores del evolucionismo cuando argumentan en favor del origen del primer hombre de otras formas de vida animal? Sí, se deduciría que Jesús descendió

naturalmente por generación de los hombres que vivieron antes de él sobre la tierra. La prueba de una descendencia corpórea ininterrumpida, que en el caso del primer hombre no es, después de todo, ni mucho menos completa, ya que, por lo menos, hay vacíos enormes entre los restos del hombre y los de otras formas de vida animal, en el caso del Jesús hombre parecería absolutamente completa. La prueba parecería ser abrumadora.

Sin embargo, a pesar de esa prueba, sostenemos, basados en el testimonio del capítulo primero de Mateo y en el primero de Lucas, que Jesús no descendió por generación normal de hecho de hombres que lo precedieron sino que al comienzo de su vida en la tierra intervino un acto creador de Dios, la concepción sobrenatural en el seno de la virgen María. Ni siquiera el cuerpo de Jesús, para no mencionar su alma, se produjo, pues, según nuestra creencia, sólo por evolución, sólo por generación normal en el curso normal de la naturaleza, sino que reprodujo también por un acto sobrenatural de Dios. Aquí tenemos un ejemplo de creación especial en medio de la misma historia.

Desde luego, mucha gente niega que el relato bíblico del nacimiento virginal sea verdadero. "Se equivocan," nos dicen, "en sostener que Jesús fue concebido por el Espíritu Santo en el seno de la virgen María. De hecho no fue más que el hijo de José; fue producto de generación normal después de todo."

Muy bien ; ya sé que hay gente que dice esto. Sé perfectamente bien que muchos niegan el nacimiento virginal de Cristo. Pero lo que yo digo es que cuando se niega, y cuando al negarlo rechazan la opinión que yo tengo acerca de ello, no pueden tenerme en menos por carecer de cierta cantidad de conocimientos que ellos poseen. No pueden decirme, como los evolucionistas lo hacen respecto al origen del primer hombre: "No sabe suficiente de biología y geología como para tener derecho a opinar; nosotros somos peritos en esas materias, y como tales le decimos que Jesús fue lo dijieran, harían el ridículo. Es obvio que en este asunto el experto en biología no es ni un ápice más competente para juzgar que el hombre ordinario. El parecido corporal entre Jesús y los hombres que vivieron antes de él en la tierra lo admiten todo el mundo. Pero a pesar de tal parecido, basados en lo que consideramos testimonio adecuado, sostenemos que Jesús

no descendió de hombre por generación normal, sino que su vida humana la causó la intervención del poder inmediato de Dios en el curso del mundo.

Pero si hubo una intervención inmediata del poder de Dios en relación con el origen de la vida humana de Jesús, ¿por qué ,no puede haber también habido una intervención inmediata del hijo de José por generación normal." Si poder de Dios en el caso del primer hombre? Si el parecido en estructura corpórea no excluye el milagro en un caso, ¿por qué debería excluirlo en el otro?

Estoy perfectamente consciente del hecho de que hay una gran diferencia entre los dos casos — no sólo una diferencia entre los hombres que comenzaron a vivir en ambos casos como resultado del acto sobrenatural de Dios (ya que Adán fue sólo hombre y Jesús fue Dios hombre), sino también una diferencia en el acto sobrenatural mismo de Dios. Ni por un momento admito que los seres que vivieron antes del primer hombre sobre la tierra fueran parecidos al primer hombre en apariencia externa como los hombres que vivieron antes de Jesús fueron semejantes a él en cuanto al cuerpo. Sostengo que las lagunas que desde luego existen en la prueba de la continuidad entre los animales inferiores y el hombre son muy significativas y no creo que nunca se salvarán.

Pero lo que trato de decir es que la verdadera decisión en cuanto a la opinión que hay que tener acerca del origen del primer hombre no se toma basados en la consideración de las pruebas que aducen biólogos y geólogos. Si se llegara a la misma basados en el estudio de dichas pruebas, posiblemente el hombre ordinario nunca tendría derecho a formarse una opinión. Parecería entonces que se trata de una cuestión que sólo los expertos pueden debatir, y que al hombre ordinario no le queda más que aceptar el veredicto que los expertos emitan. Pero el hecho es que la decisión se alcanza basados en otras clases de pruebas, que entran tanto dentro del ámbito de la competencia del hombre ordinario como del de los expertos.

¿Hay un Dios, creador y señor del mundo? ¿Tiene poder para intervenir en forma creadora en el mundo que ha hecho? ¿Ha intervenido de hecho en forma creadora en el caso de la Persona de Jesucristo y en los milagros referidos en la Biblia?

Si se responde a estas preguntas en forma negativa, entonces no cabe duda que se tendrá una idea revolucionaria acerca del origen del hombre. La, prueba biológica y geológica es obvia que por sí misma no justifica tal idea. Hay, para no decir sino lo mínimo, lagunas asombrosas en la prueba y la pertinencia de la misma se puede poner en tela de juicio. Es obvio que hay que dar un salto al vacío para aceptar la hipótesis evolucionista. Pero ese salto parecerá algo del todo natural al hombre que no cree en un Dios personal y trascendente que es siempre libre frente al mundo que El mismo ha hecho, y al hombre que no cree que en la Persona de Jesucristo Dios ha intervenido de hecho en el curso del mundo con un acto inmediato y sobrenatural.

Por otra parte, para el que no comparte esos presupuestos naturalistas, al salto de la prueba en sí a la hipótesis evolutiva le parece un salto verdaderamente temerario. Para el que no cree que Jesucristo fue un producto de la evolución, sino que cree que vino a este mundo por un milagro estupendo, el testimonio en favor de un origen igualmente sobrenatural del primer hombre le parecerá abrumador. Esa persona dirá con gran confianza no que el hombre es un producto de la evolución sino que Dios lo creó.

\*\*\*

## **CAPÍTULO 11**

### **¿CÓMO CREÓ DIOS AL HOMBRE?**

En la última charla les hablé acerca del tema, "¿Cómo creó Dios al hombre?"

La respuesta que se da a esta pregunta en el Catecismo Menor de las iglesias presbiterianas es como sigue: "Dios creó al hombre varón y hembra, a imagen suya en cuanto a conocimiento, justicia y santidad, con dominio sobre las criaturas." La Confesión de Fe de Westminster formula en forma algo más explícita un aspecto que está implícito en el Catecismo Menor cuando dice que Dios creó al hombre "con alma racional e inmortal." Quiero hablarles ante todo acerca de este punto tan importante.

No cabe duda de que la Biblia habla de dos principios o sustancias distintos en el hombre —el cuerpo y el alma.

Esto aparece con toda claridad en el primer libro de la Biblia, en el que, al relatar la creación del hombre, se dice: "Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida y fue el hombre un ser viviente." Pero esta idea forma parte tan íntima de toda la Biblia que citar pasajes concretos para , demostrarlo parecería casi superfluo. Cuando Jesús distingue entre alma y cuerpo con las solemnes palabras, "Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno," no hace más que expresar en forma explícita lo que en realidad constituye parte esencial de toda la enseñanza de la Palabra de Dios.

La Biblia no enseña de hecho que sea bueno para el alma estar separada del cuerpo; no está en modo alguno en favor de la idea griega de que el cuerpo es cárcel del alma, y que el estado de separación del cuerpo es un estado de libertad que deberíamos anhelar. Por el contrario, enseña bien claramente que la relación entre cuerpo y alma es algo normal y deseable y que un estado sin cuerpo es un estado de desnudez del que el cristiano quiere verse libre. Así pues, la doctrina cristiana de la resurrección del cuerpo es muy diferente de la doctrina griega de la inmortalidad del alma.

Sin embargo la Biblia sí enseña que el alma es una sustancia distinta del cuerpo, y que puede subsistir, y en el caso de los que mueren antes del retorno de Cristo y del juicio final, subsiste de hecho, separada del cuerpo.

Al afirmar, pues, la existencia del alma, la Biblia está en pugna directa con muchas tendencias poderosas de la incredulidad moderna. Muchos no creyentes niegan no sólo la existencia de un Dios personal sino también la del alma humana. De hecho las dos negaciones van íntimamente unidas. Hay un dicho que afirma que si uno no cree que existe el alma en el pequeño mundo de la vida del hombre, tampoco es probable que crea que hay un Dios en el gran mundo del universo.

La manera más completa de negar la existencia del alma se halla en la doctrina materialista que se ha resumido en forma pintoresca en el aforismo que dice que el cerebro segrega el pensamiento como el hígado segrega la bilis.

Me pregunto si han sentido ustedes alguna vez el efecto deprimente de esa doctrina, tal como a mí me ocurrió en cierto período de mi vida.

¿Hay algo misterioso, verdad, en la conexión íntima que vemos entre la mente y el cerebro? Ciertas funciones mentales se ha demostrado que están en conexión con ciertas zonas cerebrales. Si se lesionan dichas zonas esas funciones mentales se interrumpen. ¿Acaso no demuestra esto que todas las funciones mentales no son más que reacciones físicas — formas especialmente complicadas de reacciones físicas, claro está, pero con todo simples reacciones físicas?

Si se toca una planta de hojas sensibles, se contrae y cierra. En el caso de la planta no hay actividad mental ninguna. Ahora bien, ciertas reacciones de los animales y del hombre no parecen ser esencialmente diferentes. Hay un cierto estímulo sensorial; este estímulo se transmite al cerebro por medio de los nervios sensores; de inmediato se transmite un

impulso desde el cerebro a los músculos, y se sigue una acción inmediata. Parece como si no fuera más que una máquina de gran precisión y delicadeza.

En el caso de algunos estímulos sensoriales la acción no se sigue de inmediato. Los rayos de luz que proceden de una página impresa hieren la retina del ojo; el nervio óptico transmite la impresión al cerebro; de momento no parece que suceda nada. Vemos al hombre leer. Sigue sentado tranquilamente en el sillón; no parece reaccionar en ninguna forma inmediata a esas impresiones sensoriales.

A veces confieso que me es difícil no reaccionar de inmediato. Hay ciertas tonterías tan enojosas que cuando me las encuentro impresas siento la necesidad de hacer algo de inmediato. Pero me contengo. Sigo sentado; no me cierro como una planta sensible: no doy puntapiés como cuando el doctor me da golpecitos en la rodilla para ver si tengo bien los nervios. Parece que no hago nada.

Pero, dice el materialista, se ha producido una impresión en el cerebro. Esa tontería impresa ha dejado una huella en el cerebro. Después de haberla leído nunca más volveré a ser como antes. La impresión física en el cerebro es demasiado diminuta para que ni siquiera el microscopio más poderoso la pueda descubrir; pero ahí está, y en determinado momento — quizá años después — es posible que afecte mi conducta. El cerebro, en otras palabras, posee la facultad de grabar impresiones en forma física, igual que lo que se graba en un disco, y en determinado momento en el futuro lo así grabado se puede reproducir.

Muy bien, todo esto es muy sencillo, ¿no es cierto? Todos los factores desconcertantes han sido eliminados. El universo todo ha sido colocado bajo la égida única de una ley de conservación de energía física.

Claro que alguno de nosotros, los pobres ignorantes, quizá haga ciertas preguntas. Esa teoría materialista ha explicado muy bellamente todas las acciones físicas del hombre; se explican como debidas en última instancia a impresiones físicas dejadas en el cerebro. Pero en este caso no se olvida algo? ¿Cómo se explica el pensamiento, y cómo la

conciencia? ¿No viene a resultar un mecanismo más bien curioso después de todo? ¿Tiene la máquina, por complicada que sea, conciencia de sí misma y del mundo que la rodea? ¿No deberá por tanto ser algo más que una máquina? ¿No deberá ser la mente algo diferente del cerebro?

Bien, el materialista no presta atención a preguntas tan necias como éstas. Desde luego, admite que existe esa curiosa asociación de ciertos fenómenos cerebrales que llamamos conciencia o pensamiento. No se sabe muy bien como explicarlo. No se puede contemplar con el microscopio; no se puede pesar en una balanza química. Pero no debemos preocuparnos mucho por ello. Lo que no se puede ver en el microscopio ni se puede pesar en la balanza química no merece consideración científica. No produce efectos en el poderoso proceso de la naturaleza. Este permanece siempre bajo la ley de la conservación de la energía prescindiendo de esos extraños fuegos fatuos de la conciencia que intervienen en ciertas operaciones naturales. No, no hay por qué preocuparse por minucias intangibles como éstas. "Males y bienes, dolores y gozos" — esto está muy bien para poetas y niños; pero no merecen la atención del científico.

Esta es la actitud del materialista. Hay en ella una cierta fascinación; posee la fascinación de lo sencillo. Recuerdo, como ya mencioné, que hubo un tiempo en mi vida en que me atrajo. Pero luego leí *Naturalism and Agnosticism* de Ward y otros libros y pude sustraerme de la misma. O, mejor dicho, Dios me sacó gratuitamente del abismo.

La verdad es que la simplicidad del materialismo es una simplicidad dañina. Es la simplicidad a la que se llega al prescindir de ciertos hechos. Cualquier problema se vuelve simple si se lo enfoca de esta forma — es decir, si se prescinde de los factores que no armonizan con la idea que se tiene en cuanto a la solución.

Los problemas de ajedrez son en cierto modo parecidos. Se cree tener la solución del problema: "¡juegan las blancas y jaque mate en tres jugadas!" Hace la jugada que creé mejor para las blancas; luego imagina todas las jugadas que las negras podrían hacer; luego las contrarresta todas con jugadas geniales de las blancas. Y de este modo las pobres negras van directas a la muerte. En la tercera jugada de las blancas las negras



parecen inevitablemente en jaque mate. Le parece que ha resuelto el problema; se ve a sí mismo como tan genial jugador de ajedrez. Pero luego examina el problema algo más en detalle y descubre que las negras tienen otro escape contra la primera jugada de las blancas. Tiene un alfil o una torre o un caballo que se podría jugar de modo tal que el jaque mate se evitaría.

Bien, pues, ¿qué hace cuando descubre esa posible jugada de las negras? ¿Sigue aferrado a la misma solución del problema? Dice : "Era una solución muy buena, y voy a seguir con ella sin hacer caso de la jugada desconcertante de las negras que la echaron abajo." ¡De ningún modo! No hace jamás esto. En los problemas de ajedrez no existe el "casi acerté." Esa jugada desconocer tanto de las negras echó por tierra su solución como si hubiesen sido dote las jugadas en vez de una. Y sólo debido a la posibilidad de esa jugada de las negras, tiene que cambiar por completo la primera jugada de las blancas. Tiene que volver a comenzar desde el principio.

Lo mismo ocurre en el caso del materialista y de su fácil solución del problema del universo. Tiene la solución completamente lista. Es una solución muy atractiva. Tiene toda la hermosura de lo simple. Parece muy digna de que se la sitúe entre las soluciones acertadas en el periódico de mañana.

Pero entonces le salgo al paso y le señalo el hecho de que esa solución prescinde de la presencia, como uno de los factores del problema, de la mente o conciencia o pensamiento.

¿Qué dice cuando se lo señalo? Bien, quizá dice que no le agrada lo que le he señalado. Él es científico, dice; y ofende su dignidad tratar de algo tan imponderable como la conciencia o mente.

¿Qué le digo entonces? Bien, me temo que soy algo recalcitrante en cuanto a este asunto. Le digo: "Sí, sé que no le gusta este imponderable que se llama conciencia. No me sorprende que no le agrade, porque echa por completo por tierra su solución del problema

del universo. Lo siento por usted, amigo. Debe ser muy desagradable tener que volver a comenzar a buscar la solución del problema. Pero, a la verdad es que no lo puedo evitar. Después de todo tenemos que aceptar los hechos tal como son. No podemos descartar ninguno por el solo hecho de que no nos agrada. Como científico, debería estar de acuerdo con esto."

Esta podría ser la respuesta que daría al materialistas. Espero que no piensen que al dar esta respuesta también yo caigo en esa misma simplicidad inadecuada de la que acusé a mi oponente. Ni por un momento pretendo que con mi solución del problema del universo, que trato de poner en lugar de la del materialista, he contestado a todas las posibles preguntas y he eliminado todos los misterios. Pero con todo me atrevo a afirmar con toda confianza que, cualquiera que sea la solución que le dé al problema, no satisface ninguna solución que no tenga en cuenta la realidad de la conciencia o mente.

En realidad, cuando se piensa en ello, ¿acaso la realidad o mente no es más cierta que la existencia del mundo material? Después de todo, ¿no es acaso la conciencia o mente aquello de lo que con más claridad tenemos conciencia?

Confieso que tengo una cierta simpatía por la posición del idealista a este respecto. El materialista dice que la materia es la única realidad. Luego viene el idealista y dice, "No, la única realidad es la mente." Digo que tengo una cierta simpatía por él cuando afirma esto. No digo que esté de acuerdo con él. Pero sí me simpatiza. Veo que se engaña, pero por lo menos puedo entender cómo "se desvió."

El hecho es que lo que conocemos en forma más inmediata es nuestra propia mente. Puedo decir, en realidad, que percibo otras cosas aparte de mi propia mente. Digo que percibo un micrófono que está frente a mi rostro en esta estación de radio. Para remedar las palabras de Mark Twain, "parece un micrófono, está situado como un micrófono, y que me maten si no creo que es un micrófono." Así razono si razono como el simplón de Mark Twain al examinar el agujero en el techo, y así razono también si razono como el americano corriente.

Pero luego viene el filósofo idealista, y éste razona en forma distinta. "Dice que ve un micrófono frente a sí," me dice. "Bien, no me querrá decir que cree que el micrófono existe en realidad." Ante esto me alarmo algo. ¿Algo funciona mal en mí? ¿Estoy viendo visiones? Casi temo contestar. Pero por fin me atrevo a hacerlo. "Sí, señor," digo, "sí creo que es un verdadero micrófono." "¿Cómo sabe que lo es?" me dice él. "Porque lo veo," afirmo. "Ahí lo tiene; es un micrófono de color café." Mi filósofo idealista se sonríe burlón. Es evidente que piensa que me ha acorralado. "¿Qué me dijo?" pregunta. "¿Dijo que el micrófono es color café? Bien, ¿qué quiere decir con "café"? Suponga que el micrófono hubiera siempre estado en un lugar completamente oscuro, y' nunca pudiera estar en ningún otro lugar más que en una habitación completamente oscura; y suponga, además, que no hubiera nadie ni nunca pudiera haber nadie que viera el micrófono, ¿tendría sentido decir que el micrófono era café, negro o blanco? ¿No es, pues, el color del micrófono en realidad algo que está en la mente del que lo contempla y no algo que está en el micrófono mismo?"

Bien, comienzo a reflexionar, y puede que llegue a la conclusión de que quizá haya algo de verdad en lo que mi amigo filósofo dice. El color del micrófono sí parece quizá ser algo que está en la mente del que lo contempla y ,no algo que pertenece al micrófono mismo. Pero luego me acude a la mente un pensamiento brillante. ¿No estoy consciente de la existencia del micrófono por otros medios además de por el sentido de la vista? "Cómo," le digo a mi amigo idealista, "sé que el micrófono existe porque lo puedo tocar. ¡Tenga ! Lo he tocado. Es duro, tiene un cierto tamaño porque me toma tiempo pasar el dedo de un lado al otro. Entonces, amigo filósofo, ¿qué me dice a esto? No es posible que reduzca algo tan duro y grande como este micrófono a una simple idea de la mente. No se puede tropezar con una idea. Si tropiezo con algo o lo toco sé que no es una idea de mi mente sino algo que sin duda existe."

Pero cuesta mucho reducir al silencio a esos filósofos en una discusión. Para todo tienen respuesta. Y por ello mi amigo filósofo idealista no se impresiona en lo más mínimo con mi argumentación a base del sentido del tacto. "Después de todo," dice, "los sentidos bajo

el punto de vista filosófico son todos esencialmente iguales, y todos por igual no merecen confianza. Cuando digo que toco el micrófono, lo único de lo que puedo estar seguro es de una cierta sensación en la mente. Como filósofo no puedo decir más. Así que, si hubiera un mundo externo independiente de mi mente nunca podría saber cómo es. ¿Cómo puedo entonces No lo es realidad."

Así habla el filósofo idealista acerca del problema de la mente y la materia. ¿Qué se puede decir acerca del filósofo idealista? Me temo que algunos de ustedes quizá no tengan reparos en decir muchas cosas. Me temo que algunos de ustedes incluso lleguen a decir que está "chiflado." ¿Por qué perder el tiempo en "tontos" como ése?

Es posible que casi tengan razón en cuanto al filósofo idealista. No digo que no la tengan. Pero, comprendan, cuando una forma de necedad se generaliza tanto como esta filosofía idealista, con su escuela de escepticismo acerca de la existencia de un mundo externo, lo ha hecho en el curso de la historia humana, y cuando prevalece en épocas enteras y se filtra a través de filósofos y poetas hasta llegar a la vida del hombre ordinario en mil aspectos distintos, entonces me parece que hay que dedicarle cierta atención si es que amamos a nuestros hermanos los hombres.

Desde luego que tengo que decir que en su forma lógica — la única forma en la que se puede hallar algo plausible acerca de ello — se puede fácilmente demostrar que conlleva consecuencias del todo absurdas. Parte de la base de que es difícil ver cómo se puede estar del todo seguro de cualquier realidad que exista independientemente de la mente. Pero decir que no hay realidad ninguna fuera de la mente es del todo absurdo. Significaría que China, Japón y la India no existieron hasta que tuve conciencia de ellos. Pero, afirman muchos filósofos idealistas, hay otras mentes aparte de la mía, y por ello China, Japón y la India existían antes de que tuviera conciencia de ellos porque existían en otras mentes. En realidad, existían, y todas las cosas existen, como yo existo y ustedes existen, en la mente de Dios.

Así llega el idealismo, a partir de la idea absurda pero consecuente de que las cosas sólo existen en la mente, al deprimente pero menos obviamente absurdo panteísmo que sostiene que las cosas existen sólo en la mente divina.

El problema es, sin embargo, que al dar ese paso la filosofía idealista ha sacrificado todo lo que hace su contenido en cierto modo plausible. En el momento en que admito que hay otras mentes aparte de la mía, he admitido que hay una realidad fuera de mi mente; y cuando he admitido esto he dado un paso realmente difícil y no hay razón ninguna para no seguir adelante y admitir la existencia de todo el mundo externo como lo hace el hombre ordinario.

Me temo, sin embargo, que algunos de ustedes empiecen a impacientarse con toda esta exposición. ¿No es hora, dirán, de que volvamos al sentido común? Y quizá otros quieran volver a la Biblia. ¿No es hora de que regresemos a la Biblia? quizá digan. ¿Acaso esta hora no se suponía que estaba dedicada a la exposición de lo que la Biblia enseña? Y aquí estamos perdiendo el tiempo en una serie de sutilezas filosóficas.

Por inclinación simpatizo mucho con ambas sugerencias. Estoy del todo dispuesto a volver al sentido común, y a la Biblia. Y lo mejor del caso; es que si hacemos cualquiera de los dos cosas respecto al tema que nos ocupa también hacemos la otra.

La Biblia es un libro con un sentido común extraordinario. En medio de los excesos a derecha o a izquierda, la Biblia sigue el sendero recto del sentido común; y no parece que le dé vergüenza hacerlo. Con una cierta seguridad majestuosa confirma el juicio común del género humano de que la mente es una cosa y la materia otra, y que ambas existen realmente.

Pero, quizá digan, ¿qué responderemos a nuestra dificultad inicial ? ¿Qué diremos de la conexión entre los hechos de la conciencia y los cambios físicos que se producen en el cerebro? ¿Niega acaso que haya cierta conexión?

No, respondo, no niego que existe cierta conexión. Cuando me dedico al poco común ejercicio mental de pensar, a veces acabo con dolor de cabeza. Me atrevo a decir que mi pensar y sentir siempre van acompañados de cierto cambio físico en el cerebro.

Pero ¿cómo explicarlo? El materialista explica esa conexión entre los procesos físicos cerebrales y el pensar de la mente diciendo que sólo existen los procesos físicos y que lo que llamamos mente no es más que una forma muy complicada de proceso físico. La explicación es completamente absurda, cuando se piensa bien. ¿Pero no hay otra explicación satisfactoria? ¿Por qué no explicar la conexión entre procesos cerebrales y procesos mentales diciendo que la mente utiliza el cerebro como instrumento? Esta tesis la defendió vigorosamente Thomson en su obra *Brain and Personality* que vio la luz hace unos años. Nada se le puede oponer.

No cabe duda de que la relación entre la mente y el cerebro es un gran misterio. Los procesos mentales y los físicos parecen ser tan completamente opuestos. Pero hay muchas cosas misteriosas que sin embargo han de aceptarse como hechos. Por ello con gran confianza podemos aceptar la enseñanza de la Biblia en cuanto a que el hombre tiene un cuerpo y también un alma, y que ni el uno ni la otra son simples apariencias sino que ambos realmente existen.

\*\*\*

## **CAPÍTULO 12**

### **LA IMAGEN DE DIOS EN EL HOMBRE**

En la última charla hablamos acerca del alma del hombre. Dios creó al hombre con un cuerpo, decimos, pero también lo creó con un alma.

Creo que deberíamos sostener no sólo que el hombre tiene alma, sino que es importante que sepa que tiene alma.

Muchas personas parecen pensar que esto no tiene importancia especial. Estudiemos la conducta de la gente, dicen; clasifiquemos las observaciones; y luego tratemos de conseguir que la gente se forme tales hábitos que su conducta sea tal que contribuya al bienestar de la raza. Este, dicen dichas personas, es el método científico genuino. En el mismo debe evitarse a toda costa toda introspección, todas las preguntas que el hombre se quiera hacer acerca de su propia vida íntima, el hablar acerca de la existencia del alma, y cosas semejantes. Basta considerar la conducta humana, estudiarla tal como es, y dejar las cuestiones metafísicas o filosóficas acerca del alma o de Dios completamente de lado.

Tal es su método. Lo extraño es que algunos que, supongo, creen en la existencia del alma y de Dios parecen pensar que se puede seguir con toda confianza dicho método. ¿Por qué no aceptar los estudios psicológicos que no creen ni en el alma ni en Dios, y luego emplearlos para propagar una filosofía y teología del todo diferente del escepticismo que ellos profesan? ¿Por qué el cristiano no va a poder considerar las investigaciones de estos psicólogos como adecuadas en su limitada esfera?

Esta forma de razonar es muy precaria. De hecho, no se puede separar una esfera de conocimiento de otra en compartimientos como ése. No, la idea que alguien tiene acerca del alma y de Dios afectará la interpretación que le dé a los fenómenos de la conducta humana; y, por otra parte, al observar desde una perspectiva falsa o limitada los

fenómenos de la conducta humana afectará la idea que alguien tenga acerca de la existencia del alma y de la existencia de Dios.

Creo, pues, que es no sólo importante que tenga alma, sino que es importante también que sepa que la tengo.

¿Qué significa, entonces, decir que tengo alma?; ¿Qué quiere decir la Biblia cuando afirma que tengo alma?

Ante todo quiere decir lo que les expuse en la charla anterior. Quiere decir que los materialistas están equivocados, y que, contrariamente a lo que ellos piensan, la mente o conciencia es algo diferente del cerebro.

Pero también quiere decir algo más que eso. Quiere decir no sólo que el hombre tiene mente o conciencia, sino también que esa mente o conciencia es una unidad. No es una simple fuente de conciencia, sino la conciencia de una persona. No es tan sólo que dentro de mí se da el pensamiento, sino que yo pienso. Fui yo hace muchos años, y es el mismo yo en la actualidad, y será el mismo yo toda la eternidad. Esto quiere decir la Biblia cuando me dice que tengo alma:

Es algo muy aterrador este terrible aislamiento del alma individual. Los teólogos y filósofos lo han expresado en muchas obras eruditas; y también lo expresa el clamor del corazón humano. Se manifiesta, por ejemplo, en las palabras de una canción negra que me gusta mucho. ¿La han escuchado alguna vez con ánimo alegre como si fuera algo divertido? Bien, si la han escuchado alguna vez así, me parece que dirán que aunque quisieron reír salieron orando. Recuerdo a mi madre que solía hablar de la solemnidad con que la canción proclama la soledad del alma en la presencia de Dios. "No es mi padre," dice la canción aunque no recuerdo con exactitud las palabras. "no es mi madre, no es mi hermano; soy yo, Señor, que necesito oración."



Ahí tenemos el clamor del alma humana, en su espantosa separación de todo lo demás, en la terrible soledad de su existencia como alma indivisible e inmortal.

Esa soledad y esa naturaleza indivisible del alma son propias de todos los hombres, cualquiera que sea su condición. Es una de las cosas que más nos constituye como hombres. Así fuimos hechos en la creación de una vez por todas. Ni siquiera el pecado lo destruye, aunque el pecado hace que ya no sea una bendición sino un horror y maldición indescriptibles.

Esto, en breve síntesis, es lo que la Biblia quiere decir cuando afirma que el hombre tiene alma.

A estas alturas se nos hace necesario detenernos por unos momentos en una cuestión subsidiaria, a fin de que la enseñanza de la Biblia respecto a la naturaleza del hombre aparezca en toda su sencillez.

Hemos dicho que según la Biblia el hombre tiene cuerpo y alma. Pero muchos que leen la Biblia y algunos no sólo eruditos sino incluso lectores piadosos nos han dicho que esto no es todo lo que enseña la Biblia. No, dicen, el hombre según la Biblia está compuesto de cuerpo, alma y espíritu. Defienden, pues, una división no bipartita sino tripartita de la naturaleza del hombre.

Quienes tienen esta idea difieren, claro está, algo en cuanto a lo que constituye la diferencia entre lo que llaman el alma y lo que llaman el espíritu. Algunos consideran al "alma," como simplemente el principio de la vida animal — el principio de vida que el hombre comparte con los animales inferiores. Pero me inclino a pensar que en la forma más popular de esta teoría se considera que el "alma" comprende las facultades del hombre incluyendo las del intelecto, sentir y voluntad, que son facultades específicamente humanas, pero no comprende una parte todavía más elevada de la naturaleza del hombre por la que entra en comunión con Dios.

¿Es correcta o incorrecta esta teoría? ¿Enseña realmente la Biblia que el espíritu del hombre ha de distinguirse del alma, o bien enseña que el alma y el espíritu del hombre son exactamente la misma cosa, pero con dos nombres distintos?

Creo que la respuesta a este interrogante se encuentra con especial claridad en un gran pasaje de la Biblia, el pasaje que se encuentra en el segundo capítulo de la Primera Carta a los Corintios y en el comienzo del tercero.

En ese pasaje Pablo distingue varias veces alma y espíritu, y distingue al hombre a quien caracteriza el "alma" del hombre a quien caracteriza el "espíritu." "Pero el hombre natural," dice, "no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie." Acabo de citar 1 Co. 2:14s. Esta traducción, como veremos en unos momentos, es excelente, muy adecuada al texto original. Pero lo que el texto griego dice en lugar de "hombre natural" es "hombre anímico" — adjetivo que no resulta apropiado en este caso.

Pero si la Biblia contrasta el "hombre anímico" o el "hombre\_alma" con el "hombre\_espíritu" en este pasaje, ¿no será esto un ejemplo muy claro de la división tripartita de la naturaleza del hombre, la división no sólo en cuerpo y alma, sino en cuerpo, alma y espíritu? ¿No distingue este pasaje con toda claridad al espíritu del hombre del alma del hombre?

La respuesta es un "no" rotundo. Por el contrario, este pasaje se opone bien claramente a la división tripartita de la naturaleza del hombre en cuerpo, alma y espíritu, y sugiere la división doble en cuerpo y alma. El hecho es que la palabra "espíritu" en el adjetivo "espiritual" que se emplea en la expresión "hombre espiritual" no se refiere al espíritu del hombre, sino al Espíritu de Dios. No veo cómo podría decirse más claramente que lo que el pasaje lo dice. "Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre," dice el pasaje en el versículo once, "sino el espíritu del hombre que está en él? Así también nadie

conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios." Luego el pasaje sigue hablando acerca del hombre que conoce las cosas de Dios porque el Espíritu de Dios está en él.

¿Qué, pues, quiere decir "hombre\_espíritu" u "hombre espiritual" en contraposición a "hombrealma"? Está más claro que la luz del día. El "hombre\_alma" es el hombre que tiene sólo el alma humane, y el "hombre espiritual" es el hombre que, además del alma humane, tiene al Espíritu Santo, al Espíritu de Dios.

Qué completamente erróneo es entonces decir que el hombre "espiritual" es el hombre que ha desarrollado un aspecto o parte más elevado de su propia naturaleza, llamado "espíritu" en contraposición al "alma"! No, el hombre "espiritual" es el hombre que ha sido transformado por el Espíritu Santo, por el Espíritu de Dios, la Tercera Persona de la Trinidad, y el "hombre\_alma" es el que tiene alma pero no transformada de este modo. La clave de este pasaje, como de otros pasajes de las Cartas de Pablo, la hallamos si pensamos en la palabra "Espíritu" del adjetivo "espiritual" escrita en mayúscula porque se refiere no al espíritu del hombre sino al Espíritu de Dios.

Muy diferente es el use de la palabra "espiritual" en la terminología religiosa moderna. Casi he llegado a odiar esa palabra, de tan mal que se emplea. Se utilice constantemente para designar al hombre religioso, al hombre que se supone ha desarrollado una así llamada capacidad religiosa peculiar en su naturaleza en contraposición a otras facultades. Así a veces se dice de algún no creyente que ocupa el púlpito, si se objeta que su predicación no está de acuerdo con la Palabra de Dios: "¡Oh, pero es tan espiritual!" Quieren decir, imagino, que no se interesa por el dinero ni por lo necesario para comer, sino que se preocupa sólo por lo referente al espíritu humano. Esto está realmente muy lejos del sentido bíblico de la palabra. En el sentido bíblico, el hombre espiritual es el que ha sido engendrado de nuevo, y que no tiene sólo una parte de la naturaleza sino toda ella transformada por la acción sobrenatural del Espíritu de Dios.

Creo, pues, que la división tripartita del hombre en cuerpo, alma y espíritu no está de acuerdo con el significado genuino de ese gran pasaje de los capítulos segundo y tercero

de lo a los Corintios. Pero ¿no hay otros pasajes de la Biblia que parecen favorecer esa división tripartita?

Me parece que el único pasaje al que se puede recurrir con una cierta verosimilitud de que sugiere dicha división se halla en 1 Ts. 5:23, en el que Pablo pide que el espíritu, alma y cuerpo de sus lectores se mantengan íntegros y sin tacha cuando aparezca nuestro Señor Jesucristo. Pero sin dudar que el pasaje no se puede utilizar para desbancar la clara enseñanza de las demás cartas de Pablo y el resto de la Biblia. Parece claro que Pablo no hace más que usar una expresión más plena para indicar la esperanza que tiene de que el ser todo de los tesalonicenses se mantenga de tal modo que se puedan presentar irreprochables cuando Cristo venga por segunda vez. Acumula palabras para expresar una idea. Creo que podemos afirmar que si hubiera habido otras palabras además de "alma" y "espíritu" para expresar esa idea, las hubiera empleado también.

Deberíamos rechazar con firmeza, por tanto, la idea de que la naturaleza del hombre según la Biblia se divide en cuerpo, alma y espíritu. Cuanto más reflexiono acerca de ello, tanto más me convengo de que la idea de una naturaleza tripartita del hombre es un error grave. Es un error que muchos cristianos sinceros han defendido, y ha sido defendido con erudición y reverencia; y con todo sigue siendo un error grave.

Conduce a lo que se podría llamar idea de la presencia de Dios que llena una "habitación desocupada" en el hombre redimido — a la noción de que antes de que el hombre se haga cristiano tiene la naturaleza en orden a excepción de una habitación que tiene vacía, la habitación que debería ser templo de Dios. Conduce, en otras palabras, a la noción de que lo que sucede cuando alguien se hace cristiano es simplemente que una parte de la naturaleza humana, la parte "espiritual", una parte antes descuidada, se desarrolla y se le da el lugar que debería siempre tener en la vida humana.

Esta idea no hace justicia a las enseñanzas de la Biblia. El verdadero estado de la naturaleza humana después de la caída del hombre no es que una parte de la misma ha quedado aislada o pueda alcanzar un crecimiento raquítico, sino que toda ella está

corrompida. Lo que ocurre cuando alguien se convierte a la fe cristiana no es que Dios es entronizado en una parte de la naturaleza humana que antes se hallaba como una habitación vacía, sino que todo el hombre, corrupto antes por causa del pecado, es transformado por el poder regenerador del Espíritu de Dios.

Creo, pues, que deberíamos tener bien clara la idea de que la Biblia no distingue al espíritu humano del alma humana. No se puede dudar de que estas dos palabras designan lo mismo de dos maneras diferentes, y sería interesante estudiar la diferencia entre ellas; pero lo que importa observar es que designan la misma cosa. Son simplemente dos palabras diferentes para designar lo que en castellano llamamos ya alma del hombre ya espíritu del hombre, y que, a fin de evitar confusiones, de ahora en adelante llamaremos alma humana.

¿Qué hemos hecho en esta exposición? ¿Nos hemos dedicado a sutilezas que nos han desviado de la sencillez de la Biblia? Por el contrario, creo que hemos eliminado las sutilezas con que la interpretación de la Biblia se ha visto a veces rodeada, a fin de volver a la verdadera sencillez de la Palabra de Dios, La Biblia ofrece una idea muy sencilla de la naturaleza del hombre. El hombre, según la Biblia, tiene cuerpo y también alma.

Creo que deberíamos volver a esa enseñanza simple de la Biblia.

Cuando volvemos a ella, estamos en condiciones de pensar en sus implicaciones. No distraídos ya más con ningún intento de distinguir el alma del hombre del espíritu del hombre, podemos pasar a contemplar el gran misterio que la Biblia designa con esas dos palabras.

Ese misterio lo proclama la Biblia cuando nos dice que Dios hizo al hombre a imagen suya. "Y creó Dios al hombre a su imagen," dice la Biblia, "a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó."

La "imagen de Dios" no se puede referir al cuerpo del hombre porque Dios es espíritu; se debe referir por tanto al alma del hombre. El alma del hombre ha sido hecha a imagen o semejanza de Dios.

Pero ¿qué hubo en el alma del hombre, cuando fue creado, que fuera semejante a Dios? Un elemento importante en esa semejanza ya ha sido mencionado. Dios es persona, o, mejor, tres personas en un solo Dios y el hombre es persona. En esto el hombre es semejante a Dios.

¡Qué misterio tan estupendo es esto! Aquí tenemos al hombre, criatura finita, salido de la mano creadora de Dios, y que anda por la tierra con un cuerpo hecho del polvo de la tierra. Y con todo, este ser, tan insignificante como pueda parecer a primera vista, posee el don extraño y terrible de la libertad personal, y es capaz de gozar una relación personal con el Dios infinito y eterno. Esto quiere sin duda decir la Biblia cuando afirma que Dios creó al hombre a su imagen.

¿Pero significa sólo esto?

Algunos así lo han afirmado. Han dicho que la imagen de Dios en el hombre significa no que el hombre fue creado en modo alguno como persona igual a la de Dios, sino simple y solamente que es persona. No implica, dicen tales personas, ninguna semejanza moral entre el hombre como creado y Dios.

Los que esto afirman se dividen en dos clases.

En primer lugar, hay quienes han dicho que el hombre antes de caer en el pecado era un ser neutral respecto al bien y al mal. Era hombre, y esto era todo. No era ni bueno ni malo, y a él le correspondió decidir ser bueno o malo. Nada había decidido entre el bien y el mal. Si hubiera decidido algo bueno se hubiera vuelto bueno y si hubiera decidido algo malo, malo; pero tal como Dios lo creó no era ni una cosa ni otra. Era como Dios

simplemente porque tenía libertad personal; y la libertad personal, y no la bondad, es lo que la Biblia quiere decir con imagen de Dios.

Esta opinión implica un error mortífero. Implica el error mortal en cuanto que considera la voluntad del hombre como algo que oscila en una especie de vacío que no se puede llamar ni bueno ni malo porque la persona lo sea. La Biblia no contiene tal idea. La Biblia dice : "De la abundancia del corazón habla la boca," y: "No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos." Según la Biblia las acciones buenas proceden de la persona buena y las acciones malas de la persona mala; según la Biblia, la bondad y la maldad no es algo que simplemente pertenece a acciones conscientes individuales sino que también pertenece a algo que es mucho más hondo que las acciones individuales. Si somos fieles a la Biblia, no podemos en modo alguno hablar de alguien que no es ni bueno ni malo; no podemos hablar de alguien que es moralmente neutral, cuya calidad moral depende sólo de acciones futuras suyas, que es buena sólo en cuanto cada una de sus acciones concretas lo son y malo sólo en cuanto son malas. Deberíamos descartar en forma total toda esa idea.

Otros teólogos han sostenido una idea parecida a la que acabamos de exponer, pero se han esforzado en evitar algunas de las implicaciones más obvias que contiene.

Dicen que el hombre fue creado moralmente neutral. Con esto afirman algo muy semejante a la idea que acabamos de exponer. La imagen de Dios según la cual dice la Biblia que el hombre fue creado significa, dicen estos teólogos, sólo libertad personal, no bondad. Pero luego, prosiguen, Dios dio de una vez al hombre — aparte de la creación — un don sobrenatural de bondad, que fue necesario para asegurar la armonía en sus apetitos. Cuando el hombre cayó al pecar contra Dios, lo que sucedió fue simplemente que ese don sobrenatural y agregado de la bondad se perdió, pero la imagen de Dios, que consistía tan sólo en la naturaleza del hombre como persona libre, permaneció intacta.

Esta idea también es completamente errónea. Implica una visión muy superficial del pecado, y es del todo opuesta a la enseñanza de la Palabra de Dios.

No, cuando la Biblia nos dice que el hombre fue creado a imagen de Dios, quiere decir algo más de que el hombre recibió libertad personal.

Esta libertad es, desde luego, un elemento necesario en lo que la Biblia quiere decir por imagen de Dios; pero no es todo lo que la Biblia quiere decir. La Biblia quiere decir también que el hombre fue creado como semejante a Dios en cuanto que era bueno. No fue creado moralmente neutral — en realidad la noción misma de una persona moralmente neutra es una monstruosidad — sino que su naturaleza fue positivamente dirigida hacia lo bueno y opuesta a lo malo. La bondad no fue algo accidental, algo que le fue dado después de haber sido creado; sino que fue algo que formó parte de su naturaleza en el mismo acto creador de la mano de Dios. Acerca del hombre al igual que acerca del resto de la creación la Biblia dice: "Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera."

Con todo el hombre cayó. ¡ Qué caída tan grande fue! No fue simplemente la pérdida de un don que no formaba parte del ser original del hombre, sino que fue la pérdida de algo que desde el principio perteneció a la imagen misma de Dios en el hombre. ¡Qué tristemente desfigurada quedó la imagen de Dios! De esto hablaremos en la charla siguiente.

\*\*\*



## **CAPÍTULO 13**

### **EL PACTO DE VIDA**

Mencionamos en la última charla que cuando la Biblia afirma que Dios creó al hombre a imagen suya quiere decir algo más que el hecho de que el hombre significa esto y algo más. También significa que hubo una semejanza moral entre Dios y el hombre. El hombre en cuanto creado, en otras palabras, era como Dios no sólo por ser persona sino también por ser bueno.

Vimos que esta idea de la imagen de Dios en el hombre, si bien la niegan diversas formas erradas — de pensar, se basa en consideraciones muy sólidas que se deducen de toda la forma en que la Biblia habla de la creación del hombre. Y también se basa en dos pasajes del Nuevo Testamento en los que deberíamos fijar ahora la atención. Estos pasajes se hallan en el capítulo tercero de la Carta a los Colosenses y en el capítulo cuarto de la Carta a los Efesios.

En Colosenses 3:10, Pablo habla de sus lectores que se han despojado del viejo hombre "y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno." Aquí tenemos una mención de la imagen de Dios. ¿Qué luz arroja este pasaje sobre el problema del significado de la imagen de Dios?

Sin duda que la referencia en este caso no es en forma directa a la primera creación del hombre, la que ahora nos ocupa, sino a la nueva creación que tiene lugar cuando alguien se vuelve cristiano — esa nueva creación que en esencia es lo mismo que en otras partes de la Biblia se llama nuevo nacimiento.

Pero aunque la referencia directa es a la nueva creación, hay una alusión evidente a la primera creación, ya que se usan en parte las palabras mismas de Gn. 1:27; y en concreto en este pasaje se nos enseña algo muy importante acerca de lo que significa la imagen de Dios en el pasaje del Génesis. La imagen de Dios, que se menciona en Colosenses,

quiere ser a todas luces la misma en esencia que la imagen de Dios de la que se habla en el pasaje de Génesis.

Muy bien, entonces. Examinando lo que Pablo dice en esta carta acerca de la imagen de Dios podemos comprender mejor qué significa tal expresión en Gn. 1:27.

¿Qué demuestra, pues, nuestro examen . del pasaje paulino? Muestra que la "imagen de Dios" según la Biblia implica conocimiento. "Revestido del nuevo (hombre)," dice Pablo, "el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno."

Pero esa palabra "conocimiento" es a todas luces un término muy rico. El conocimiento del que Pablo habla, y que dice que forma parte de la imagen de Dios en el hombre, no es un simple conocimiento intelectual como el que los demonios poseen cuando tiemblan ante Dios, sino que incluye también una comprensión genuina de Dios que sólo poseen quienes viven en comunión con El. Ese conocimiento por tanto debe haber formado parte de la imagen de Dios según la cual el — hombre fue creado al principio de acuerdo con el Génesis.

No quiero decir que el pueblo redimido de Dios, el pueblo que ha experimentado la nueva creación o el nuevo nacimiento, no tenga más conocimiento de Dios que el que Adán tuvo cuando fue creado; en realidad tiene mucho más. Pero a pesar de todo, de este pasaje de Colosenses sacamos la idea bien clara de que la idea bíblica. de la imagen de Dios, según la cual dice Génesis que el hombre fue creado, incluye un conocimiento que es un patrimonio tanto moral como espiritual.

El otro pasaje del Nuevo Testamento que les quiere mencionar es Efesios 4:24. En ese pasaje Pablo habla de sus lectores en el sentido de que han aprendido de tal modo a Cristo que se han vestido del nuevo hombre, "creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad." Aquí como en el pasaje de Colosenses Pablo habla de la nueva creación, por la que los hombres se hacen cristianos, y no de la primera creación del hombre

referida en el libro de Génesis. Pero aquí al igual que en el pasaje de Colosenses hay una alusión clara a esa primera creación del hombre y se la ilumina. Las palabras "según Dios" significan "con Dios como modelo." Así pues, el pasaje enseña claramente que el hombre que es creado "con Dios como modelo," o — para expresar la misma idea con otras palabras — que es creado según la imagen de Dios, posee necesariamente justicia y santidad. Por ello cuando el libro de Génesis dice que Dios creó al hombre a imagen suya quiere decir — si interpretamos la Escritura con la ayuda de la Escritura — que Dios creó al hombre en justicia y santidad.

Cuán completamente se derrumbaría el paralelismo evidente entre la nueva creación y la primera creación si la imagen de Dios se interpretara en una forma del todo distinta en los dos casos — indicando justicia y santidad en el caso de la nueva creación y el simple don de libertad personal sin cualidad moral en el caso de la primera creación! No, nada tan inconsecuente se da a entender. Cuando la Biblia habla de ser igual a Dios como ideal para el hombre — como por ejemplo cuando Jesús dijo, "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" — piensa ante todo en la semejanza moral. Por ello no se puede aceptar que la semejanza moral se excluya cuando el primer libro de la Biblia nos dice que Dios creó al hombre a imagen suya.

El Catecismo Menor, entonces, tiene perfecta razón cuando dice, en respuesta a la pregunta, "¿Cómo creó Dios al hombre?": "Dios creó al hombre varón y mujer, según su propia imagen, en conocimiento, justicia y santidad, con poder sobre las criaturas."

Bien, de todos modos hasta aquí hemos llegado en nuestra exposición de la relación de Dios con el hombre. El hombre fue creado en conocimiento, justicia y santidad.

Pero ¿dejó Dios al hombre por su cuenta después de que lo hubo creado? No, no lo dejó por su cuenta: hizo un pacto con él.

Esta fue, claro está, sólo una de las cosas que Dios hizo con el hombre. Con su providencia preservó y dirigió al hombre y a todas sus acciones del mismo modo que

preservó y dirigió a todas las criaturas. Pero el Catecismo Menor tiene razón en escoger ese pacto con el hombre como "acto especial de la providencia" que Dios tuvo "con el hombre, en el estado en que fue creado."

La Biblia, sin embargo, no emplea en realidad la palabra "pacto" en este caso concreto. Pero el acuerdo que describe se asemeja tanto a otros acuerdos para los que emplea ese término que no es posible negarles a los teólogos el derecho de emplear ese término también en el caso que nos ocupa. Es evidente que Dios sí estableció, según el libro de Génesis, lo que, según la forma en que la Escritura se expresa en otros pasajes, se llama un pacto.

Ahora bien cuando la Biblia habla de "pacto" en un contexto como éste, en que Dios era uno de los pactantes, no quiere decir exactamente lo que nosotros queremos significar cuando empleamos ese término. Por "pacto," en lenguaje más moderno "contrato," queremos decir un acuerdo que cede una de las dos partes puede aceptar o no según le plazca. La Biblia no quiere significar un pacto o contrato ordinario como éste cuando emplea ese término para el acuerdo entre Dios y el hombre. La razón es que si bien el hombre es una de las dos partes, no puede escoger entre aceptar el acuerdo o no. Por lo menos no tiene en modo alguno libertad para proponer otro acuerdo en lugar del que Dios presenta. No puede decirle a Dios: "No, no quiero establecer ese acuerdo contigo; lo que yo propongo es esto; puedes aceptar este contrato que lo ofrezco, o —si no, no habrá acuerdo ninguno." Podría decir algo semejante a la otra parte contratante si se tratara de otro hombre, pero no se lo puede decir a Dios.

No, Dios sigue siendo el soberano absoluto en los pactos que establece como en todo lo que hace. El hombre no hace un contrato con El en nada que se parezca ni remotamente a igualdad. El pacto es una expresión de la voluntad de Dios, no del hombre, y el hombre debe aceptar las condiciones que se le proponen, confiar en Dios en que son santas, justas y buenas, y ordenar su vida en consecuencia.

¿Por qué, pues, emplea la Biblia la palabra "pacto" para designar esos acuerdos bíblicos? Me parece que la respuesta es bastante sencilla. La razón es que esos pactos implican una promesa de parte de Dios — una promesa con una condición. Dios se compromete a cumplir con su parte del acuerdo. No estaba obligado a comprometerse; era perfectamente libre de no hacerlo: pero una vez lo ha hecho, una vez ha establecido el pacto, su honor depende de que cumpla con su parte.

Así sucedió en el caso del pacto que Dios hizo con el hombre en el estado en que lo había creado. Dios lo hizo libremente: no tenía obligación de hacerlo, excepto en el sentido en que todas las acciones de Dios están vinculadas necesariamente a la bondad infinita de su propio ser. Pero si bien Dios lo hizo libremente, y no bajo presión ni obligación de la otra parte, del hombre, con todo, una vez establecido, el hombre puede estar perfectamente seguro de que cumplirá perfectamente con lo que le corresponde.

¿Cuáles fueron, pues las condiciones del pacto que Dios hizo con el hombre? Fueron muy sencillas realmente. Si el hombre cumplía perfectamente los mandamientos de Dios, Dios le daría vida. Este fue el pacto.

Es cierto que la Biblia no describe el pacto en esta forma exacta. No lo describe en forma positiva sino negativa, no en forma general sino con la presentación de un ejemplo concreto de la clase de conducta por parte del hombre que lo privaría de los beneficios del pacto. Así se expresa la Biblia:

"Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás."

Pero aunque el pacto se expresa en forma negativa, las implicaciones positivas son evidentes. Al establecer Dios la muerte como castigo de la desobediencia, quiso decir claramente que si el hombre no desobedecía tendría vida. En la raíz de la amenaza del castigo está claramente una promesa.

Además, la única prohibición que Dios mencionó en forma expresa — la prohibición de comer del árbol de la ciencia del bien y del mal — a todas luces se propuso como prueba de la obediencia del hombre en general.

El Catecismo Menor, por tanto, tiene plena razón en hablar de este pacto como de "un pacto de *vide*" que Dios hizo con el hombre, "por el que le prohibió comer del árbol de la ciencia del bien y del mal bajo pena de muerte."

Se suscita entonces la pregunta de qué quiere decir la "*vide*" que Dios prometió al hombre en este "pacto de *vide*" que hizo con él, y qué significa la "muerte," que iba a ser el castigo de la desobediencia.

En respuesta a estas preguntas creo que deberíamos decir sin terror que la vida y la muerte de las que se habla incluyen la vida y la muerte físicas. La Biblia parece enseñar en forma clara que si el hombre no hubiera desobedecido al mandato de Dios su cuerpo no hubiera muerto, no habría pasado por esa separación de alma y cuerpo que la muerte produce. Creo que el capítulo quinto de Romanos al igual que el libro de Génesis lo enseñan en forma clara.

Otro asunto es en qué forma se hubiera realizado esa preservación de *vide*. ¿Se\_ hubiera llevado a cabo en cuanto que el cuerpo del hombre, tal como fue creado, no estaba en absoluto sujeto a la muerte — no estaba en absoluto sometido a ese proceso de deterioro que ahora penetra toda la naturaleza? No estoy muy seguro de que la Biblia quiera decir esto. Es cierto que en la Biblia, en el capítulo octavo de la Carta a los Romanos, hay algunas palabras misteriosas respecto a lo que se podrían llamar efectos cósmicos del pecado. Se las podría interpretar muy bien en el sentido de que si el pecado no hubiera entrado en el mundo, todo el curso del mismo y no sólo la humane habrían sido muy diferentes de lo que son hoy día. Pablo habla de la creación como sujeta a la esclavitud de la corrupción y como gimiendo y con dolores de parto y como destinada a verse libre de esta esclavitud de corrupción para llegar a la libertad de la gloria de los hijos de Dios.

Lo que merece sobre todo la pena de observar acerca de este pasaje en relación con lo que estamos diciendo no es que prometa una transformación gloriosa del mundo creado en el futuro. En otros pasajes de la Escritura se promete esto. Isaías, por ejemplo, habla de cuando habrá un cielo nuevo y una tierra nueva. Pero lo que merece sobre todo la pena observarse es que Pablo parece establecer una relación muy clara entre la condición imperfecta actual del mundo y el pecado. Esto está de acuerdo con lo que dice el libro de Génesis de que la tierra fue maldita por cause de Adán y que produciría espinas y abrojos pare él, el, pecador. Estos pasajes sí parecen indicar que el torso de la naturaleza hubiera sido diferente si el pecado no hubiera entrado en el mundo.

Sin embargo creo que quizá diríamos más que lo que está escrito si afirmáramos que a excepción del pecado, el cuerpo del hombre tal como fue creado y tal como hubiera sido en la descendencia de Adán, habría tenido la facultad natural de estar libre de la muerte. Hay a no dudar lo ciertas dificultades en un punto de vista como ate. No diré si son insuperables o no. De todos modos me parece que no vamos necesariamente contra la enseñanza de la Escritura si sostenemos que la prevención de la muerte, si Adán no hubiera pecado, habría ocurrido en alguna forma que no habría sido la operación del torso de la naturaleza. ¿Habría Adán sufrido quizá alguna clase de transformación o transposición antes de que el cuerpo se hubiera vuelto inmortal? Sencillamente no lo sabemos.

Sin embargo, incluso si opinamos acerca de esto en alguna forma parecida a la que acabamos de presentar como posible, me parece que seguiremos sintiendo en forma aguda la divergencia entre la enseñanza bíblica y las ideas a laa que estamos acostumbrados. Nos hemos acostumbrado a una idea de la naturaleza que en la práctica, aunque no necesariamente en teoría, prescinde de Dios, que universaliza lo que hemos observado en el torso de la naturaleza y prescinde del hecho de que el Creador de la naturaleza vive y puede hacer lo que le parezca con la obra de sus manos. Debido a esta idea que se ha hecho común, a algunos les parece increíble que el hombre; tal tomo fue creado, no vaya a pasar por egos procesos de deterioro y muerte que ahora vemos dondequiera que se encuentra vide, ya sea vegetal ya animal.

Pero consideremos por un momento este problema desde el punto de vista cristiano. Nosotros, los cristianos, esperamos, desde luego, la resurrección del cuerpo; aguardamos una vida que no tendrá fin, incluso el cuerpo. ¿Por qué, entonces deberíamos considerar como imposible que Adán, si no hubiera pecado, habría obtenido lo que nosotros, como redimidos, esperamos firmemente alcanzar? Quizá, de hecho, alguien puede objetar que también los cristianos morirán; sus cuerpos, por tanto, no se ven libres de los procesos de deterioro que forman parte del mundo natural. Sí, contestamos, pero no todos los cristianos morirán; los que estén vivos cuando venga de nuevo nuestro Señor no morirán. Serán transformados sin pasar por la separación de cuerpo y alma en la muerte. Volvemos, pues, a nuestra analogía. ¿Por qué habría que considerar increíble que Dios hubiera preservado a Adán de la muerte física, de no haber pecado, si según su promesa preservará de la muerte física a algunos, por lo menos, de los que ha redimido del pecado por la muerte de Cristo? No se ve en realidad por qué no hubiera podido hacerlo.

Creo, pues, que podemos afirmar con gran confianza que si Adán no hubiera pecado no habría pasado por la experiencia de la muerte física. Hay muchos elementos misteriosos en cuanto a la forma en que se hubiera llevado a cabo esa preservación de la muerte, pero en cuanto al hecho en sí me parece que la Biblia no deja lugar a dudas. La Biblia parece más bien enseñar claramente que la muerte, incluso la muerte física, fue castigo del pecado, y que la vida, incluso la vida física, habría sido la consecuencia de la obediencia.

Se debería advertir, sin embargo, con toda claridad a este respecto que si bien la muerte física entró a formar parte del castigo del pecado, y si bien la vida física constituía parte de la vida que habría resultado de la obediencia, con todo la vida y muerte físicas no son todo lo que vida y muerte significan en este caso. Vida, según la Biblia, no es sólo existencia, sino existencia en la presencia de Dios con el goce de su favor; y muerte no es simple muerte física del cuerpo sino separación de Dios y condenación que debería llenar el corazón del hombre de indescriptible temor. Ante nuestros ojos se abre un vasto



horizonte de bienaventuranza a infortunio. Terrible es, según la Biblia el desenlace entre vida y muerte.

Ese resultado de vida o muerte fue puesto ante el hombre de acuerdo con lo que el Catecismo Menor llama "pacto de vida" que Dios hizo con Adán. Ese mismo pacto a veces se llama "pacto de obras." Con razón se le llama así porque según el mismo el hombre iba a recibir vida o muerte según lo que hiciera. Según las condiciones del pacto el hombre fue puesto a prueba. No se le hizo ninguna promesa absoluta de vida; iba a recibir la vida sólo si obedecía perfectamente los mandamientos de Dios.

Crean Uds. que la prueba iba a durar para siempre, o bien creen que si el hombre no hubiera pecado habría llegado un tiempo en que se hubiera concluido ese periodo de prueba?

Sin duda que habría seguido en pie por toda la eternidad que si el hombre pecaba moriría. Esto está bien claro. Pero el problema es si habría llegado un tiempo en que ése "si" hubiera perdido toda la importancia práctica porque la posibilidad de que el hombre pecara habría desaparecido.

Esto quiero decir cuando pregunto si la prueba del hombre, tal como se describe en el capítulo segundo de Génesis, fue permanente o temporal.

Creo que la pregunta se puede contestar con toda claridad. La respuesta en realidad no se encuentra en forma explícita en la Biblia; pero los teólogos tienen razón en sostener que sí se encuentra claramente en forma implícita.

Una vez Dios hubo creado al hombre, permitió que fuera sometido a prueba. Permitted que fuera tentado. Si el hombre hubiera superado con éxito la prueba, si hubiera resistido a la tentación, ¿creen que por toda la eternidad habría corrido riesgo tras riesgo ? En otras palabras, ¿creen que si hubiera resistido a la tentación no habría estado en mejor situación

que antes? Es decir, ¿habría seguido siempre viviendo con la posibilidad de caer y nunca con la de alcanzar un estado de seguridad definitiva?

La primera alternativa parece ser contraria no sólo a las implicaciones del relato del Génesis, sino también a la analogía de la forma de tratar Dios con el hombre en otras ocasiones.

Sabemos, si creemos a la Biblia, que hay hombres para quienes ha desaparecido la posibilidad de pecar. Son los redimidos ya en la gloria.

¿En qué consiste la esperanza cristiana? ¿Consiste tan sólo en la esperanza de recibir una nueva oportunidad de obedecer los mandamientos de Dios, de ver que el pecado ha sido eliminado, de tener otra vez ante sí en otro mundo la alternativa de vida o muerte tal como fue propuesta a Adán en el paraíso?

Ningún cristiano que tenga la más mínima noción de la verdadera riqueza de las promesas grandes y preciosas de Dios dirá tal cosa. Por el contrario, la esperanza cristiana es la esperanza de un tiempo en que incluso la posibilidad de pecar habrá desaparecido. No es pues la esperanza de volver a la situación de Adán antes de la caída sino la esperanza de estar en una situación mucho mejor.

¿Pero creen que si Adán no hubiera pecado, esa situación más elevada le habría sido vedada ? ¿Creen que habría sido dejado en un peligro eterno en el que la posibilidad temible de pecar hubiera estado para siempre frente a él?

No creo que vayan a pensar así si leen la Biblia con cuidado. No, la prueba a la que fue sometido Adán no fue una prueba eterna. Fue pasajera, y si la hubiera superado sin pecar habría recibido una bienaventuranza garantizada.

Así pues ese pacto de obras que Dios hizo con el hombre fue algo gratuito. Contenía, de hecho, una posibilidad de muerte, pero también contenía la promesa de una vida eterna

garantizada. Si se cedía a la tentación, habría muerte ; pero si se la resistía, la misma posibilidad de muerte quedaría eliminada.

\*\*\*

## **CAPITULO 14**

### **LA CAIDA DEL HOMBRE**

En la última charla les hablé acerca del pacto que Dios hizo con el hombre en el estado en que lo creó. Las cláusulas del pacto fueron muy sencillas. Si el hombre obedecía a la perfección los mandamientos de Dios viviría; si desobedecía, moriría. Ese pacto equivalió a una prueba a la que Dios sometió al hombre.

Hacia el final de la charla mencionamos que la prueba no iba a durar para siempre, sino que iba a ser sustituida, caso de que el hombre la pasara con éxito, por un estado de bienaventuranza segura. Si bien esto no se afirma en forma expresa en la Escritura opino que los teólogos tienen razón en decir que está claramente implícito.

Si tienen razón, entonces debemos completar en una forma fundamental lo que hemos dicho acerca del estado original del hombre.

En las últimas dos charlas insistimos, frente a ideas erróneas de distinta naturaleza, que el hombre fue creado bueno. La imagen de Dios, según la cual la Biblia nos dice que el hombre fue creado, no consistió tan sólo en libertad personal, sino que incluía también conocimiento, justicia y santidad. El hombre fue creado como Dios no sólo por ser persona sino también por ser bueno.

Sin embargo, debemos mencionar que si bien el hombre fue creado justo no fue creado en el estado más elevado que era capaz de alcanzar. Era justo, pero había en él la posibilidad

de llegar a ser injusto, perverso. Le quedaba un estado más elevado por alcanzar. Era un estado en el que incluso la posibilidad misma de pecar no existiría.

Dios quiso colocar ante el hombre ese estado más elevado como meta a alcanzar por medio de un mandato concreto. "Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás," dijo Dios. Esa fue la piedra de toque de la obediencia del hombre; esa fue la prueba del hombre.

Si la prueba hubiera sido superada con éxito, entonces el hombre habría sido recibido de inmediato en la vida eterna. Esa vida ya la poseía antes, pero entonces habría tenido la seguridad de ella. Todos los "si" que afectaban a la promesa de vida habrían sido eliminados. La victoria habría sido conquistada. Nada jamás habría podido separar a Dios de su criatura.

El desenlace, sin embargo, fue muy otro. El hombre quedó, como dice el Catecismo Menor, a merced de su propia voluntad, y la usó mal. Hubiera podido haber escogido el camino de la vida, pero de hecho escogió el de la muerte; al pecar contra Dios perdió el estado en el que había sido creado. Fue en verdad una decisión equivocada.

Cuando decimos que el hombre era libre y que escogió el camino de la muerte, no queremos decir que dicha decisión estuviera fuera de los planes eternos de Dios. No queremos decir que sorprendiera a Dios con su pecado. Por el contrario, el plan eterno de Dios, como vimos cuando tratamos de los decretos de Dios, lo abarca todo. Incluso el pecado del hombre ocurrió de acuerdo con el consejo de la voluntad de Dios.

Pero tal como observamos al tratar de ese tema, Dios hace que cada cosa suceda en forma distinta. Por ello Dios hizo que el hombre cayera en una forma que pusiera del todo a salvo la libertad personal y la responsabilidad del hombre. Dios no es el autor del pecado. El tentador y el hombre mismo fueron los autores del pecado del hombre. La justicia de Dios es siempre intachable. Con todo, Dios se sirvió incluso de un mal tan terrible para su propósito santo; Dios permitió que el hombre cayera.

No me pregunten, sin embargo, por qué lo hizo. No se lo puedo decir. Ese es el misterio eterno del mal; nos resulta un enigma insoluble. Debemos confiar en que la solución del mismo está en Dios.

Una cosa, no obstante, está clara. El hombre no tuvo excusas para pecar. Fue culpable ante Dios. Dueño de su propia voluntad, pecó contra Dios y por ello perdió el estado en el que había sido creado.

Esto nos lleva de la mano a un problema sumamente importante, el problema de "¿Qué es el pecado?" Es un problema que no podemos dejar de lado. Por haberlo resuelto erróneamente le han sobrevenido desastres sin fin al género humano y a la Iglesia, y en la solución adecuada al mismo se halla el comienzo de la senda de la salvación.

¿Dónde hallar la solución de problema tan importante? Trataré de ello en mi próxima charla. Pero me parece que es muy conveniente comenzar con una revisión de lo que la Biblia dice acerca de la forma en que entró el pecado en el mundo.

El Libro de Génesis nos los describe en una forma maravillosa. El lenguaje es muy simple, casi elemental. Pero ¡qué visión tan penetrante nos ofrece de las honduras del alma humana!

"Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás"

Se ha comentado que no se le da a Adán ninguna razón de por qué no debía comer de ese árbol, y se ha observado que ese hecho quizá es significativo. Comer del árbol en sí mismo desde luego que no era malo; el mandamiento de no comer del mismo no se basaba 'en ningún instinto de la naturaleza humana. Parece por tanto muy evidente que fue una simple prueba para la obediencia del hombre. ¿Obedecería el hombre los mandamientos de Dios sólo cuando alcanzara a descubrir la razón de los mismos, o los

obedecería con sólo saber que se trataba de mandamientos de Dios, ya que ello implicaba que alguna razón había tenido al darlos y que eran santos, justos y buenos? ¡Con qué claridad y sencillez aparece esto en el relato de Génesis!

Igualmente sencilla y profunda es la descripción siguiente, la de la tentación y caída.

Adán y Eva se hallaban en el huerto. La serpiente le dijo a la mujer, "¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?"

Me parece que ya en esas palabras se puede descubrir el principio de la tentación. Se le pide a la mujer que contemple lo que Dios ha prohibido como algo deseable. Se da a entender que los mandamientos son duros; se insinúa que quizá incluían la prohibición de comer de cualquiera de los árboles del huerto.

O bien quizá se intenta hacer dudar del hecho mismo del mandato. '¿Conque Dios os ha dicho?' dice el tentador. Se le hacen ver a la mujer los mandamientos como un obstáculo que sería deseable superar. ¿No hay escapatoria? ¿Ha prohibido realmente Dios esto y aquello? ¿Quiso realmente prohibir comer de los árboles del huerto?

La respuesta de la mujer deja claro el hecho —cuando menos en líneas generales. El mandato de

Dios no prohibía comer de cualquier árbol del huerto, sino de uno. "Y la mujer respondió a la serpiente: "Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis."

Entonces por fin llega el ataque directo a la veracidad de Dios. "No moriréis," dijo el tentador. "Morirás," dijo Dios; "No moriréis," dijo el tentador. Por fin se entabla la batalla cara a cara. Dios, dijo el tentador, ha mentado, y lo ha hecho para que el hombre no disfrute de algo bueno. "No moriréis," dijo el tentador: "sino que sabe Dios que el día

que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal."

A este respecto quizá nos preguntemos qué parte de verdad contenían esas palabras del tentador. Esas palabras fueron mentiras, pero las mentiras verdaderamente diabólicas son las que contienen un elemento de verdad, o, mejor, son las que distorsionan de tal modo la verdad que la mentira parece que fuera verdad.

Sin duda que fue cierto que de comer del fruto prohibido Adán iba a alcanzar un conocimiento que no tenía. Esta parece ser la idea del versículo 22 del mismo capítulo de Génesis, donde leemos: "Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal." Sí, parece haber sido verdad que al comer del fruto prohibido el hombre vino a conocer algo que antes desconocía.

Antes no había conocido el pecado; ahora lo conocía. Antes sólo había conocido el bien; ahora conocía el bien y el mal. Pero ¡qué maldición fue ese nuevo conocimiento, y qué pérdida tan inmensa tanto de conocimiento como de todo lo demás trajo consigo ese nuevo conocimiento!

Ahora conocía el bien y el mal; pero, por desgracia, respecto a su propia experiencia, el bien sólo lo conocía en recuerdo; y el mal que conocía lo conocía para su condenación eterna. En otras palabras, la inocencia se había perdido.

Respecto a esto la pregunta que nos viene espontáneamente a la mente es si la inocencia era el estado más elevado del hombre. ¿Es la forma más elevada de bondad la que es buena sólo porque nunca se ha conocido el mal? ¿O hay una bondad más elevada que consiste en mantenerse firme ante la embestida del mal?

Bien, creo que hay que tener mucho cuidado en contestar a esa pregunta, y no me parece que debamos aceptar ninguna respuesta que haga necesario hacer el mal para producir el bien. Tal error sería en verdad destructor; porque si el mal es necesario para que exista el

bien, si el bien no pudiera existir sin que estuviera presente el mal, entonces el dejaría a veces de ser mal y vendría a ser una especie de bien. De hecho, en un caso así — si el mal fuera necesario para el bien — debería aceptarse que el mal tuvo su lugar en la vida de Dios mismo antes de la creación del mundo; y esto es una blasfemia horrenda.

Pero creo que podemos decir que en el caso del hombre tal como de hecho fue creado, y con el mal ya presente en el mundo de lo creado, la resistencia a la tentación era una senda hacia un nivel más elevado de perfección que la inocencia en la que fue creado.

No quiero decir que siempre sea adecuado buscar la tentación para poder demostrar lo bien que la podemos resistir. El pensar en semejante situación es una de las artimañas que el diablo emplea más a menudo. El hombre que siente disgusto por lo que Satanás llama inocencia infantil y busca en forma deliberada la tentación ya ha cedido a la misma, y en ese esfuerzo por ir más allá de la ignorancia infantil ha demostrado ser en el peor sentido de la palabra un niño y un incauto. "No nos pongas a prueba" — esa petición de — la oración que el Señor enseñó a sus discípulos debería ser la oración del cristiano fuerte, y creo que es correcto decir que cuanto más fuerte y maduro es el cristiano tanto más fervientemente repetirá esa oración.

Es muy diferente, por el contrario, que la tentación llegue no por voluntad propia — cuando la odiamos y con todo llega. En esos casos puede ser ocasión de alcanzar nuevos triunfos. "Tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas", dice la Carta de Santiago; y el sentido' del versículo no cambia ya sea que se tome prueba en el sentido de tentación ya en el de persecución, como las que tuvieron que afrontar los primeros cristianos. Esas "pruebas" se considera que implican tentación — la de desaliento, la de infidelidad a Cristo y otras por el estilo. Sea como fuere Santiago emplea en este caso la misma palabra griega que figure en la Oración del Señor tal como se refiere en el Evangelio de Mateo.

Así pues, nuestro Señor nos enseñó a orar, "No nos pongas a prueba"; y con todo el autor inspirado de la Carta de Santiago nos invite a tener por sumo gozo ser sometidos a



pruebas. ¿Es acaso una contradicción? En absoluto. Buscar la tentación es malo; pero cuando llega puede ser instrumento de bendición, si Dios nos da fortaleza para resistir. Sería malo, por ejemplo, pedir la tentación que acompaña a la persecución por parte de los enemigos de la fe; sería muy malo pedir a Dios: "Señor, haz que ese gobernante tirano persiga a la Iglesia, retire de su corazón el freno de la gracia, a fin de que la Iglesia pueda recibir las bendiciones que la persecución podría traerle." Sería un error muy grande orar de este modo, y sería sumamente equivocado provocar en alguna forma a un gobernante malo para que desate la persecución. Pero cuando la persecución llega –a pesar de las oraciones del pueblo de Dios y de sus vidas apacibles- es cierto que muy a menudo "la sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia." Dios saca bien del mal.

Lo mismo sucede en las tentaciones en nuestra vida personal. Es malo buscarlas; si las buscamos ya hemos cedido en parte a las mismas. Deberíamos apartar por completo los ojos de lo malo y obedecer la recomendación del apóstol: "Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad." Pero si la tentación llega, y si podemos decir con toda sinceridad en lo más íntimo del alma y en la presencia de Dios que penetra el corazón que no la hemos buscado sino que hemos orado para que no nos llegue, entonces, si Dios nos da la gracia para resistir, la tentación puede servirnos para adquirir una fortaleza y poder nuevos.

No, no hay contradicción ninguna entre la Oración del Señor y la Carta de Santiago. El que ore con toda el alma, "No nos ponga a prueba," será el que tendrá por sumo gozo verse frente a cualquier clase de tentación y tener el privilegio de sufrir deshonra y dolor en manos de hombres perversos por amor de su Señor.

Mucho de lo que acabo de decir se puede aplicar a la tentación contenida en el capítulo tercero de Génesis. Hay, es cierto, diferencias importantes. La situación de Adán en el huerto del Edén era muy diferente en aspectos importantes de la situación de los hombres que han vivido después de la caída. Era obviamente diferente de la situación de los que no han creído en Jesucristo para salvación del alma; porque Adán antes de la caída era

bueno en tanto que esos hombres son esclavos del pecado. Pero también era diferente de la situación de los que han nacido de nuevo por el poder del Espíritu Santo y han sido redimidos por la sangre preciosa de Cristo. No, nunca más volverá a presentarse una situación igual a la de Adán antes de la caída. Esa situación sólo se dio una vez en toda la historia del género humano.

Pero hay ciertos principios fundamentales de la tentación que se pueden ver tanto en la lucha actual del cristiano contra el pecado como en la prueba a la que fue sometido Adán según los primeros capítulos de Génesis. En ambos casos sigue siendo cierto, de acuerdo con la enseñanza de la Palabra de Dios, que resistir a la tentación hace progresar el alma del hombre.

¿Qué progreso hubiera supuesto para Adán y Eva haber resistido a esa primera tentación?

Ya hemos señalado la característica básica de ese progreso. Hubiera significado, dijimos, que la posibilidad de pecar habría sido— eliminada. La prueba se habría superado con éxito; el hombre habría adquirido un estado de bienaventuranza del que habría desaparecido todo riesgo.

Pero el progreso que el resistir a la tentación habría producido hubiera sido también un progreso en conocimiento. Ese árbol se llamaba árbol de la ciencia del bien y del mal. Bien; quizá en un sentido verdadero ese árbol hubiera sido árbol de la ciencia del bien y del mal para el hombre aunque no hubiera comido de los frutos del mismo. Si hubiera resistido a la tentación de comer del fruto de ese árbol, habría venido a conocer el mal además del bien que ya conocía. No lo habría conocido por haber caído en él, sino porque en el proceso de resistir al mismo lo habría situado en la balanza con el bien y lo habría repudiado por voluntad propia. El estado de inocencia, en otras palabras, en el que se practicaba el bien sin oposición por parte del mal, habría cedido el lugar a un estado de bondad garantizada en el que el mal no hubiera tenido poder para perturbar.

Ese fue el estado bienaventurado en el que Dios quiso que el hombre entrara cuando hizo con él ese pacto de vida del que hablamos en la última charla. Era un estado que incluía lo que creo podemos llamar conocimiento del bien y del mal. Sin duda que era un estado en el que se habría discernido con toda claridad la diferencia entre bien y mal.

El tentador prometió ese discernimiento. "Seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal," dijo. Pero había una forma buena y otra mala de tratar de alcanzar tal objetivo. La forma buena era la de resistir al mal; la forma mala era la de ceder al mismo y tratar de conocerlo por experiencia.

¿Con qué frecuencia se les insinúa a los hombres esa forma mala en las tentaciones que les llegan! Como se desprecia la inocencia, la vieja mentira de que la única forma de alcanzar un estado superior al de inocencia es experimentar el pecado para ver cómo se le insinúa al corazón del hombre una y otra vez. Se cree que dejarse llevar por los instintos es una buena manera de superar la inocencia infantil y de llegar a ser hombre fuerte y maduro.

¿Saben Uds. cuál es la mejor forma de desenmascarar esa mentira? Creo, amigos míos, que es con el ejemplo de Jesucristo. ¿Menosprecian la inocencia? ¿Creen que es ser flojo a infantil no experimentar en forma personal el mal? ¿Creen que si no adquieren esa experiencia del mal serán siempre niños?

Si sienten así, les invito a que contemplen a Jesús de Nazaret. ¿Les da la impresión de inmadurez a infantilismo? ¿Carecía de alguna experiencia necesaria para ser hombre completo? ¿Lo miran con condescendencia como si no fuera más que un niño, en tanto que se ven a sí mismos como hombres completos por haber experimentado el mal? .

Si esta es la idea que tienen de Jesús, incluso los no creyentes, caso de que sean inteligentes, los corregirán. No, Jesús da la impresión de madurez absoluta y de fortaleza sorprendente a todos los que reflexionan. Sin parpadeos contempla el mal en el corazón del hombre. "Sabía lo que había en el hombre," dice el Evangelio de Juan. Y con todo

nunca experimentó el pecado, eso que los necios consideran necesario para superar la inocencia y alcanzar la madurez. Ante su pureza inmaculada y su fortaleza avasalladora esa vieja mentira de que es necesario experimentar el mal para conseguir bienes más elevados es puesta en evidencia y retrocede avergonzada.

Esa fue la mentira que el tentador insinuó a Adán y Eva en el huerto del Edén. Se le dijo al hombre que buscara el discernimiento por el camino de Satán y no por el de Dios.

Si el hombre hubiera resistido a la tentación, ¡qué alturas de conocimiento y fortaleza hubiera alcanzado! Satanás se habría apartado de él tambaleante y el hombre habría entrado para siempre en un estado de realeza en unión con Dios.

Pero cedió, y ¿cuál fue la consecuencia? ¡Una muy triste! Trató de alcanzar conocimiento, y perdió el conocimiento del bien; trató de conseguir poder, y perdió el alma; trató de ser como Dios, y cuando Dios se le acercó en el huerto se escondió temeroso y avergonzado.

Es en verdad una historia muy triste. Pero es el principio y no el fin de la Biblia. Los primeros capítulos de la Biblia nos hablan del pecado del hombre. La culpa de ese pecado ha caído sobre cada uno de nosotros, su culpa y sus terribles consecuencias. Pero esa no es la última palabra de la Biblia. La Biblia nos habla no sólo del pecado del hombre; también nos habla de algo mucho mayor; nos habla de la gracia del Dios ofendido.

\*\*\*

## **CAPÍTULO 15**

### **¿QUÉ ES EL PECADO?**

Llegamos ahora a una pregunta muy importante — "¿Qué es el pecado?" Hemos hablado del primer pecado del hombre. Ahora preguntamos qué es en el fondo el pecado.

Las respuestas a esta pregunta han sido muy diferentes, así como son diferentes las ideas acerca del mundo, de Dios y de la vida humana.

La verdadera respuesta hay que buscarla, como veremos, en la Biblia; pero antes de ofrecerles esa respuesta verdadera, quiero hablarles acerca de un par de respuestas erróneas, a fin de que por contraste con las mismas la verdadera respuesta se pueda entender con mayor claridad.

En primer lugar, muchos tienen una noción del pecado que le quita al mismo su carácter distintivo, o, mejor, muchos simplemente niegan la existencia de nada que se pueda llamar propiamente pecado.

Según una forma de pensar muy común entre los incrédulos de nuestros tiempos, lo que solemos llamar moralidad no es más que la experiencia acumulada de la humanidad en cuanto a la clase de conducta que conduce a la preservación y bienestar de la raza. Las tribus en las que el hombre buscaba su propio placer sin tener en cuenta el bien de los demás, fracasaron, se dice, en la lucha por sobrevivir, mientras que las que frenaban los impulsos de sus miembros para el bien común prosperaron y se multiplicaron. Por un proceso de selección natural, por tanto, según esta teoría, ' fue convirtiéndose en algo indiscutible que entre los grupos humanos los que cultivaban la solidaridad eran los que sobrevivían.

En el curso de los tiempos — sostiene la teoría — el origen más bien vil de estos frenos sociales — se perdió completamente de vista, y se pensó' que se basaban en algo peculiar que vino a llamarse moralidad o virtud. Sólo en tiempos recientes se ha llegado a

descubrir la identidad entre lo que llamamos "moralidad" y el interés propio de la sociedad.

Esta teoría es muy común. Según la misma "pecado" no es sino una manera de calificar — y por cierto muy desacertada — a la conducta antisocial.

¿Qué se puede decir de esa noción de pecado desde el punto de vista cristiano? La respuesta es sin duda muy sencilla. La debemos rechazar en forma absoluta. "Contra tí, contra tí solo he pecado," dice el salmista. Esa es la entraña misma de la Biblia desde el principio hasta el fin. El pecado, según la Biblia, no es sólo una conducta contraria a la experiencia acumulada de la raza; no es sólo conducta antisocial. Es ante todo una ofensa contra Dios.

Igualmente destructora de la idea verdadera de pecado es el error de los que dicen que el fin de toda la conducta humana es, o (como algunos dicen) debería ser, el placer.

A veces el placer que se considera como el objetivo que hay que presentar al hombre es el placer del individuo — placer refinado y del todo respetable sin duda, pero al fin y al cabo placer. Esta teoría ha producido a veces vidas superficialmente dignas. Pero incluso una dignidad superficial así no puede durar mucho, y el carácter degradante de la filosofía que forma su base ha de salir a flote tarde o temprano. Además esa filosofía nunca puede incorporar ninguna noción que con alguna propiedad se pueda llamar una noción genuina de pecado.

A veces, es cierto, el placer que se dice constituir la meta de la conducta humana se considera ser el placer, o (para emplear una palabra de más categoría) la felicidad, no del individuo sino de la raza. Según esa teoría, el altruismo — a saber, la consideración por la felicidad mayor del mayor número posible — se considera ser la síntesis de la moralidad. Una simple reflexión nos hará ver lo extendida a influente que es tal teoría. Examinemos, por ejemplo, algunos de los sistemas para educación del carácter que se han presentado para utilizarlos en las escuelas, públicas o en otras instituciones. ¿A qué

equivalen? Me temo que vienen a ser un recurrir a la experiencia humana como base de la moralidad. Esta es la clase de conducta,\* dicen de hecho, que funciona bien; es, pues, la clase de conducta que los buenos ciudadanos deberían observar.

¿Qué debería decir el cristiano de semejantes sistemas de la llamada educación del carácter? Me parece que debería oponerse a ellos con todas sus fuerzas. En lugar de formar el carácter a la larga, lo socavan, porque ponen a la experiencia humana como base de la moralidad en lugar de poner a la ley de Dios.

Lo que muchas veces proponen en detalle es, en realidad, lo que el cristiano también propondría. Ciertamente que la noción de que la mayor felicidad del mayor número posible es lo que debería proponérsenos como objetivo produce muchas normas de conducta que coinciden con lo que el cristiano, por razones distintas, propone. Es obvio que el homicidio y el robo no son conducentes a la mayor felicidad del mayor número posible, y también es obvio que son contrarios a las normas cristianas. Así pues, el cristiano y el no cristiano, aunque por razones diferentes, coinciden en decirle a las personas que no cometan crímenes.

Sin embargo, la diferencia entre la moralidad cristiana y la del mundo es muy importante.

Ante todo, existe diferencia incluso en detalles. Si bien en muchas cosas la moralidad que proponen los modernos utilitaristas, basadas en sus principios de que la norma de moralidad ha de buscarse en la experiencia de la raza, coincide en muchos detalles con la que proponen los cristianos, con todo hay casos en que la diferencia en principios se manifieste en diferencias en detalle.

Hemos visto, por ejemplo, en tiempos recientes que los periódicos han discutido mucho el tema de — la "eutanasia." Ciertos médicos dicen con toda franqueza que creen que a los inválidos desahuciados, que nunca pueden volver a valerse por sí mismos ni podrán ser de servicio para nadie, se les debería facilitar una muerte sin dolor. ¿Tienen razón?

Bien, me atrevo a decir que basados en una ética utilitarista se podría defender ese punto de vista.

No estoy muy seguro — permítaseme decirlo de paso — de que ni siquiera basados en esos principios se pueda defender tal cosa. Es algo muy peligroso eso de dejar que los expertos decidan de qué personas "se puede prescindir." Por mi parte, no creo en la infalibilidad de los expertos, y creo que la tiranía de los expertos es la peor y más peligrosa de las tiranías que se pueda imaginar.

Pero, con todo, esto no es ir a la raíz del problema. La raíz de todo es que los que defienden la eutanasia se basan en un fundamento completamente distinto del de los cristianos. Arguyen a base de lo que es útil — lo que produce felicidad y ahorra dolor a los hombres. El cristiano — arguye basado en un mandamiento divino concreto. "No matarás," zanja la cuestión para el cristiano. Desde el punto de vista cristiano el médico que ayuda a morir sin dolor no es más que un asesino. Puede muy bien ser que a la larga su acción nazca verdaderamente de un sentimiento de compasión. Pero no se discute esto ahora. Lo que decimos es que aunque sea por compasión, es un homicidio, y el homicidio es pecado.

Las teorías acerca del pecado que hemos considerado hasta ahora son claramente contrarias al cristianismo. Ningún cristiano puede sostener que la moralidad no es más que el interés propio de la raza que se ha ido acumulando, y que el pecado es tan sólo la conducta que se opone a ese interés. El cristiano debe obviamente sostener que la justicia y la felicidad son dos cosas distintas y que el pecado es algo muy distinto del desatino.

Otras teorías equivocadas del pecado, sin embargo, no son tan abiertamente erróneas, ni tampoco tan obviamente anticristianas, aunque también lo sean.

Existe, por ejemplo, la idea de que el pecado es el triunfo de la parte inferior de la naturaleza humana sobre la superior, de que es el triunfo de los apetitos corporales sobre



el espíritu humano — el espíritu humano que debería ser el que dirige las acciones del hombre.

Esta definición recurre — aunque en forma falsa — a ciertas expresiones bíblicas, y es una idea muy antigua en la Iglesia cristiana visible.

En su forma extrema, concibe a la materia como mala en sí. El alma o espíritu humano está encerrado, sostiene, en la cárcel del mundo material, y el objetivo de los esfuerzos del alma sería liberarse. Pecado es todo lo que impide esa liberación — del alma del mundo material.

Indudablemente una doctrina así es del todo opuesta a la Biblia. Es una idea pagana, no cristiana. Sobre todo acaba completamente con la idea cristiana de Dios. Si la materia es esencialmente mala, y si Dios es bueno, entonces Dios no podría haber creado la materia, sino que esta materia debe haber existido siempre en forma independiente de él. Por ello no sorprende hallar en tiempos de la Iglesia primitiva que quienes consideraban a la materia como esencialmente mala eran dualistas, no teístas. Es decir, no creían en un Dios creador de todo lo que existe, sino que creían que había dos principios últimos independientes —uno bueno, Dios; y un principio malo, la materia.

En marcado contraste con todas estas ideas, la Biblia enseña desde el principio hasta el fin que el mundo material, al igual que el mundo del espíritu, fue creado por Dios, y que ninguna de las obras de Dios ha de considerarse como mala.

Además, la Biblia no sólo combate esa idea como teoría del universo, sino también y con mucho ahínco los efectos de la misma en la conducta humana. Los que consideran a la materia como esencialmente mala tienden siempre al ascetismo. Es decir, tienden siempre a abstenerse de disfrutar de lo bueno de este mundo como si dicha abstención fuera por sí misma una virtud — no un medio para un fin, sino un fin en sí mismo; no algo necesario a veces, sino algo siempre necesario si se quiere conseguir una verdadera santidad.

La Biblia se opone en todo momento a tal ascetismo. "No manejes, ni gustes, ni aun toques," decían los ascetas que menoscababan la supremacía de ~ Cristo en la iglesia colosense. Con todo vigor combate su enseñanza el apóstol Pablo. "Del Señor es la tierra y su plenitud," dice en otra carta. Esto enseña la Biblia de principio a fin. En ninguna parte de la Escritura se puede hallar justificación para la idea de que el mundo material es esencialmente malo y que disfrutar de él es pecado.

A este respecto, sin embargo, se puede suscitar una objeción. ¿Acaso la Biblia no llama repetidas veces mala a "la carne", y con ello acaso no enseña que el pecado después de todo consiste en el triunfo de la parte inferior o corporal de la naturaleza del hombre sobre la superior?

Respondemos a esa objeción diciendo que sin duda la Biblia llama muchas veces mala a "la carne," pero que el problema radica en saber qué quiere decir en esos pasajes cuando usa la palabra "la carne".

Algunos opinan que la palabra se refiere a la naturaleza corporal del hombre, una parte inferior de su naturaleza en cuanto opuesta a otra superior. Esa idea se puede hallar en varias traducciones recientes de la Biblia que confunden a tantas personas. Una de esas traducciones emplea en vez de la palabra "la carne" en el capítulo octavo de Romanos la expresión "la naturaleza física"; otra emplea la expresión "la naturaleza animal."

¿Ven a dónde conducen esas traducciones? Conducen a la idea de que el conflicto entre la carne y el Espíritu según las cartas de Pablo es un conflicto entre la parte física y la parte espiritual del hombre, y que el triunfo de la naturaleza física o animal en ese conflicto es lo que la Biblia llama pecado.

¿Es acertada esa idea? No, amigos míos, no es acertada. Por el contrario, es un error nefasto y de largo alcance. Quien sostiene esa idea del pecado ni siquiera vislumbra lo que la Biblia dice que es el pecado, y por desgracia no está en condiciones de vislumbrar lo que la Biblia dice acerca de la salvación del pecado.

Es perfectamente cierto, desde luego, que en muchos lugares la Biblia usa la palabra "carne" simplemente en el sentido de cierta parte de la estructura corporal del hombre o del animal. Habla de "carne y sangre" o de algo semejante. Este es el sentido simplemente físico de la palabra. Sin duda que se encuentra en la Biblia.

Pero ahora estamos hablando de los pasajes en que "la carne" se presenta en la Biblia como algo malo. ¿Tiene esta palabra en esos pasajes un sentido solo físico?

La respuesta es un "no" rotundo. En esos pasajes la palabra se emplea en un sentido muy especial — un sentido muy ajeno al sentido original, puramente físico. En esos pasajes designa no la naturaleza física o animal del hombre, sino toda la naturaleza del hombre, tal como se encuentra ahora, en su condición caída, separada de Dios.

Las fases principales por las que pasa la palabra "carne" hasta venir a tener el significado que tiene en la Biblia parecen ser bastante claras. Primero, el significado puramente físico. Luego "carne" en el sentido del hombre en su debilidad, y todo ello se designa con una palabra que señala propiamente aquella parte del hombre en la que se manifiesta con mayor claridad tal debilidad, como cuando la Biblia dice: "Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo." Luego "carne" designa al hombre tal como es ahora, perdido en el pecado — tal como es ahora hasta que el Espíritu de Dios lo transforma. Este tercer significado de la palabra es el que se halla en esos grandes pasajes en los que "la carne" se presenta en la Biblia como algo malo.

Empleada en esta forma, la palabra no designa una parte baja de la naturaleza del hombre en cuanto opuesta a una parte elevada. Designa una parte baja de la naturaleza del hombre pecaminoso actual, en cuanto opuesta a la santidad divina. No designa el cuerpo del hombre en cuanto opuesto al espíritu del hombre, sino a todo el hombre en cuanto opuesto al Espíritu de Dios.

Esto se ve con especial claridad en un pasaje como 1 Co. 3 :3, en el que Pablo dice : "Porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales y andáis como hombres?" La palabra que se traduce por "carnal" procede de "carne." ¿Qué significa, pues? El apóstol mismo nos lo dice. "¿No sois carnales, y andáis como hombres?" dice. Sin duda ser carnal y andar como hombres tienen el mismo significado en este texto. Una de estas expresiones explica la otra. ¿Cómo debían andar los cristianos corintios? Según Dios. ¿Cómo andaban en realidad? Según los hombres. Pero andar según los hombres en cuanto opuesto a andar según Dios es, dice Pablo, lo mismo que ser carnal. Así pues la carne no significa, como esas traducciones equivocadas de la Biblia quieren hacerle significar, la naturaleza animal del hombre en cuanto opuesta a una parte más elevada de esa misma naturaleza; significa simplemente toda la naturaleza humana — es decir, la naturaleza humana tal como está ahora, bajo el dominio del pecado, en cuanto opuesta al Espíritu de Dios.

Pablo aclara todavía más la cuestión en el versículo siguiente, según el texto de los mejores manuscritos : "Porque diciendo el uno : Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois hombres?" El apóstol considera el ser hombres — es decir, sólo hombres, no transformados por el Espíritu de Dios — en realidad como algo merecedor de reproche a igual al ser carnales. "¿No sois carnales?" dice en el versículo precedente. "¿No sois hombres?" dice en este versículo. Las dos cosas significan lo mismo, a saber la naturaleza caída de uno en cuanto distinta ver actuar como si se estuviera bajo el dominio de la que está bajo el dominio del Espíritu de Dios.

Qué abismo existe entre esta manera bíblica de considerar la naturaleza humana caída y el paganismo moderno, que tantos profetas proclaman en nuestros días, que asume como artículo básico de su credo, "Creo en el hombre." Qué abismo existe entre la confianza pagana moderna en los recursos humanos y la enseñanza de la Biblia que hace equivalente el "¿No sois hombres?" con al "¿No sois carnales?" y considera ambas preguntas como un reproche terrible par a el pueblo cristiano.

Así pues el pecado, según la Biblia, no es sólo "la bestia en nosotros" No, es algo mucho más grave que eso. Por desgracia, el pecado no es la bestia que hay en nosotros; es más bien, el hombre que hay en nosotros. Es el hombre que hay en nosotros, porque todo el hombre, espíritu y alma al igual que cuerpo, está bajo el dominio del pecado, hasta tanto no sea transformado por el poder regenerador del Espíritu de Dios.

Claro que la Biblia enseña que el pecado reside en el cuerpo, que hace del cuerpo su instrumento, y que los apetitos corporales no dominados constituyen una gran parte de las ocasiones de caída. Todo esto es perfectamente cierto. Pero esto es muy distinto que decir que los apetitos corporales constituyen la esencia del pecado. No, cuando la Biblia nos ofrece una de esas listas terribles de pecados que se cometen, por ejemplo, en varios pasajes de las Cartas de Pablo, cuando enumera, como en el capítulo quinto de Gálatas, "las obras de la carne," incluye no sólo lo que solemos llamar pecados carnales sino también, y en forma muy destacada, pecados como el orgullo y el odio, que no son en modo alguno carnales en el sentido nuestro. De hecho esos pecados de orgullo y otros parecidos, y no lo que llamamos pecados carnales, son precisamente los pecados de los que Pablo habla en ese pasaje de 1 Corintios en el que acusa a sus lectores de ser carnales.

La Biblia halla al pecado, además, en un mundo espiritual — habla de huestes espirituales de maldad en las regiones celestes — al igual que halla al pecado, por desgracia, en el espíritu del hombre caído. Si deseamos ser fieles a la Biblia, debemos descartar toda esta noción de que la esencia del pecado se halla en la rebelión de la parte inferior de nuestra naturaleza contra la parte superior.

¿Qué es, pues, el pecado? Hemos dicho lo que no es. Ahora deberíamos decir qué es.

Por fortuna no tenemos que buscar mucho en la Biblia para hallar la respuesta a esa pregunta. La Biblia da la respuesta en el comienzo misma del relato del primer pecado del hombre —ese relato que estudiamos juntos en una de nuestras charlas precedentes.

¿Qué fue el primer pecado del hombre, según la Biblia? ¿Fue la satisfacción de un apetito corporal? Sí, lo fue. La mujer vio que los frutos del árbol eran buenos para comer y agradables a la vista, se nos dice. ¿Pero fue el pecado tan sólo la satisfacción de un apetito corporal? Desde luego que no. No, fue algo muy intelectual, espiritual. La serpiente dijo que el comer del fruto de ese árbol los haría sabios. Eso no fue en absoluto un apetito corporal.

¿Cuál fue, pues el primer pecado del hombre? ¿No está bien clara la respuesta? Sí, fue desobediencia al mandato de Dios. Dios dijo: "No comerás del fruto del árbol"; el hombre comió el fruto del árbol; y eso fue el pecado. Aquí tenemos por fin nuestra definición de pecado.

"Pecado es cualquiera falta de conformidad con la ley de Dios o trasgresión de la misma." Esas son las palabras del Catecismo Menor, no de la Biblia; pero están de acuerdo con lo que la Biblia enseña desde Génesis hasta Apocalipsis.

\*\*\*

## **CAPÍTULO 16**

### **LA MAJESTAD DE LA LEY DE DIOS**

En la última charla hablamos de la importante cuestión, "¿Qué es el pecado?" Se han dado varias respuestas a la misma, pero la verdadera respuesta, dijimos, es la que se contiene en el Catecismo Menor. "Pecado," dice el Catecismo Menor, "es cualquier falta de conformidad con la ley de Dios o trasgresión de la misma."

El significado cabal de dicha definición se verá con mayor claridad, espero, a medida que hablemos de las consecuencias del pecado de Adán para la humanidad. .

De momento, sin embargo, lo tomamos sólo en la forma más sencilla y obvia. Lo más elemental acerca del pecado es que se trata de algo que va contra la ley de Dios. No se puede creer en la existencia del pecado a no ser que se crea en la existencia de la ley de Dios. La idea de pecado y la idea de ley van juntas. Si se piensa en el pecado, en el sentido bíblico de la palabra, se piensa en la ley; si se piensa en la ley, se piensa —por lo menos tal como es ahora la humanidad —en el pecado.

Siendo esto así, sólo les pido que recuerden lo que dice la Biblia y que piensen qué constante es la Biblia en enseñar la ley de Dios.

Ya hemos observado cuán clara es esa enseñanza en el relato del primer pecado del hombre. Dios dijo, "No comerás del fruto del árbol." Esa era la ley de Dios; era un mandato concreto. El hombre desobedeció dicho mandato; el hombre hizo lo que Dios le había dicho que no hiciera; y eso fue el pecado.

Pero la ley de Dios figura en toda la Biblia. No se halla sólo en alguno que otro pasaje, sino que constituye el telón de fondo de todo lo que la Biblia dice acerca de las relaciones entre Dios y el hombre.

Piensen por un momento en la parte tan considerable del Antiguo Testamento que ocupa la ley de Dios □□ la ley que fue promulgada por medio de Moisés. ¿Creen que eso fue una casualidad? De ningún modo. Fue así porque la ley es una parte fundamental de lo que la Biblia tiene que decir.

En todo el Antiguo Testamento destaca un pensamiento básico — Dios es el legislador, y el hombre le debe obediencia.

¿Y qué se puede decir del Nuevo Testamento? ¿Obscurece el Nuevo Testamento ese pensamiento; rebaja el Nuevo Testamento en algún modo la ley de Dios?

Ha habido quienes así lo han creído. El error llamado "antinomianismo" ha sostenido que la dispensación de gracia que Cristo inauguró abrogó la ley de Dios para los cristianos.

Qué error tan horrible! Es sin duda cierto, en un sentido, que los cristianos ,no están, , como dice Pablo, bajo la ley sino bajo la gracia. No están sujetos a la maldición que la ley pronuncia contra el pecado; Cristo los ha liberado de esa maldición al llevar él en la cruz la maldición que les correspondía. No se hallan bajo ninguna dispensación en la .que su aceptación por parte de Dios dependa de su obediencia a la ley de Dios; en lugar de ello, su aceptación por parte de Dios depende de la obediencia que Cristo tuvo por ellos. Todo esto es del todo cierto. ¿Pero significa esto que para el cristiano la ley de Dios ya no es la expresión de la voluntad de Dios que tienen obligación absoluta de obedecer; significa que se hallan libres de hacer lo que les plazca y que ya no se hallan atados por los mandamientos de Dios?

Busquemos la respuesta en la Biblia toda, sobre todo en el Nuevo Testamento.

"No penséis," dijo Jesús, "que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar sino para cumplir." Luego continúa poniendo su justicia en contraste con la justicia de escribas y fariseos. ¿Es más fácil que la de éstos? No, él mismo nos dice que es más difícil. "Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los



escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos." ¿Acaso su justicia participa menos de la naturaleza de ley que las normas que los escribas y fariseos habían establecido? ¿Es su justicia algo que el hombre puede tomar según le parezca; es algo que puede convenirle escuchar? Amigos míos, lo único que puedo decir es que si leen de este modo las palabras de Jesús que figuran en los Evangelios, ni siquiera han comenzado a entenderlas. "Si lo ojo derecho," dice Jesús, "te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de tí; pues mejor lo es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo lo cuerpo sea echado al infierno." "Mas yo os digo," afirma en otro pasaje, "que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio." ¿son éstas las palabras de alguien que en lugar del reino de la ley de Dios pone otro reino? ¿Son éstas las palabras de alguien que creía que los hombres podían jugar con la ley de Dios?

Sé que algunas personas sostienen □□ en un delirio de necedad, me parece que las palabras de Jesús pertenecen a la dispensación de la ley que concluyó con su muerte y resurrección y que por ello la enseñanza del Sermón del Monte, por ejemplo, no pertenece a la dispensación de gratis en la que nos hallamos ahora.

Bien, permítanme volver al apóstol Pablo, al apóstol que nos ha dicho que no estamos bajo la ley sino bajo la gratis. ¿Qué dice acerca de esto? ¿presenta a la ley de Dios como algo que ya no tiene validez en esta dispensación de la gratis divina?

De ningún modo. En el capítulo segundo de Romanos, al igual que (por implicación) en muchas otras partes de sus Cartas, insiste en la universalidad de la ley de Dios. Incluso los gentiles, aunque no conocen esa clara manifestación de la ley de Dios que se encontraba en el Antiguo Testamento, tienen la ley de Dios escrita en el corazón y no tienen excusa si desobedecen. Los cristianos, sobre todo, insiste Pablo, están muy lejos de estar emancipados del deber de obedecer los mandatos de Dios. El apóstol considera que una idea tal es un error de los más nefastos. "Y manifiestas son las obras de la carne," dice Pablo, "que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios,

borracheras, orgías, y cosas semejantes a éstas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios."

Grande, en realidad, según Pablo, es la ventaja del cristiano, respecto incluso a los que antes de que Cristo viniera fueron salvos por el mérito del sacrificio que iba a ofrecer en la cruz (siendo salvos, como lo son los cristianos, por la gracia de Dios por medio de la fe. Los cristianos no se hallan bajo la maldición de la ley; en ese sentido terrible no se hallan bajo la ley sino bajo la gracia. Cristo ha llevado el justo castigo de la ley en su lugar. Tienen además dentro de sí un poder nuevo, el poder del Espíritu Santo, que la ley por la misma no podría dar.

Pero ese poder nuevo no los emancipa de la obediencia a los mandamientos santos de Dios . De ningún modo, sino que los capacita para obedecer esos mandamientos en una forma que no les hubiera sido posible antes.

Piensen por un momento, amigos míos, en la majestad de la ley de Dios tal como la Biblia la presenta. Una ley por encima de todo — válida para los cristianos, válida para los no cristianos, válida ahora y válida por toda la eternidad. ¡Con qué grandiosidad se proclama dicha ley en medio del retumbar de truenos en el Sinaí! ¡Con cuánta más grandiosidad y con mucho mayor seriedad se proclama en la enseñanza de Jesús — en su enseñanza y en su ejemplo! Con qué terror estamos dispuestos a decir, con Pedro, en la presencia de esa pureza sobrecogedora : "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador." En ninguna parte de la Biblia, ni en la enseñanza de Jesús nuestro Salvador, podemos eludir la terrible majestad de la ley de Dios — escrita en la constitución del universo, que penetra los pliegues más recónditos del alma, que abarca toda palabra ociosa, toda acción y todo pensamiento secreto del corazón, ineludible, exhaustiva, santa, terrible. Dios es el legislador, el hombre el sujeto; Dios el que gobierna, el hombre el gobernado. El servicio de Dios es un servicio que es libertad perfecta, un deber que es el mayor de los gozos; pero siempre es un servicio. No lo olvidemos. Dios fue siempre y es pare siempre el Rey soberano; todo el universo está bajo su ley santa.

Esta es la atmósfera en la que la Biblia se mueve; esa es la rote en la que se base. ¡La ley de Dios que todo lo abarca! ¿Es la promulgación arbitraria de un tirano cruel, un entretenimiento sin sentido de alguien cuyo poder es mayor que su sabiduría o bondad? No, esta ley se basa en la perfección infinite del ser de Dios mismo. "Sed, pues, vosotros perfectos," dijo Jesús, "como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto." Esa es la norma. La ley de Dios no es una ley arbitraria o sin sentido; es una ley Santa, como Dios mismo es Santo.

Si esa es la ley de Dios, ¡qué terrible es el pecado! ¿Qué lengua puede contar lo horroroso que es? ¡No es una ofensa contra una norma temporal o arbitraria que procede de autoridad temporal o que se hace cumplir con castigos temporales, sino una ofensa contra el Dios infinito y eterno! ¡Qué terror tan indescriptible se cierne sobre nosotros cuando contemplamos realmente una culpa semejante!

¿Pero la contemplamos en realidad? La pregunta se debe formular. Sé que algunos de mis oyentes consideran lo que he venido diciendo coma algo que no merece más atención que los duendes y fantasmas con que las niñeras solían asustar a los niños malos. Una característica .destacada de la edad en que vivimos es la incredulidad respecto a cualquier coca que se pueda llamar ley de Dios y sobre todo la incredulidad respecto a cualquier coca que se puede llamar propiamente pecado. El hecho patente es que los hombres de nuestros tiempos viven en su mayoría en un mundo de pensamiento, sentir y vide del todo diferente del mundo en el que vive el cristiano. La diferencia no . se refiere a uno que otro detalle; se refiere a la base entera de la vide; se refiere a toda la atmósfera en que los hombres se viven y mueven y tienen el ser. En la raíz de todo lo que la Biblia dice hay dos grandes verdades, del todo inseparables — la majestad de la ley de Dios y el pecado como ofensa contra esa ley. Estas dos verdades básicas se niegan en la sociedad moderna, y en la negación de las mismas está la característica principal de la edad en que vivimos.

Bien, ¿en qué clase de edad nos encontramos? ¿Qué clase de edad es ésta en la que la ley de Dios se considera como pasada de moda y en la que no hay conciencia de pecado?

Se lo voy a decir. Es una edad en la que la sociedad se está desintegrando a ritmo acelerado. Miren a su alrededor y ¿qué ven? Por doquier se contempla un relajamiento de restricciones, un abandono de normas, una vuelta a la barbarie.

Pero, dirán, ¿acaso no se ha alcanzado por fin la libertad? Ahora que la moralidad ha sido abandonada — las convenciones tradicionales y todo lo demás — es evidente que la libertad tiene que haber alcanzado un gran apogeo. Pero yo pregunto, amigos míos, ¿lo ha alcanzado de veras? Hay que ser ciego para decir que sí. Antes al contrario, no hay libertad ni en Rusia, ni en Alemania, ni en Italia, ni en muchos otros países. Qué lenta fue la transición en Europa de la tiranía a la democracia y libertad! Y ahora esa libertad alcanzada a costa de tantos sacrificios se está deteriorando rápidamente.

Hay sin duda oasis de resistencia a la invasión del tirano. Hace pocos días leímos que la gente de Gran Bretaña quedó muda al recibir la noticia de que su rey — símbolo de libertad — había muerto. Pareció que el silencio se apoderaba de la nación y que las luchas egoístas cesaban. Fue un silencio elocuente de verdad — que hablaba del amor de un gran pueblo por lo que el dinero jamás podrá comprar, que hablaba de siglos de historia gloriosa. Pero ¿creen que Gran Bretaña se encuentra a salvo — a salvo, quiero decir, no de los acorazados y aviones y ejércitos enemigos, sino a salvo de los enemigos mucho más peligrosos que están dentro de sus fronteras?

No lo creo, amigos míos. Se halla a salvo, sin dudar, si hay algún lugar de la tierra que lo esté; pero con todo no está a salvo. Si repasamos la historia de Gran Bretaña creo que se puede ver que hasta ahora siempre poseyó algo que ahora está a punto de perder. Tuvo el convencimiento de que existe un principio trascendental de justicia al que todos los pueblos de la tierra están sujetos. Sé que hubo tiempos en que ese principio eterno de justicia se perdió casi por completo de vista. Hubo tiempos de mucho desenfreno. Hubo tiempos en la historia del Imperio Británico en que se cometieron crímenes nacionales terribles. Pero siempre hubo un núcleo considerable de ¡¡¡Británicos!!! que tenían una convicción firme y sólida de la obligación que los ataba a la ley de Dios. Esa fue la sal preciosa que preservó a la nación y le dio esa estabilidad maravillosa que debería ser

objeto de emulación para todo el mundo civilizado. La libertad bajo la ley de Dios — esto y no vastos frentes de batalla ni un Imperio en el que nunca se ponía el sol -- es lo que hizo grande a Gran Bretaña.

Hoy día ese principio corre peligro en Gran Bretaña tanto como en el resto del mundo. También en ella hay multitud de personas que no creen que haya una ley de Dios, y el número de los que sí creen que existe es menor y mucho menos influyente — en la vida nacional que nunca antes. No sé si están de acuerdo conmigo, amigos míos, pero creo ,debo decir que temo por Gran Bretaña, y más todavía por el resto del mundo. La tiranía está al acecho por todas partes, y la decadencia anda suelta bajo el disfraz de cien nombres pomposos y de cuño reciente.

Bien, y ¿qué se puede hacer? Muchos no cristianos están de acuerdo con nosotros de ,que hay que hacer algo. Incluso hay materialistas y ateos que lo ven. Algo hay que hacer sin duda incluso para mantener a la parte animal del hombre en condiciones saludables — para impedir que se destruya, por ejemplo, con otra guerra mundial.

Se han hecho, pues, muchas sugerencias para impedir los estragos del crimen. Alguien ha propuesto que se nos tomen a todos las huellas digitales y que se nos trate como criminales en libertad provisional a quienes, a capricho de la policía, se pide la identificación cuando circulan por las calles y a quienes no se les permita dedicarse libremente a sus asuntos a no ser que existan sospechas fundadas de que son reos de algún crimen. Otros proponen que se considere a los maestros, incluso a los de escuelas privadas y cristianas como funcionarios del gobierno, y que se les exija un juramento de fidelidad como el que se requiere en la Alemania nazi. Mil panaceas se han sugerido, diferentes en cuanto a detalles pero semejantes en cuanto que destruyen esa libertad civil y religiosa que nuestros padres se ganaron con tantos esfuerzos.

Tales medidas jamás podrán conseguir el fin que se proponen. Nunca se puede implantar por la fuerza el patriotismo. en el corazón de las personas. Intentarlo sólo sirve para

suprimirlo si ya está presente. El progreso del comunismo o de cualquier otra forma de esclavitud nunca se puede impedir con la supresión de la libertad de expresión.

Tal supresión sólo sirve para volver más peligroso el progreso de las ideas destructoras.

¿Cuál es entonces el remedio para el amenazador descalabro de la sociedad y para el deterioro rápido y progresivo de la libertad?

Sólo hay un remedio. Es la vuelta a la ley de Dios.

Si queremos restaurar el respeto a las leyes humanas, debemos acabar con esa idea de que los jueces y los jurados sólo existen para el propósito utilitario de proteger a la sociedad, y debemos restaurar la noción de que existen para defender la justicia. Es cierto que no son más que exponentes imperfectos de la justicia. Hay muchos aspectos de la vida con los que no tienen nada que ver. Abusarían de la función que Dios les ha dado si trataran de obligar a una pureza íntima de la vida personal, ya que a ellos les corresponde sólo obligar — e incluso esto en una forma imperfecta — a esa parte de la justicia que atañe a las relaciones entre hombre y hombre. Pero siempre son instrumentos de la justicia, y si no se reconoce así, el estado va camino del desastre. La sociedad no se puede preservar con imponer castigos violentos a ofensas menores porque lo exija así el interés utilitario de la sociedad; no se puede preservar con la práctica perversa (que algunos jueces siguen) de "escarmentar" a algunos de una forma anárquica e injusta por creer que de este modo se puede apartar a los demás del crimen. No, decimos, no hay que perder nunca de vista a la justicia — la justicia abstracta, santa, trascendente --sean cuales fueren las consecuencias inmediatas que de ello se crea van a producirse. Sólo así se podrá volver a respetar la toga del juez e impedir que la decadencia progrese.

Sin embargo, todo esto no toca el punto más importante. En el fondo de todas estas consideraciones acerca de las naciones y de la sociedad está el gran problema de la relación del alma con Dios. A no ser que los hombres sean justos ante Dios, nunca serán justos en sus relaciones mutuas.

Cómo, pues, pueden ser justos ante Dios? Oh, allá está el evangelio, dirán. Está la dulce y consoladora enseñanza de Jesucristo.

Sí, ¿pero acuden los hombres a Jesucristo? Van a él para la salvación del alma? No, lo tienen por un magnífico maestro religioso, y luego pasan de largo.

¿Cómo, pues, llevarlos a él? La Biblia nos da la respuesta. "De manera," dice, "que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe." Así fue en el caso de los hebreos del Antiguo Testamento, acerca de quienes Pablo habla en ese pasaje; pero así es también en el caso de todos los que real y sinceramente acuden a Jesucristo como a su Salvador del pecado. Sólo la conciencia de pecado hace que los hombres acudan al Salvador del pecado, y la conciencia de pecado despierta sólo cuando el hombre se halla frente a frente a la ley de Dios.

Pero los hombres no tienen conciencia de pecado hoy día; ¿qué hacer, pues? Recuerdo que hace un tiempo oí presentar ese problema en una forma conmovedora a un predicador que se sentía tristemente confundido. Aquí estamos, decía. Vivimos en el siglo veinte. Tenemos que tomar las colas tal como se nos presentan; y de hecho, nos guste o no, si hablamos con los jóvenes de hoy acerca del pecado y de la culpa no sabrán de qué hablamos; se apartarán de nosotros aburridos, y se apartarán del Cristo que predicamos. — ¿No es realmente una calamidad? continuó. ¿No es una calamidad que se pierdan las bendiciones que Cristo tiene dispuestas para ellos si acudieran a él? ¿Si, pues, no van a acudir a Cristo a nuestro modo, no deberíamos invitarlos a que acudan a él a su manera? Si no acuden a Cristo a través de la conciencia de pecado que nacería del terror de la ley de Dios, ¿no podríamos hacerlos llegar a Cristo por medio del atractivo de las enseñanzas éticas de Jesús y la utilidad de su enseñanza para la solución de los problemas de la sociedad?

Me temo que en respuesta a tal proposición debemos responder que no. Me temo que tenemos que afirmar que ser cristiano es mucho más trágico que lo que tales personas

suponen. Me temo que tenemos que decirles que no se puede llegar a la vida cristiana por ningún atajo. Me temo que tenemos que indicarles la puerta angosta y decirles que busquen al Salvador mientras lo pueden encontrar a fin de que los rescate del día de la ira.

¿Pero no es un caso perdido? ¿No es un caso perdido tratar de que la gente del siglo veinte tome la ley de Dios con toda seriedad y tema los pecados?

Mi respuesta es que sí es un caso perdido. Del todo perdido. Tan perdido como lo es que un camello pase por el ojo de una aguja.

Pero, no olvidemos que hay Alguien que puede hacer lo que parece imposible. Es el Espíritu del Dios vivo.

No teman, cristianos. El Espíritu de Dios no ha perdido su poder. Cuando lo crea conveniente, enviará a sus mensajeros incluso a una generación perversa, adúltera y negligente. Hará que el Monte Sinaí despida llamas; convencerá a los hombres de pecado; aniquilará su orgullo; derretirá sus corazones de piedra. Luego los conducirá al Salvador de las almas.



## **CAPÍTULO 17**

### **¿ESTÁ EL GÉNERO HUMANO PERDIDO EN EL PECADO?**

Hemos hablado del primer pecado del hombre, y también del problema, "y Qué es el pecado?" Ahora se suscita la pregunta de qué consecuencias ha tenido ese primer pecado del hombre para todos nosotros, para la humanidad.

Algunos piensan que tuvo consecuencias muy ligeras caso de que piensen que ese primer pecado existió, en el sentido en que se describe en el capítulo tercero de Génesis.

Recuerdo que hace algunos años, cuando me dirigía en "automóvil hacia casa después de las vacaciones de verano pasé un domingo en una ciudad sin ninguna razón especial más que la de que no me gusta viajar en domingo. Como no conocía a nadie en dicha ciudad, entré en la que me pareció ser la iglesia principal del centro de la ciudad.

Lo que oí en esa iglesia es lo que se oye en muchas iglesias de nuestros días. Nada me llamó la atención. En realidad no sé ni por qué lo sigo recordando, ya que he oído lo mismo en muchos lugares y de muchas maneras.

Ese domingo los nuevos maestros de Escuela Dominical tomaban posesión de sus cargos. El pastor predicó un sermón adecuado para la ocasión. Hay dos ideas acerca de lo que hay que enseñar a los niños en la Iglesia, dijo. Según una, a los niños hay que enseñarles que son pecadores y que necesitan un Salvador. Esta es la idea antigua, afirmó; en la Iglesia moderna ya se ha descartado. Según la otra idea, dijo, que es la que nosotros los modernos tenemos, al maestro le corresponde alimentar la tierna planta de la naturaleza religiosa del niño a fin de que produzca el fruto de una vida religiosa normal y saludable. ¿Tuvo razón ese predicador, o bien lo que él llamó idea antigua es la cierta? ¿Nacen los niños buenos o malos? ¿Necesitan, para crecer y convertirse en adultos cristianos, tan sólo servirse de los recursos con los que nacen o bien necesitan un nuevo nacimiento y un Salvador?

Se trata de un problema importante. Podemos resolverlo de una forma a otra, pero no creo que nadie pueda dudar de que se trata de algo muy importante. Ese predicado, en la iglesia de la que he hablado, reconocía la importancia del problema. Por esto me interesé en su sermón. Respondió a la pregunta que él mismo se planteó de una forma equivocada, pero por lo menos acertó en enfrentarse directamente con el problema.

En esta charla y en la siguiente, propongo que imitemos a ese predicador en enfrentarnos con el problema con claridad, aunque nuestra conclusión quizá resulte ser diferente de la suya. ¿Nacen los niños buenos o malos? ¿Es el hombre dueño de su alma, capaz de dirigirse a si mismo, o bien está el género humano perdido en el pecado?

¿Cómo responder a estos interrogantes? Sólo encuentro una manera. Es la de preguntar sencillamente qué nos ha dicho Dios en su santa Palabra. ¿Enseña la Biblia que los niños vienen al mundo buenos (o por lo menos equilibrados entre maldad y bondad), o enseña que todos excepto uno nacen en pecado?

Cuando abrimos la Biblia con ese interrogante en mente, una cosa se presenta de inmediato con toda claridad. Es que la Biblia desde Génesis hasta Apocalipsis enseña que todos los hombres (con la única excepción de Jesucristo) son de hecho pecadores ante Dios. Cómo han llegado a ser pecadores es otro problema del que nos ocuparemos en la charla siguiente, pero lo que nos atañe ahora es observar que según la Biblia son de hecho pecadores.

En un gran pasaje, sobre todo, esa verdad, que todos los hombres son pecadores, es objeto de una exposición y prueba bien concretas. Ese pasaje se halla en Romanos 1:18-3:20. En él el apóstol Pablo, antes de pasar a proclamar el evangelio, proclama la necesidad absoluta y universal del evangelio. Todos necesitamos el evangelio, dice, porque todos sin excepción somos pecadores. Los gentiles son pecadores. Han desobedecido a la ley de Dios, aunque es verdad que no poseen esa ley en la forma clarísima en que le fue presentada al pueblo escogido de Dios por medio de Moisés. Por haber desobedecido a la ley de Dios, y como castigo por ello, se han hundido cada vez

más en el abismo\_ del pecado. También los judíos, dice Pablo, son pecadores. Tienen muchas ventajas; poseen una revelación especial de Dios; sobre todo han recibido una revelación sobrenatural de la ley de Dios. Pero no es el oír que existe la ley lo que hace que el hombre sea justo sino el cumplirla; y los judíos, por desgracia, aunque la habían oído, no la han cumplido. También ellos son transgresores.

Así que todos hemos pecado, según Pablo. Prueba esta verdad con una serie de citas del Antiguo Testamento comenzando con las palabras "Como está escrito; No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios.

Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno."

Creo que no es decir demasiado afirmar que si esta enseñanza paulina acerca de la condición pecadora de todo el género humano no es cierta, todo el resto de esa gloriosa Carta, la Carta a los Romanos, cae por los suelos. Imaginemos por un momento que Pablo admitiera que un hombre al menos desde la caída fuera justo ante Dios y que no necesitara, por tanto, la redención por la sangre preciosa de Cristo; se ve de inmediato que ese Pablo sería un Pablo del todo diferente del que habla en cada una de las páginas de la Carta a los Romanos y en todas las demás Cartas paulinas que figuran en el Nuevo Testamento. La luz del evangelio, en la enseñanza de Pablo, destaca siempre en contraste con el tenebroso telón de fondo de una raza perdida universalmente en el pecado.

¿Hay algo diferente en el resto de la Biblia? Bien, no tenemos tiempo de pasar revista a los sesenta y seis libros de la Biblia, pero si pensamos en ellos en conjunto, veremos, estoy seguro, que el carácter universal del pecado forma parte del alma, de la médula misma del mensaje que contienen. No me preocupa que vayan al Antiguo Testamento o al Nuevo. En los dos encontramos el mismo diagnóstico terrible de la enfermedad del género humano. La Biblia nos enseña a descartar las excusas y a vernos como Dios nos ve, y como consecuencia de ello a golpear nos el pecho y a clamar a Dios : "¡ Pecador, pecador !"

Sé que algunos sostienen que hay que hacer una excepción en este coro sombrío de los libros bíblicos. Pablo, dicen, creía que todos somos pecadores y necesitamos lavarnos los pecados en la sangre de una víctima santa, pero Jesús, afirman, recurrió con confianza a lo bueno que se encuentra en los corazones de los hombres.

Amigos míos, sepan que me sorprende cuando oigo a la gente decir esto. No me sorprende porque con ello demuestran que no tienen conciencia de pecado. Por desgracia, la ausencia de conciencia de pecado es demasiado común entre aquellos cuyos corazones no han recibido nunca el contacto de la gracia salvadora del Espíritu Santo. Pero lo que sí me sorprende es que hombres cultos, que viven en el igualmente culto siglo veinte, tengan tan poco sentido histórico como para atribuir su propia confianza pagana en la humanidad a Jesús de Nazaret. No me sorprende que ellos tengan tanta confianza en el hombre, sino que me sorprende mucho que crean que Jesús la tuvo.

Desde luego que si lo creen deben descartar los cuatro Evangelios tal como han llegado a nosotros en el Nuevo Testamento. Esto está bien claro; porque en el cuarto Evangelio se dice en forma expresa que Jesús no confiaba en el hombre. "Estando en Jerusalén", dice el cuarto Evangelio, "en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre." Por desgracia, Jesús sabía demasiado bien lo que había en el hombre. Otros, que se fijaban sólo en la apariencia exterior, podían haber confiado en la bondad del hombre; pero Jesús conocía las profundidades del corazón, y conociendo esas honduras no se decidía a confiar en los que parecían, al menos externamente, confiar en él.

Sin duda que este pasaje no significa que la opinión que Jesús tenía de todos los hombres era como la que le merecían los que fueron a él en esa primera pascua en Jerusalén. Significa más bien que dado su profundo conocimiento del corazón humano estaba en condiciones de distinguir entre los que merecían confianza y los que no; no necesitaba

que nadie le dijera, "Ten cuidado de tal o cual hombre," sino que él mismo podía decir en quienes no se debía confiar.

De todos modos, ese pasaje nos presenta a un Jesús que no es ni de lejos el que nos presentan los que hacen de él un seguidor del credo moderno, "Creo en el hombre." Este Jesús del cuarto Evangelio no aboga por ese optimismo incorregible respecto a la naturaleza humana que tantos predicadores de hoy día consideran como una virtud.

En realidad, según el cuarto Evangelio, Jesús dijo a Nicodemo, "Es necesario nacer de nuevo," y "el que no. naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios." Todo lo que los hombres llaman bondad, en otras palabras, de nada sirve ante la presencia de Dios. Deben antes nacer de nuevo si quiere ser recibido. La condición universal de pecado el género humano se enseña en esos pasajes con una claridad que es difícil superar.

Desde luego que los predicadores de la clase que he mencionado no aceptan el cuarto Evangelio. La mayoría de ellos no admiten que lo escribió Juan, el apóstol de Jesucristo, ni que ofrece un relato fiel de lo que Jesús realmente enseñó.

¿Qué hallamos, pues, en los otros tres Evangelios? ¿Nos presentan una actitud de Jesús frente a las pretensiones humanas de bondad distinta de la que vimos en el Evangelio según Juan?

No, presentan exactamente la misma actitud. Examinémoslo con cuidado y sinceridad.

Antes de que Jesús comenzara el ministerio público, según los tres Evangelios sinópticos, había aparecido un profeta llamado Juan el Bautista.

Bien, pues, ¿qué predicó este gran profeta? Invitó al pueblo a que se bautizara para la remisión de pecados. Por ello el pueblo iba a él confesando que eran pecadores.

¿Invitó a algunas personas a que confesaran los pecados y se bautizaran o bien invitó a todos a que acudieran a él? La respuesta es simple. Sin duda que los invitaba a todos — a todos excepto al hombre sin pecado, a Jesús de Nazaret. Esto indica, pues, que consideraba que todos, excepto ese solo, eran pecadores.

En realidad, en este llamamiento universal al arrepentimiento Juan el Bautista ni siquiera se exceptuó a sí mismo. "Yo necesito ser bautizado por ti," le dijo a Jesús cuando éste fue a él para ser bautizado, "¿y tú vienes a mí?" ¡Qué testimonio tan claro de la condición pecadora universal el género humano! Ni siquiera Juan el Bautista era una excepción. Predicaba la justicia; llamaba al pueblo al arrepentimiento. Pero antes de hacerlo se arrepentía él mismo. En la presencia de la santidad el Hijo de Dios Juan el Bautista, el mayor de los profetas, se confesaba pecador como los demás.

¿Fue la predicación de Jesús distinta de la de Juan el Bautista a este respecto? Juan el Bautista, enseñó la condición pecadora universal el género humano. ¿Repudió Jesús tal enseñanza?

También en este caso la respuesta es simple. Lejos de repudiar el ministerio de Juan el Bautista, Jesús le puso el sello inconfundible de su aprobación. "¿Qué salisteis a ver al desierto?" preguntaba. "¿Una caña sacudida por el viento?... ¿Qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. . . De cierto os digo : Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista..." No cabe duda de que Jesús consideró al austero predicador de la justicia como a su verdadero precursor. La preparación necesaria para el ministerio de Jesús fue, según el mismo Jesús, el reconocimiento de la condición pecadora universal que Juan el Bautista proclamó con tanto vigor.

Pero no podemos detenernos ahí. Jesús no enseñó la condición pecadora universal del género humano (y la necesidad universal consiguiente del arrepentimiento) sólo como aprobación del Bautista que enseñó tales cosas. No, Jesús también lo enseñó. ¿Recuerdan cómo refiere el Evangelio de Mateo la predicación con la que Jesús llegó a Galilea

después de que Juan el Bautista hubo sido encarcelado? Bien, la refiere con las mismas palabras que emplea para presentar la predicación del Bautista. "Arrepentíos," decía Jesús, "porque el reino de los cielos se ha acercado." Esto es palabra por palabra lo que Juan el Bautista había dicho. Al igual que su precursor, Jesús llamaba al arrepentimiento del pecado.

¿Dirigió Jesús ese llamamiento a todo el pueblo o sólo a algunos? ¿Dijo : "Arrepentíos, los que sois pecadores, si bien algunos de entre vosotros no necesitan arrepentirse"?

Hay un dicho de Jesús en los Evangelios que, si lo tomamos aislado, y cerramos los ojos por completo al contexto en el que se dijo, nos podría llevar a decir que Jesús se hizo excepciones en ese llamamiento al arrepentimiento. "No he venido," dijo, "a llamar a justos, sino a pecadores." Sin embargo, amigos míos, cuando examinamos este texto en su contexto y en relación con toda la enseñanza de Jesús, vemos que precisamente aquellos de entre los oyentes de Jesús que se consideraban justos y que no necesitaban arrepentimiento, fueron los que Jesús consideró que necesitaban más que nadie arrepentirse.

"Dos hombres," dijo Jesús, "subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, lo doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo : Dios, sé propicio a mi, pecador."

¿Cuál de esos dos hombres recibió el favor de Dios mientras oraba en el templo — el que se creyó que era una excepción en cuanto al llamamiento de Dios al arrepentimiento o el que se golpeó el pecho y se confesó pecador? Jesús nos lo dice con toda claridad. El publicano y no el fariseo regresó a su case justificado.

Amigos míos, qué terrible es el reproche repetido de Jesús para quienes se creen ser excepciones a la condición pecadora universal del género humano.

Un joven rico fue corriendo hacia Jesús un día, y le preguntó: "Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?" Jesús le mencionó una serie de mandamientos. El joven respondió, "Todo esto lo he guardado desde mi juventud." Jesús le dijo: "Una cosa le falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres." El joven se alejó apenado.

¿Creen que era malo ese joven? No, era bueno — en cuanto el hombre puede serlo. Se nos dice expresamente que cuando Jesús lo miró lo amó. Pero le faltaba algo; no era bueno en el sentido en que Dios mire la bondad.

No creo que lo más importante del relato sea eso de lo que el joven carecía. El punto básico es que a todos los hombres nos falta algo. Nadie alcanza el nivel que Dios establece; nadie puede heredar el reino de Dios si depende de su propia obediencia a la ley de Dios.

¿Se fijaron alguna vez en el incidente que precede inmediatamente a este episodio del joven rico en los tres Sinópticos — Mateo, Marcos y Lucas? Es el episodio en el que conducen a Jesús a los niños, cuando Jesús dijo a los discípulos, tal como refiere Marcos y también Lucas: "El que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él." Hay una relación profunda entre estos dos incidentes, al igual que la hay entre los mismos y la parábola del fariseo y el publicano que en Lucas está inmediatamente antes.

Hace unos años oí un sermón acerca del episodio del joven rico. Supongo que en el curso de mi vida habré oído otros sermones acerca del mismo, pero los he olvidado por completo. ¿Cuáles son los sermones que son fáciles de recordar? Creo que hay sermones en que el predicador mismo no predica sino que explica el significado de algún gran pasaje de la Palabra de Dios. Después de haber oído un sermón así, cuando volvemos a tropezarnos con dicho pasaje en la lectura de la Biblia, pensamos en la forma cómo el mensajero de Dios nos aclaró el significado; y volvemos a dar gracias a Dios por ello.



El sermón en el que estoy pensando en estos momentos es uno que predicó hace algún tiempo en una iglesia de Filadelfia mi colega el profesor R. B. Kuiper. Tomó el incidente del joven rico junto con el de los niños que fueron conducidos a Jesús, y mostró cómo ambos enseñan la misma lección — la lección de la impotencia total del hombre pecador y la necesidad absoluta de la gracia gratuita de Dios. Para entrar en el reino de Dios no se puede depender de nada que uno haga o sea. Se debe ser pobre, se debe ser niño. Se debe ser completamente pobre para poder entrar, se debe ser tan impotente como un niño. No se puede confiar en la propia bondad, porque nadie es bueno. Sólo se puede confiar en —la misteriosa gracia de Dios.

Debo decirles, amigos míos, que esa enseñanza no es algo que está en la periferia de la enseñanza de Jesús; forma parte del corazón mismo de su mensaje. El gran mensaje central de Jesucristo, más aún, también su obra básica del don de si mismo por los pecadores en la cruz, carecen por completo de significado a no ser que todos los hombres sin excepción merezcan la ira y maldición de Dios.

No, la enseñanza de Jesús no es en forma alguna una excepción a la enseñanza de la Biblia respecto a la condición pecadora universal del género humano. Según la Biblia toda, y en especial según Jesús, el género humano está perdido en el pecado.

La . Biblia no dice eso sólo en ciertos términos generales, lejanos. Lo dice de cada hombre. Lo dice de cada uno de nosotros. Según la Biblia, estamos perdidos en el pecado en estos momentos — a no ser que la gracia de Dios nos haya salvado.

Sí, nuestro propio corazón nos condena. Lo sabemos a no ser que tengamos la conciencia cauterizada como a fuego. Pero también hay otro que nos dice que todos somos pecadores. Nuestro propio corazón nos condena, pero Dios es mayor que nuestro corazón. Dios ha dicho que somos pecadores; nos lo ha dicho en su Santa Palabra desde el principio hasta el fin. Por esto puede decir el apóstol Juan, ante la enseñanza general de

la Biblia: "Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros."

Dios no miente, amigos míos. La Biblia tiene razón. Este mundo está perdido en el pecado, y también nosotros estamos perdidos en el pecado a no ser que el Espíritu Santo nos haya guiado o nos esté guiando en estos momentos a recurrir a la gracia de Dios que nos ha sido ofrecida libre y maravillosamente en Jesucristo nuestro Señor.

\*\*\*

## **CAPÍTULO 18**

### **CONSECUENCIAS DE LA CAIDA DEL HOMBRE**

En la charla anterior mencionamos que de acuerdo con la Biblia todos los hombres son pecadores observamos sobre todo que la enseñanza de Jesús no es una excepción respecto a esta condenación bíblica del género humano. Tanto en la enseñanza de Jesús como en el resto de la Biblia se nos dice que el género humano está perdido en el pecado.

Sin embargo, según Jesús, esa condición pecadora universal del género humano no es algo que sea propio del hombre por ser hombre. No es en forma alguna una parte necesaria de la naturaleza humana como tal.

Hay por lo menos dos maneras en que podemos demostrar por la enseñanza de Jesús que no lo es.

En primer lugar, Jesús manda a sus discípulos que sean perfectos como su Padre celestial es perfecto. No les hubiera podido mandar que fueran algo que Dios nunca tuvo la intención que fueran. Por tanto el pecado no es una parte necesaria de la naturaleza humana.

En segundo lugar, Jesús mismo ofrece un ejemplo de hombre sin pecado — una persona que tiene la naturaleza humana y con todo no tiene pecado. Esto también demuestra con claridad que el pecado no pertenece por necesidad a la naturaleza humana como tal.

El ejemplo de un hombre sin pecado que Jesús ofrece es el de su propia vida. En las palabras de Jesús tal como figuran en los Evangelios no hay vestigio ninguno de conciencia de pecado. Jesús enseñó a sus discípulos a orar, "Perdónanos nuestras deudas," pero él no oró así. Dice a sus discípulos, "Pues si vosotros, siendo malos," pero no dijo, "Si nosotros, siendo malos." No se incluyó a sí mismo en esa condición pecadora que atribuye a otros hombres. Tenemos en esto sólo un ejemplo de algo muy extraño que se percibe a lo largo de todas las palabras de Jesús tal como se refiere en los Evangelios — a saber, la extraña separación que Jesús siempre mantiene entre sí mismo y sus oyentes en el asunto de la relación con Dios y en particular en el asunto del pecado. Jesús nunca dice "Padre nuestro" a Dios, poniéndose en el mismo nivel que sus discípulos con ese "nuestro," y desde luego que nunca se pone a sí mismo al nivel que los discípulos en ninguna confesión de pecado. Creo que a veces hemos fallado en no prestar atención suficiente a ese hecho estupendo. ¡Imaginemos a algún otro maestro que días a sus oyentes, "Pues si vosotros, siendo malos"! ¡Qué abominable parecería en otros labios que no fueran los de Jesús! Cualquier otro maestro religioso diría, "Si todos nosotros — vosotros y yo —, siendo malos, sabemos dar buenas dádivas a nuestros hijos." Pero Jesús dice, "Pues si vosotros, siendo malos. "

En este caso como siempre, Jesús se disocia con claridad absoluta de la humanidad pecadora. Todo el género humano, enseña Jesús, está perdido en el pecado, pero él está sin pecado. No cabe duda de que es un hecho muy raro.

¿Será acaso porque Jesús no fue hombre? No, esa explicación es absurda. Los Evangelios en todas sus partes presentan a Jesús como verdadero hombre, y Jesús también se presenta así. Bien, entonces, en Jesús tenemos a un hombre sin pecado. Esto muestra con claridad suma que el pecado no forma parte necesaria de la naturaleza humana. No es algo que constituya la naturaleza del hombre como tal.

Pero entonces se suscita un problema muy grave. Si el pecado no es parte necesaria de la naturaleza humana, ¿cómo puede ser que todo el género humano, con una sola excepción, esté compuesto de pecadores? ¿Cómo se puede explicar esta soberanía extrañamente uniforme del pecado?

El mismo problema se plantea por lo que hemos dicho en charlas anteriores de esta serie. Hemos observado que el hombre fue creado bueno. Dios creó al hombre a su imagen, en conocimiento, justicia y santidad. Bien, entonces, si Dios creó al hombre bueno, ¿cómo se explica que digamos ahora que todos los hombres son malos? ¿Cómo entró el pecado en el género humano?

Este problema no es puramente teórico; no es algo que nazca de simple curiosidad. Por el contrario, es un asunto de la mayor importancia. De las respuestas equivocadas a esa pregunta de cómo los hombres se han vuelto pecadores nacen respuestas equivocadas a la pregunta de qué es el pecado y de respuestas equivocadas a la pregunta de qué es el pecado procede el continuar en el pecado y el apartarse de la gracia de Dios. Creo que es algo de suma importancia para nuestras almas que aclaremos de una vez por todas este asunto en nuestras cabezas.

Repitamos .cuál es el problema. El hombre fue creado bueno. ¿Cómo se explica entonces que todos los hombres de la tierra sean ahora malos? ¿Qué produjo este cambio sorprendente de bondad a maldad?

Parece desde luego que deberíamos tener por lo menos un indicio de la respuesta adecuada en lo que hemos dicho en las charlas precedentes de esta serie. Hemos visto cómo entró el pecado en el mundo. Entró por el pecado de Adán. Si pues la Biblia nos dice que todos los hombres, que descienden de Adán por generación física normal, son pecadores, sin duda que es lógico que digamos que esa condición pecadora universal de los descendientes de Adán se debió al pecado de Adán. Es lógico que digamos que los descendientes de Adán no comienzan a vivir sin pecado como Adán comenzó, sino que

comienzan la vida manchados en alguna forma a otra con el pecado que Adán cometió. Un efecto uniforme parece exigir una causa única.

En cuanto al modo exacto en que todo el género humano participa en el pecado de Adán, ha habido opiniones diferentes en la Iglesia. Algunos han sostenido que el género humano forma una unidad tan compacta que lo que Adán hizo lo hicieron en realidad todos los hombres. El género humano, afirman esas personas, estaba como concentrado en Adán, de modo que el acto de Adán fue el acto de cada uno de nosotros.

Es perfectamente evidente que esta idea contradice tanto el sentido común como la Biblia. El género humano, tanto según el sentido común como según la Biblia, está compuesto de infinidad de personas, no de una persona; por tanto no se puede decir que lo que Adán hizo lo hiciera de hecho cada uno de sus descendientes. Yo he cometido muchos errores en mi vida, pero desde luego que no comí el fruto prohibido en el huerto del Edén. Eso no lo hice yo; lo hizo otra persona, Adán.

Cómo se explica, entonces, que todo el género humano y no tan sólo Adán esté implicado en el primer pecado de Adán?

Voy a citarles lo que dice el Catecismo Menor a este respecto, y luego les voy a preguntar si lo que el Catecismo dice está de acuerdo o no con la Biblia.

"¿Cayó todo el género humano en la primera trasgresión de Adán?" Esta es la pregunta. Veamos la respuesta. "Ya que el pacto fue hecho con Adán, no sólo en beneficio suyo sino de toda su descendencia, todo el género humano, que desciende de él por generación ordinaria, pecó en él, y cayó con él, en su primera trasgresión."

Recordarán qué significa la palabra pacto. Es el pacto de obras o de vida, que vimos contenía requisitos tan sencillos. Si Adán guardaba a la perfección los mandamientos de Dios — decía el pacto — viviría; si desobedecía, moriría.

Pero ahora el Catecismo Menor dice que el pacto se hizo con Adán no sólo en beneficio suyo sino en el de su posteridad. ¿Qué fundamento bíblico tiene para decirlo?

Creo que ya el libro de Génesis, en el que se refiere la caída de Adán, indica con bastante claridad que el Catecismo Menor tiene un buen fundamento bíblico. Si Adán transgredía, moriría. La muerte iba a ser el castigo de la desobediencia. Y transgredió. ¿Qué sucedió entonces? ¿Fue Adán el único que murió? ¿Comenzaron sus descendientes donde él comenzó? ¿Se puso ante ellos de nuevo la misma alternativa entre vida y muerte que Adán tuvo ante sí? En absoluto. El libro de Génesis indica lo contrario con suma claridad. No, los descendientes de Adán, antes de que decidieran nada en forma individual, ya habían recibido ese castigo de la muerte. El libro de Génesis parece considerar esto como un hecho obvio.

¿Qué significa, pues, esto? Significa que cuando se hizo ese pacto de vida con Adán se hizo con el que Dios había constituido representante de la raza humana. Si obedecía los mandamientos de Dios, todos sus descendientes vivirían; si desobedecía, toda la raza moriría. No veo cómo el relato, si se toma en conjunto, pueda significar algo distinto.

Esta forma de ver el hecho, que está implícita en el libro de Génesis, se vuelve más explícita en ciertos pasajes importantes del Nuevo Testamento. En la parte final del capítulo quinto de Romanos, sobre todo, el apóstol Pablo lo aclara bien. "Por la trasgresión de uno," dice, "vino la condenación a todos los hombres." "Por la desobediencia de un hombre," dice en el versículo siguiente, "los muchos fueron constituidos pecadores." En estas palabras y en todo este pasaje tenemos la gran doctrina de que cuando Adán pecó lo hizo como representante de la raza humana, de modo que es del todo correcto decir que todo el género humano pecó en él y cayó con él en esa su primera trasgresión.

Todo el género humano no pecó de hecho cuando Adán pecó, porque el género humano todavía no existía. No podemos decir que los descendientes de Adán comieran el fruto prohibido con algún acto personal, porque cuando ese fruto fue comido no existían

todavía ni sus voluntades ni sus personas. No se puede hablar, en sentido estricto, de una voluntad colectiva de la humanidad llevó a cabo ese acto pecaminoso.

¡Pero qué relativamente ligero es el error de los que afirman que sí existe una voluntad colectiva de la humanidad y que esa voluntad colectiva realizó ese acto pecaminoso en comparación con el error de los que dicen que la humanidad no participó en modo alguno en el pecado de Adán! Qué superficial es el error de los que dicen que todo el género humano pecó de hecho cuando Adán cayó en comparación con el error de los que afirman que el género humano no pecó en absoluto, no pecó en ningún sentido, cuando Adán cayó! La Biblia enseña claramente que Adán pecó como representante de todo el género humano, y que las mismas consecuencias que ese pecado tuvo para él las tuvo también para toda su posteridad.

Adán fue el representante de todo el género humano por voluntad de Dios. No podemos comprender lo suficiente los consejos divinos como para decir con exactitud por qué Dios lo quiso así, pero sí podemos ver que en ello hubo una conveniencia grande. Hay un vínculo profundo y misterioso entre el padre y el hijo. Así también hay un vínculo profundo y misterioso entre Adán y la raza toda de sus descendientes. Si hubiera sido hecho representante de los ángeles o de alguna otra clase de seres distintos, entonces sí resultaría difícil hallar alguna conveniencia en tal decisión. Pero que fuera hecho representante de sus propios descendientes, tiene una cierta analogía con otras cosas que Dios hace, y al considerarlo podemos descubrir algo de la sabiduría y armonía perfectas que se encuentran siempre en el trato de Dios con sus criaturas.

Cuando Adán pecó, pues, todo el género humano pecó en él y cayó con él. Todas las consecuencias que esa su primera trasgresión tuvo para él las tuvo también para su posteridad.

Es acertado, por tanto, que la siguiente pregunta del Catecismo Menor dice no "¿En qué estado colocó la caída a Adán?" sino "¿En qué estado colocó la caída al género humano?" Debemos estudiar las consecuencias del primer pecado de Adán para toda la humanidad.

El Catecismo Menor dice en su respuesta a la pregunta que acabamos de citar que esas consecuencias del primer pecado de Adán se pueden sintetizar diciendo que la caída condujo al género humano a un estado de pecado y miseria.

¿En qué consiste, entonces, la condición pecaminosa de ese estado en el que la caída colocó al género humano?

La respuesta del Catecismo Menor a esa pregunta es una de las más importantes de esa maravillosa síntesis de la enseñanza bíblica. Confío en que me presten suma atención ahora; y luego si les quedan dificultades acerca de ello confío en que me permitirán intentar demostrarles en la próxima charla cómo, a pesar de esos interrogantes y dificultades, la enseñanza de la Biblia acerca de este tema supera con triunfo y majestad los ataques de las ideas contrarias. Deseo sobre todo que vean que estos problemas no son simples sutilezas teológicas, sino que son de gran importancia para todos y cada uno, hombres, mujeres y niños.

Tomemos como base de nuestra exposición esa importante respuesta del Catecismo Menor a la pregunta referente a la condición pecaminosa del estado en que la caída colocó al género humano. "La condición pecaminosa de ese estado en que los hombres cayeron," dice el Catecismo Menor, "consiste en la culpa del primer pecado de Adán, la carencia de justicia original, y la corrupción de toda su naturaleza, lo cual se suele llamar pecado original; además todas las transgresiones de hecho que proceden del mismo."

Lo primero que dice esa respuesta es que la culpa del primer pecado de Adán recayó sobre todos sus descendientes. Todo hombre que desciende de Adán por generación natural viene al mundo con la carga del terrible castigo que Dios lanzó sobre la desobediencia.

Quizá algunos llenos de horror alcen las manos ante lo dicho. ¿Cómo, quizá digan, puede una persona llevar la culpa del pecado de otra? ¿Cómo se puede suponer que antes de que



un niño haya hecho nada bueno o malo haya sido ya castigado por lo que Adán hizo hace tanto tiempo?

Bien, me gustaría indicarles que si es imposible por la naturaleza misma de las cosas que una persona lleve la culpa de los pecados de otra, entonces ninguno de nosotros tiene ni la más mínima esperanza de salvarse y el evangelio es todo él un engaño y una trampa. En la entraña misma del evangelio está la enseñanza de la Biblia de que Jesucristo, quien no tuvo pecado, llevó la culpa de nuestros pecados en la cruz. Si eso es verdad, entonces no podemos decir que sea imposible que una persona cargue con la culpa de los pecados .de otra.

El apóstol Pablo insiste en esta analogía en la parte final del capítulo quinto de Romanos. En esa parte de dicho capítulo hallamos la gran doctrina bíblica que se llama doctrina bíblica de la imputación.

Esa doctrina, si se toma tal como la Biblia en conjunto la proclama, implica tres grandes actos de imputación. Primero, el primer pecado de Adán se imputa a sus descendientes. Segundo, los pecados de los que son salvos se imputan a Cristo. Tercero, la justicia de Cristo se imputa a los que son salvos.

Cuando la Biblia enseña que los pecados de los que son salvos se imputan a Cristo, esto significa que Cristo en la cruz llevó el castigo que con razón pertenece a los que son salvos. Cristo no merecía la muerte; no había pecado. Con todo sufrió como si hubiera pecado. Dios lo trató como si hubiera pecado, si bien no era pecador. El pecado por el que murió no fue un pecado que él hubiera cometido; fue nuestro pecado el que se le imputó.

Así pues, cuando la Biblia enseña que la justicia de Cristo se impute a los que son salvos, esto no significa que los que son salvos Sean de hecho justos. Por el contrario, son pecadores. Pero reciben la recompense bendita de la vida que la justicia de Cristo mereció. La justicia de Cristo no es de hecho de ellos, sino que se lea impute.

Luego, por fin, cuando la Biblia enseña que la primera trasgresión de Adán se imputó a sus descendientes, esto no significa que esos descendientes hubieran cometido de hecho esa primera trasgresión. Pero el castigo que Dios impuso por ese pecado de Adán cayó sobre ellos. Adán cometió esa primera trasgresión como representante suyo. Tanto ellos como él llevaron el castigo.

Escuchemos la forma maravillosamente clara en que se enseña esto en el capítulo quinto de Romanos

"Así que, como por la trasgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno, los muchos serán constituidos justos. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos."

"Por la trasgresión de uno vino la condenación a todos los hombres . . . por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores" — aquí tenemos, expresada, con una claridad difícil de superar, la doctrina de la imputación del pecado de Adán a su posteridad. Todo el género humano, que desciende de Adán por generación ordinaria, llevó el castigo que Dios impuso por la primera trasgresión de Adán.

¿Significa, entonces, esa doctrina de la imputación del pecado de Adán a su posteridad que los descendientes de Adán, aunque sean buenos en sí mismos, con todo sufren el castigo del pecado de Adán? ¿Significa que las personas buenas, debido a lo que Adán hizo hace tanto tiempo, reciben de Dios el mismo trato que si fueran malas, sufriendo, aunque sean buenas, muchas desgracias en esta vida y los dolores del infierno para siempre?

No, no significa de ningún modo esto. Por el contrario, todo el que sufre el castigo del pecado de Adán es también malo en sí. En realidad, la maldad va necesariamente implicada en ese mismo castigo.

Dios dijo a Adán que si desobedecía moriría. ¿Qué significado tiene esa muerte? Bien, incluye la muerte física; de esto no cabe duda. Pero, por desgracia, también incluye mucho más que la muerte física. Incluye la muerte espiritual; incluye la muerte del alma para lo que es bueno; incluye la muerte del alma para Dios. El terrible castigo de ese pecado de Adán fue que Adán y sus descendientes murieron en transgresiones y pecados.

Cuando digo esto, no quiero decir que Dios es el autor del pecado, ni del pecado que procede de otro pecado anterior ni de ninguna otra clase de pecado. Pero sí quiero decir que como justo castigo del pecado de Adán, Dios retiró su favor y las almas de todo el género humano quedaron espiritualmente muertas.

Esa muerte espiritual se describe en el Catecismo Menor en las palabras que siguen a las palabras, "la culpa del primer pecado de Adán," que hemos tratado de explicar. "La condición pecadora de ese estado en que el hombre cayó," dice el Catecismo Menor, "consiste en la culpa del primer pecado de Adán, la carencia de justicia original, y la corrupción de toda su naturaleza, lo cual se suele llamar pecado original; además todas las transgresiones de hecho que proceden del mismo." El deseo de justicia original y la corrupción de toda su naturaleza, en la que la caída colocó al género humano, constituyen la muerte espiritual.

Esa carencia de justicia original, esa corrupción de toda la naturaleza del hombre, esa muerte espiritual, es en sí mismo pecado. No es sólo la base del pecado, el sustrato del pecado, la raíz de la que procede el pecado. Es, en verdad, todo esto. Todas las transgresiones de hecho, proceden de él. Pero es más que la base o sustrato del pecado. Es el pecado mismo. El alma que está espiritualmente muerta, el alma que está corrompida con esa corrupción horrenda, ya no es pecadora sólo por la culpa imputada de la primera transgresión de Adán. No, es pecadora por, derecho propio. No es culpable sólo por la culpa de Adán sino por la de su propio pecado. Merece castigo eterno porque ella misma es ahora pecadora.

Muchas preguntas brotan en la mente , de muchas personas respecto a esa doctrina Bíblica del pecado original. "¿Es el hombre realmente responsable," preguntan, "de una corrupción de su naturaleza que no puede evitar, de una corrupción de la naturaleza con la que nació? ¿Se le puede en realidad mandar que haga algo que no tiene la capacidad de hacer? ¿Se le puede, en realidad mandar que sea algo que no puede ser?"

Si tales interrogantes brotan en su mente, les ruego que esperen a la próxima charla en la que trataremos de contestarlos.

\*\*\*

## **CAPÍTULO 19**

### **¿QUÉ ES EL PECADO ORIGINAL?**

En la última charla hablamos de la forma en que todos los hombres vinieron a ser pecadores. Dios hizo un pacto con Adán. Si obedecía perfectamente los mandamientos de Dios, viviría. Si desobedecía, moriría. La muerte con la que iba a morir era más que muerte física. Era también muerte espiritual. Significaba la muerte del alma a lo bueno y a Dios, una profunda corrupción de la naturaleza toda del hombre.

Ese pacto, dijimos también que se hizo con Adán no sólo para él sino para su posteridad. Fue hecho con Adán como representante de toda la raza humana, y lo que significó para Adán, lo significó por tanto también para todo el género humano. Si hubiera observado el pacto, no sólo él sino todo el género humano habría vivido. Ya no habría habido más pruebas; ya no habría habido más peligros. El género humano habría tenido no sólo la justicia que había sido suya cuando Adán fue creado, sino que habría poseído una justicia garantizada: la posibilidad misma habría sido eliminada.

De hecho, sin embargo, Adán no guardó el pacto : pecó contra Dios al comer del fruto prohibido. La consecuencia fue que no sólo él sino todo el género humano recibió el

castigo terrible impuesto a la desobediencia. El castigo fue la muerte — la muerte física y además la mucho más terrible muerte espiritual, la muerte del alma a lo bueno, la muerte del alma a Dios.

Así pues todo el género humano por la caída se corrompió y quedó del todo incapacitado para agradar a Dios. Los pecados individuales que los hombres cometen no son sino manifestaciones de esa corrupción profunda de la naturaleza humana. El fruto está corrompido porque el árbol lo está.

En esto consiste, según el Catecismo Menor, y según la Biblia, la condición pecadora de ere estado en el que el hombre cayó.

Pero el Catecismo Menor, siempre de acuerdo con la Biblia, dice que el estado en el que el hombre cayó fue un estado no sólo de pecado sino también de calamidad.

¿Cuál, pues, es la calamidad de ere estado en el que el hombre cayó? El Catecismo Menor responde con palabras que por lo menos son sumamente fáciles de entender. "Todo el género humano," dice, "con la caída, perdió la comunión con Dios, se encuentra bajo su ira y maldición, y se ha hecho vulnerable a todas las calamidades de esta vida, a la muerte misma, y a los tormentos del infierno para siempre."

¿Creen que es necesaria una exposición minuciosa para demostrar que era respuesta está de acuerdo con la Biblia? Me inclino a pensar que no, amigos míos. Basta repasar de memoria la Biblia para darse cuenta de que el Catecismo Menor acierta por completo.

"Todo el género humano con la caída, perdió la comunión con Dios." En el libro de Génesis tenemos una descripción muy vívida de esa pérdida:

"Y oyeron (Adán y Eva) la voz de Jehová que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto." Habían pasado los días en que Dios conversaba con Adán como con un hijo;

había desaparecido el gozo que Adán encontraba antes en la presencia de Dios. Ahora se escondía de Dios, y muy pronto una espada de fuego lo apartó del huerto en el que había gozado de comunión con su Padre celestial. La Biblia no pierde desde luego tiempo en dejar bien claro que todo el género humano por la caída perdió la comunión con Dios.

La Biblia deja igualmente claro que todo el género humano con la caída vino a colocarse bajo la ira y maldición de Dios. La doctrina de la ira de Dios no es popular, pero .no hay otra doctrina que esté tan omnipresente en la Biblia como ésta. Pablo le dedica una parte considerable de tres de los ocho capítulos de la gran Carta a los Romanos que consagra a la exposición —del mensaje de salvación, y trata por todos los medios de demostrar que todos los hombres están bajo la ira de Dios a no ser que hayan sido salvos por su gracia. Pero en ese pasaje de los tres primeros capítulos de Romanos no hay nada que sea ajeno al resto de la Biblia. Dicho pasaje sólo expone en una forma exhaustiva lo que se presupone desde Génesis hasta Apocalipsis y está explícito en innumerables pasajes.

¿Constituye la enseñanza de Jesús una excepción a esa presencia constante de la ira de Dios en la Biblia? Bien, se podría creer que así es si escucháramos sólo lo que el sentimentalismo moderno dice acerca de Jesús de Nazaret. Los hombres del mundo, que no han nacido nunca de nuevo, que nunca han llegado a la, convicción de pecado, se han fabricado un Jesús que les conviene, un sentimental frágil que predicó; solo el amor de Dios y nada dijo acerca de la ira de Dios. Pero el Jesús real fue muy diferente; ese es el Jesús que encontramos en nuestras fuentes históricas de información. El Jesús real ciertamente proclamó a un Dios que, como decía el Antiguo Testamento que él reverenciaba como Palabra de Dios, es "fuego consumidor." Terrible fue también la ira de Jesús tal como la describen los Evangelios, una indignación honda y abrasadora contra el pecado; y terrible es en verdad la ira del Dios que predicó como Señor de cielos y tierra. No, no se puede eludir la enseñanza de la Biblia acerca de la ira de Dios apelando a Jesús de Nazaret. Las exposiciones más terribles de la Biblia acerca de la ira de Dios son las que se hallan en las palabras de nuestro bendito Salvador.

Por fin el Catecismo Menor dice que todo el género humano por la caída "se hizo vulnerable a todas las calamidades de esta vida, a la muerte misma, y a los tormentos del infierno para siempre." También en esto es perfectamente evidente la base bíblica, y en la entraña misma de esa base bíblica encontramos lo que Jesús dijo. ¿Dónde se encuentran las descripciones más terribles del infierno en toda la Biblia? En Apocalipsis, quizá digan. Bien, no estoy muy seguro. Por lo menos son igualmente terribles las que se encuentran en la enseñanza de Jesús. Jesús es quien habla del pecado que no será perdonado ni en este mundo ni el mundo venidero; Jesús es quien habla del gusano que no muere y del fuego que no se extingue; Jesús es quien nos expone el relato del rico y de Lázaro y del abismo que los separaba; Jesús es ~ quien dice que le es más provechoso al hombre entrar en la vida con un ojo, que parar con los dos al fuego del infierno. Repasemos con la mente la enseñanza de Jesús, y creo que nos quedaremos realmente sorprendidos de ver lo omnipresente que está en su predicación el pensamiento del infierno. Aparece en el Sermón del Monte; aparece desde luego en el gran capítulo sobre el juicio; el veinticinco de Mateo; aparece en pasajes demasiado numerosos para mencionarlos todos. No es algo que esté en la periferia de su enseñanza, sino que está en la medula y entraña de la misma.

No creo que entendemos siempre con la debida claridad cuán grande es la divergencia a este respecto entre —la enseñanza de Jesús y la predicación actual. A los hombres de hoy lea interesa este mundo. Han perdido la conciencia de pecado, y con ello han perdido el temor del infierno. Han tratado de hacer del Cristianismo una religión de este mundo. Han elaborado el llamado "evangelio social." Han venido a considerar al Cristianismo como un simple programa que ayuda a introducir las condiciones del reino de Dios en la tierra, y se muestran tremendamente impacientes cuando alguien lo considera como un medio para entrar en el cielo y evitar el infierno.

Lo extraño en esa manera de pensar no es que los hombres la adopten. El pensamiento del infierno desde luego que no es del agrado de hombres que no han nacido de nuevo; es una ofensa para el hombre natural. Pero lo que es realmente extraño es que en apoyo de esta forma mundana de pensar recurran a Jesús de Nazaret.

De hecho la enseñanza de Jesús se centra por completo en el pensamiento del cielo y del infierno

"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón."

"Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quien debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed."

Estas palabras son típicas de la enseñanza de Jesús. La enseñanza de Jesús es sobre todo de otro mundo. Quien cree que es esencialmente un programa para este mundo no tiene ni un vislumbre de lo que significa. Que nadie que crea que el temor del infierno debiera excluirse de la mente de los no regenerados piense que entiende en lo más mínimo lo que Jesús vino a decir y a hacer a este mundo.

Pero por favor traten de entender con exactitud por qué me refiero ahora a este tema. No lo hago con la intención de exponer lo que la Biblia dice acerca de la vida futura. Esto formaría parte de otra serie de charlas. Mi propósito no es éste. He mencionado la enseñanza bíblica acerca del infierno simplemente porque es necesario para entender lo que la Biblia enseña acerca del pecado. Lo terrible del castigo del pecado muestra mejor que ninguna otra cosa lo odioso que es el pecado a los ojos de Dios.

He tratado de presentarles en simple síntesis algo así como el cuadro completo — la culpa del hombre por imputación de la culpa del primer pecado de Adán, el hombre que sufre por tanto la muerte como castigo de dicho pecado, no sólo muerte física sino también la muerte espiritual que consiste en la corrupción de toda la naturaleza del hombre y en su total incapacidad de agradar a Dios, el hombre que cae en transgresiones personales sin fin como consecuencia de la corrupción del corazón, el hombre que va camino del castigo



eterno en el infierno. Ese es el cuadro que ofrece la Biblia. El género humano, según la Biblia, es una raza perdida, perdida en pecado; y el pecado no es sólo una desgracia, algo que clama el ardor de la divina indignación. Nada impuro puede resistir la terrible justicia de Dios; y el hombre es impuro, ha transgredido la santa ley de Dios, está sujeto a su horrendo castigo.

En esta presentación del cuadro completo; creo que tanto ustedes como yo hemos quedado impresionados con el hecho de que los hombres de hoy en su mayoría no aceptan nada del mismo. No admiten que todo el género humano esté perdido en el pecado. Recuerdo un culto al que asistí hace algunos años en una inglecita de un hermoso pueblo. El predicador se salía fuera de lo corriente tanto en cultura como en fervor moral. No recuerdo su sermón (excepto que fue una glorificación del hombre); pero sí recuerdo algo que dijo en oración. Citó ese versículo de Jeremías que dice que el corazón del hombre es "engañoso... más que todas las cosas, y perverso," y luego dijo en la oración, más o menos esto: "Oh Señor, tú sabes que ya no aceptamos esta interpretación; sino que creemos que el hombre obra bien siempre que sabe cómo hacerlo." Bien, por lo menos era sincero. En estos tiempos tenemos muy buena opinión de nosotros mismos, y por tanto, ¿por qué no hacérselo saber al Señor? ¿Por qué seguiríamos citando con aire compungido confesiones de pecados de la Biblia si en realidad no creemos ni una sola palabra de las mismas? Creo que la oración de ese predicador fue equivocada — muy equivocada — pero también creo que quizá ,no fue tan equivocada como las de aquellos predicadores que han descartado el mensaje central de la Biblia tanto como aquel y con todo lo ocultan con el empleo del lenguaje tradicional. Por lo menos esa oración planteó con claridad la diferencia entre la idea bíblica de pecado y el paganismo del credo moderno: "Creo en el hombre."

En la raíz de todo lo que la Biblia dice está la triste verdad de que el género humano está perdido en el pecado.

Antes de pasar a hablar de la salvación del pecado quiero decirles algo más acerca de esa verdad.

La Biblia enseña, como dijimos, que todos los hombres vienen a este mundo como pecadores, con la naturaleza corrompida, de la cual proceden todas las transgresiones personales. Esta es la doctrina del pecado original. Los principales ataques modernos han sido precisamente contra esa doctrina del pecado original; y quiero decirles algo acerca de esos ataques a fin de que la doctrina bíblica atacada quede todavía más clara.

El ataque contra la doctrina del pecado original ha quedado vinculada al nombre de un monje británico que vivió hacia finales del siglo cuarto y principios del quinto después de Cristo. Su nombre fue Pelagio. De él ha recibido el nombre toda la familia de pelagianos. Hay millones de ellos hoy día, y la mayoría de los mismos ni siquiera saben que Pelagio existió.

Al igual que muchas otras personas que han perjudicado mucho a las almas de los hombres, Pelagio parece haber sido un hombre muy respetable. Su gran adversario tuvo cuidado en decir, creo, que reconocía lo atractivo de la vida de Pelagio en muchos sentidos y que nada personal tenía contra él.

El adversario de Pelagio fue uno de los hombres más importantes de toda la historia de la Iglesia. Su nombre fue Agustín. La controversia entre Agustín y Pelagio es una de las más famosas de la historia de la humanidad. Y con razón. En esa controversia pelagiana se discutió uno de los puntos neurálgicos de la Iglesia cristiana.

Por fortuna la historia de la controversia nos ha sido descrita por la pluma de uno de los grandes historiadores de la teología, el difunto profesor Benjamin Breckinridge Warfield, en un ensayo titulado "Agustín y la Controversia Pelagiana," con el que contribuyó en forma original a la Library of the Nicene and Post-Nicene Fathers y que ha sido editado en el volumen titulado Studies in Tertullian and Augustine de sus obras completas. Del Dr. Warfield he sacado mucho de lo que voy a decir acerca de Pelagio. Esto me conduce a reconocer en general con respecto a esta serie de charlas que no pretendo ser original, y que en la preparación de cada una de estas charlas me ha aprovechado mucho, por

ejemplo, la lectura de la sección pertinente de la Teología Sistemática de Charles Hodge. Creo que es un gran error suponer que nadie antes de ahora haya entendido nada de lo que la Biblia enseña; y en cuanto a mi me produce gran gozo tratar de permanecer en la gran corriente de la Fe Reformada. Si consigo mostrarles algo de lo que contiene ese gran sistema doctrinal y algo de la base que tiene en la Palabra de Dios, el propósito de estas charlas se habrá alcanzado plenamente.

Pero ya es hora de que volvamos a Pelagio y a su ataque contra la doctrina Bíblica del pecado original.

Frente a esa doctrina — aunque desde luego, supuso, aunque equivocadamente, que su enseñanza estaba de acuerdo con la Biblia — Pelagio dijo que el hombre, lejos de nacer con una naturaleza corrompida, viene a la vida tal como era Adán al comenzar la suya, perfectamente capaz de escoger entre el bien y el mal. En realidad, decía, si el hombre no tuviera la capacidad para escoger entre el bien y el mal, no se lo podría considerar responsable de sus actos. No es de nada que no pueda evitar. Así que, si el hombre naciera — aunque no ha sido así, decía Pelagio — con una naturaleza corrompida, esa corrupción no sería pecado. El pecado es algo propio de actos personales; sólo se da cuando el hombre puede escoger entre el bien y el mal y cuando de hecho escoge el mal.

Parece evidente que esa doctrina de Pelagio implica por lo menos dos cosas. En primer lugar, implica una idea determinada de lo que es el pecado; y en segundo lugar, implica una negación de cualquier efecto notable del pecado de Adán en su posteridad.

Consideremos por unos momentos estas dos cosas.

En primer lugar, consideremos esta noción pelagiana de que el pecado sólo se da en actos pecaminosos y que al hombre no se le puede imputar una corrupción de la naturaleza que no puede evitar.

Cuando se considera, se ve que en realidad es del todo absurdo. Supongamos que alguien ha cometido un homicidio o un robo. Supongamos que somos lo suficientemente anticuados para decirle que creemos que no debería haberlo hecho. ¿Qué nos responde si, de acuerdo con la enseñanza de Pelagio, supone que no se le puede reprochar al hombre por esa corrupción de la naturaleza que forma el sustrato de sus actos personales?

Bien, nos dice que estamos muy equivocados en censurarlo. "¿Me censuran," dice, "por cometer ese homicidio o robo?" No deberían hacerlo. Admito que esos actos parecen malos; pero, comprendan que soy malo y por tanto no puedo evitar hacer estas cosas malas. Y si no lo puedo evitar, no se me puede censurar. No he hecho más que actuar de acuerdo con mi naturaleza. Si alguien bueno hiciera cosas malas lo podrían censurar, pero que las haga alguien malo es lo lógico; no hace más que actuar de acuerdo con su naturaleza, y nunca habría que censurarlo por ello."

Bien, quizá me impresione lo que me dice ese amigo asesino; pero a pesar de ello no me puedo quitar el sentir que el homicidio y el robo son reprobables, y que nadie debería dedicarse a ello demasiado. Me digo, pues, que debería poder censurar a alguien por cometer homicidios y robos. Pero ese amigo asesino me ha dicho que se puede censurar a los buenos si cometen homicidios o robos. Salgo, pues, a buscar a tales personas. Pero entonces descubro algo sorprendente, a saber, que los buenos no cometen homicidios ni robos. Por tanto a nadie puedo censurar por esos actos. No puedo censurar a los malos, porque no pueden evitar cometer dichos actos; los cometen como consecuencia de su naturaleza mala. Ni puedo censurar a los buenos por cometerlos, porque los buenos no hacen tales cosas. Al parecer, pues, estaba equivocado en pensar que tales actos merezcan una censura moral. Al parecer después de todo ni el homicidio ni el robo merecen censura.

Quizá digan que tal conclusión es absurda. Quizá lo sea; pero es exactamente la conclusión que predomina en forma alarmante en la mentalidad actual. Multitud de personas niegan la noción misma de obligación moral; niegan que se pueda censurar a nadie por homicidio, robo, adulterio o cualquier otro pecado. y Por qué piensan así?

Simplemente porque no aceptan ni la noción pelagiana ni la noción bíblica de pecado; y por ello simplemente niegan que exista el pecado.

No aceptan, en primer lugar, la noción pelagiana de que las acciones malas se deban simplemente a una elección mala de una voluntad que estaba en perfectas condiciones de escoger entre el mal o el bien. Los hechos desmienten esta noción pelagiana. El más elemental estudio de la criminología muestra que en la raíz de la acción mala está la naturaleza mala del criminal y, en realidad aunque nos adelantamos a sugerir otro punto — la naturaleza mala con la que el criminal vino a este mundo.

Pero estas personas de las que estoy hablando también rechazan la doctrina bíblica. Rechazan la doctrina de que las acciones malas que proceden de una naturaleza mala, y en realidad la misma naturaleza mala, merezcan censura.

Bien, entonces, si las acciones malas que proceden de la naturaleza mala de los criminales no merecen condenación moral, y si la naturaleza mala misma tampoco es algo por lo que se pueda censurar al criminal, y si los buenos, los que tienen una naturaleza buena, no cometen acciones malas, se sigue que nada ni nadie merece condenación, y llegamos por tanto a la doctrina profundamente amoral de la criminología moderna de que no existe eso que se llama obligación moral y que el crimen es una enfermedad.

El único camino de salida del abismo de esa doctrina, que caso de predominar en forma permanente conduce a la ruina de la civilización, para no decir nada de lo que puede producir en la otra vida, es simplemente volver a la doctrina bíblica de que al hombre sí se lo puede condenar moralmente por lo que no puede evitar y sobre todo que si se lo puede condenar y Dios lo condena por la naturaleza pecadora con la que nació.

La Biblia enseña con claridad en primer lugar que las acciones pecaminosas proceden de la naturaleza corrompida del hombre que las comete, y en segundo lugar que esa misma corrupción de la naturaleza es pecado. Pero voy a pedirles que piense en esto en una

forma un poco más completa al comienzo de la siguiente charla, a fin de que entonces, una vez hayamos hablado del pecado, podamos pasar a hablar de la salvación.

\*\*\*

## **CAPÍTULO 20**

### **PECADORES SALVADOS POR LA GRACIA**

En la conclusión de la charla anterior, hablamos del gran ataque que se ha lanzado contra la doctrina bíblica del pecado original.

El ataque lo comenzó a comienzos del siglo primero Pelagio, el contrincante de Agustín, pero en una forma a otra ha proseguido a lo largo de la era cristiana, y hoy día reviste especial intensidad.

El pelagianismo, dijimos, implica una cierta idea, primero, de lo que es el pecado, y, segundo, de los efectos del pecado de Adán en su descendencia. Al final de la última charla les hablé del primero de estos dos temas — a saber, de la idea pelagiana —de la naturaleza del pecado.

Según el concepto pelagiano, de acuerdo con la lógica de esa manera de pensar, el pecado es algo propio de los actos personales; no es algo como el estado permanente del alma. La voluntad, según Pelagio, tiene poder para decidir en todo momento, y el mal uso de ese poder de autodeterminación es lo que se llama pecado.

La responsabilidad moral, dicen los pelagianos, depende —de ese poder de autodeterminación. El hombre, afirman, no puede ser considerado responsable de lo que no puede evitar. Por tanto si sus actos personales procedieran en forma inevitable del estado permanente de su naturaleza, no sería responsable ni de esos actos personales ni del estado permanente de su naturaleza del cual aquellos proceden. De hecho, sostienen

los pelagianos, no existe tal estado de cosas, ya , que el hombre es perfectamente capaz de escoger en todo momento entre el bien y el mal.

Según la noción agustiniana del pecado, por el contrario, las decisiones personales equivocadas si proceden del estado permanente de la persona que las toma. La voluntad no es en modo alguno libre en el sentido de que pueda escoger lo que quiera sea cual fuere la naturaleza de la persona que toma la decisión.

Hasta aquí la idea agustiniana de pecado está de acuerdo, supongo, con lo que dicen la mayoría de los psicólogos y criminólogos de nuestros tiempos.

Pero difiere de lo que esos mismos psicólogos y criminólogos afirman cuando sostienen que el hombre es ciertamente responsable de las decisiones equivocadas, las cuales proceden de su naturaleza mala, y es también moralmente responsable de la naturaleza mala de la cual proceden dichas decisiones. El agustinismo difiere, en otras palabras, tanto del pelagianismo como de la psicología moderna en cuanto sostiene que el hombre es responsable de lo que no puede evitar. Si es malo, si posee una naturaleza mala, es responsable por esa naturaleza mala sea como fuere que haya llegado a ser malo. El pecado, según el agustinismo, no es una simple cuestión de actos personales; también es inherente al estado del que proceden los actos. Quien comete una acción mala no puede excusarse, según el agustinismo, basado en que es y ha sido siempre malo; por el contrario, el hombre malo. incluso prescindiendo de cualquier acción mala, está con razón sujeto a reprobación y aversión por parte del hombre y por parte de Dios. Tanto las acciones malas como también el estado de perversión del que proceden dichas acciones son, según Agustín, " pecado.

¿Es esta noción agustiniana la noción bíblica? Creo que con sólo plantear la pregunta ya queda contestada. Me voy a limitar a citar un pasaje y luego voy a preguntarles si ese pasaje sintetiza o no la enseñanza de la Biblia a este respecto. El pasaje que voy a citar está tomado no de las que a veces se consideran como las secciones más filosóficas o teológicas de la Biblia. Está tomado de la enseñanza de Jesús tal como figura en los

Evangelios Sinópticos. Con todo es una negación completa de toda la idea pelagiana de la libertad de la voluntad, de toda la noción pelagiana de que el pecado sólo se da en acciones personales; y niega toda esa idea de modo mucho más eficaz que volúmenes enteros de filosofía. Este es el pasaje al que me refiero:

O haced el árbol bueno, y su fruto bueno, o haced el árbol malo, y su fruto malo; porque por el fruto se conoce el árbol. ¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas.

A la luz de estas palabras de Jesús, tan sencillas y tan profundas, ¡qué completamente superficial parece ser toda la noción pelagiana de la voluntad y el pecado! Según Jesús, las acciones malas proceden de un corazón malo, y tanto las acciones como el corazón del que proceden son pecaminosos.

Esta idea es la idea de toda la Biblia. Desde el principio hasta el fin de la Biblia no hay ni la más mínima sombra de consuelo para la superficial noción de que el pecado sólo se da en las acciones personales y de que un hombre malo puede, sin ser cambiado por dentro, realizar de repente acciones buenas. No, la Biblia halla siempre las raíces del mal en el corazón, y por corazón entiende no sólo los sentimientos sino también toda la vida interior del hombre. El corazón del hombre, nos dice, es engañoso por encima de todo y desesperadamente perverso, y debido a esto el hombre es pecador ante los ojos de Dios.

Quizá algunos de ustedes se pregunten, llegados a este punto, si tal idea no anula la libertad y responsabilidad personales.

¿Qué quiere decir libertad personal? ¿Queremos decir una libertad de la voluntad como un algo imprevisible que está dentro del hombre y que oscila de un lado a otro sin relación con el resto del hombre y sobre todo sin relación con el problema de si la naturaleza del hombre es buena o mala? Si queremos decir esto, queremos decir algo que



no sólo es completamente absurdo sino que destruye también esa libertad personal que se quiere defender. Lo que hace que una acción sea personal es el hecho que proceda de la naturaleza toda del hombre que la realiza. Si la voluntad fuera realmente libre en el sentido de que nada tiene que ver con el ser del hombre que quiere, entonces, las decisiones que tomara no serían decisiones personales sino que sería como un péndulo que oscila sin sentido y al que guía sólo el destino ciego. De hecho, no existe 'tal voluntad como algo separado dentro del hombre. Lo que llamamos la voluntad es sólo "el hombre todo que quiere", al igual que lo que llamamos inteligencia es "el hombre todo que piensa" y el sentimiento es "el hombre todo que siente". Lo que deberíamos, por tanto, querer decir, cuando hablamos de la libertad de la voluntad, es más bien la libertad del hombre. El hombre es libre y por ello moralmente responsable cuando sus acciones proceden de su propia naturaleza y cuando está consciente del hecho de que son sus propias acciones. Si, en realidad, el hombre se ve forzado, por impulso físico directo y real, a hacer algo, contra su voluntad, entonces eso no es un acto personal suyo y no es moralmente responsable por el mismo; pero si su voluntad está determinada por su propia naturaleza, entonces, por inevitable que sea lo que hace es desde luego un acto personal suyo y tiene una responsabilidad moral absoluta por ello. El hombre malo realiza inevitablemente acciones malas; esto es tan cierto como que el árbol podrido producirá frutos podridos. Pero el hombre malo realiza esas acciones malas porque quiere; son sus actos personales libres y es responsable por ellos ante Dios.

Esto es no sólo filosofía cabal y sentido común profundo, sino también la enseñanza evidente de la Biblia desde Génesis a Apocalipsis.

Sin embargo, quizá quede todavía una objeción. ¿Se puede realmente censurar a alguien por lo que no puede evitar? ¿Se le puede censurar por una naturaleza humana que posee necesariamente y con la que nació?

Respecto a esta objeción me gustaría mencionar sólo esto — que si no se puede censurar a nadie por su naturaleza mala, entonces se sigue con lógica ineluctable que tampoco se le puede alabar por su naturaleza buena.

¿Dice alguien que no se puede condenar a una persona por una naturaleza que siempre ha tenido, una naturaleza que forma la base de sus actos personales? Bien, entonces, si ese principio es verdadero para la condena también lo es para la alabanza. ¿Se puede encomendar a alguien por una naturaleza que siempre ha tenido, por una naturaleza de la que él mismo no es responsable? ¿Dicen que no? Bien, entonces, ¿qué decir de Dios? Sus acciones buenas proceden ineluctablemente de su naturaleza infinitamente buena. ¿No merece entonces alabanza? Pregunten a las huestes celestiales que se complacen en cantar constantemente sus alabanzas ante su trono; pregunten a todos los santos que bendicen su nombre excelso. Así dice el último salmo

Alabad a Dios en su santuario; alabadle en la magnificencia de su firmamento.

Alabadle por sus proezas; alabadle conforme a la muchedumbre de su grandeza.,,

Alabadle a son de bocina; alabadle con salterio y arpa.

Alabadle con pandero y danza; alabadle con cuerdas y flautas.

Alabadle con címbalos resonantes; alabadle con címbalos de júbilo.

Todo lo que respira alabe a Jah. Aleluya.

Según la teoría pelagiana ese coro de alabanza hubiera sido reducido al silencio. Dios no se hizo a si mismo bueno; siempre lo fue; sus acciones buenas proceden, con una certeza mayor que ninguna otra, de su naturaleza buena; por tanto, según la teoría pelagiana, ¿no se le alabe!

Pero quizá digan que la naturaleza de Dios es tan diferente de la nuestra que no se puede argumentar a base de lo que es cierto en el caso de Dios a lo que es cierto en nuestro caso. Bien, entonces, ¿qué hay que decir de los ángeles? Sus acciones buenas proceden ineluctablemente de la bondad de su naturaleza, y ellos no crearon su propia naturaleza, sino que Dios se la creó.

No hay que alabarlos entonces? ¿Qué decir del caso de los santos que han ido ya a recibir la re.~ compensa? Desde luego que ya no les es posible pecar; son tan perfectamente

buenos como los ángeles; en su caso, al igual que en el de los ángeles, las acciones buenas proceden de la bondad de su naturaleza. Y en su caso también, a no ser que la Biblia esté del todo equivocada, la bondad de su naturaleza .no es producto de sus propios esfuerzos sino don de Dios. Se les dio en el nuevo nacimiento. Sin embargo no hay duda de que hay que considerarlos bienaventurados y gloriosamente libres.

¿No ven, amigos míos, lo absurda que es esta noción pelagiana de que no hay que tributar esa alabanza o censura moral a la naturaleza de las personas sino sólo a sus acciones personales? La situación real es que las acciones personales adquieren cualidad moral sobre todo debido a la conexión que tienen con la naturaleza de la persona que las realiza. Una persona es buena si su naturaleza lo es y mala si su naturaleza es mala, sea como fuere que haya llegado a ser mala. Por esto los hombres malos son pecadores a los ojos de Dios, y están sujetos a su justa ira y a su maldición, aunque hayan nacido malos.

Esto nos conduce a la segunda parte de la idea pelagiana. Si el pelagianismo tiene una noción superficial de lo que es el pecado, tiene una idea igualmente superficial del pecado de la naturaleza humana. Niega que el pecado de Adán tuviera ningún efecto considerable para su posteridad. Todo hombre, afirma, comienza la vida prácticamente donde Adán la comenzó, con completa capacidad para escoger entre el bien y el mal. Así pues, niega la doctrina del pecado original; niega la doctrina de que los hombres descendientes de Adán por generación ordinaria vienen al mundo con la naturaleza corrompida lo cual conduce inevitablemente a actos personales pecaminosos.

Desde luego que esa idea pelagiana se enfrenta con una dificultad obvia. Si todos los hombres que descienden de Adán por generación ordinaria vienen al mundo sin tener la naturaleza corrompida y con capacidad plena de escoger el bien antes que el mal, ¿cómo se explica que todos los hombres sin excepción escojan el mal, que todos los hombres sean pecadores? Si el problema de si los hombres son justos o pecadores depende de . la decisión de cada uno, y si todo hombre tiene capacidad plena de escoger lo que quiera, parece sumamente raro que todos los hombres hayan escogido el mismo camino. Las

probabilidades según las leyes matemáticas de que esto suceda serían mucho más de cien billones de veces cien billones contra una.

No estoy seguro de si Pelagio respondió o no a esta objeción diciendo que de hecho algunos hombres han escogido el bien. No estoy muy seguro de si negó o no la condición pecadora universal del género humano. Si la negó, sin duda que se colocó claramente contra toda la Biblia, como ya hemos visto. Pero sea como fuere, el pelagianismo sólo puede explicar el predominio general del pecado por el ejemplo malo que Adán dio. Adán, según los pelagianos, dio un mal ejemplo a la raza humana; Cristo dio un buen ejemplo. Los hombres son perfectamente capaces de seguir ya el ejemplo de Adán ya el de Cristo. Es simplemente una cuestión de elección de la voluntad humana personal.

Estos son los límites a los que quedan reducidos tanto el pecado como la salvación según el sistema pelagiano.

¿Es necesario decir que dicho sistema es radicalmente contrario a la Biblia? La Biblia de principio a fin enseña que los pecados personales proceden de la naturaleza pecadora, y que la naturaleza del hombre es pecaminosa desde el nacimiento. "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" — estas palabras del salmo cincuenta y uno sintetizan, en el clamor de un pecador arrepentido, la doctrina del pecado que la Biblia enseña desde Génesis hasta Apocalipsis. De esta idea bíblica de pecado depende también la idea bíblica de salvación. ¿Enseña la Biblia que todo lo que Cristo hizo por nosotros fue darnos un buen ejemplo que somos perfectamente capaces de seguir sin necesidad de que cambie el corazón? Quien así piense es alguien que ni siquiera ha llegado al umbral de la gran verdad central de la Escritura. "Os es necesario nacer de nuevo," dijo Jesucristo. El que cree que Jesús habló la verdad cuando dijo esto debe romper en forma clara con el pelagianismo en todas sus formas. No, amigos míos, a pesar de Pelagio y de sus millones de seguidores, no tenemos esperanza ninguna hasta que nazcamos de nuevo por medio de una acción que no es nuestra; no hay esperanza de que podamos escoger el bien hasta que hayamos pasado de muerte a vida por medio de la acción del Espíritu del Dios vivo. Para quien no vea esto la Biblia sigue siendo un libro

cerrado. En la base misma de la enseñanza de la Biblia está la gran doctrina bíblica del pecado original.

Esta doctrina significa que todo el género humano, desde la caída, está totalmente corrompido y es del todo incapaz de agradar a Dios. Creo que deberíamos detenernos en esto por un par de minutos.

La doctrina que se llama' de la "depravación total" es uno de los cinco puntos básicos del Calvinismo. Pero no sólo esto. Es también una de las ideas en las que la Biblia insiste más. Creo que es muy importante que sepamos exactamente qué significa.

No significa que todos los hombres que no son cristianos sean en todo momento lo peores que pueden ser. Por el contrario está perfectamente en armonía con lo que también se enseña claramente en la Escritura — que el Espíritu de Dios, por medio de su gracia común, refrena, incluso a los no regenerados, de la manifestación plena del poder del mal que los domina. ¿Qué significa entonces la doctrina de la depravación total?

Significa, en primer lugar, que la corrupción del hombre caído afecta todas y cada una de las partes de su naturaleza. Sus facultades subsisten, es cierto; sigue siendo hombre, y por serlo es también responsable. Pero todas sus facultades, todas las partes de su naturaleza, están minadas por la corrupción en la que ha caído. El pecado .no reside tan sólo en el cuerpo; ni reside tan sólo en los sentimientos, ni en la inteligencia, ni en lo que a veces por error se ha separado del resto de la naturaleza humana bajo el nombre de la voluntad. Reside en todo esto. Toda la <vida del hombre, y no solamente una parte de la misma, está corrompida.

En segundo lugar, la doctrina bíblica de la depravación total significa que nada de lo que el hombre caído y no regenerado haga es realmente agradable a Dios. Muchas cosas de las que hace pueden agradarnos a nosotros, con nuestras normal imperfectas, pero nada de lo que hace puede agradar a Dios; nada de lo que hace puede resistir la luz escrutadora de su tribunal. Algunas de sus acciones pueden ser relativamente. buenas, pero ninguna

de ellas es realmente buena. A todas ellas las afecta la honda depravación de la naturaleza humana caída de la que proceden.

Esta doctrina puede parecer dura, pero se enseña con claridad en la Palabra de Dios. Además, la aceptan de corazón los santos más auténticos. Pregunten a los de vida realmente santa en la historia de la Iglesia cristiana, y les dirán al recordar sus vidas antes de hacerse cristianos — incluso en casos en que esas vidas han parecido a los demás buenas y sacrificadas — que todo lo que parecía bondad no era más que desperdicio ante los ojos de Dios. No, amigos míos, el género humano, hasta que la acción misteriosa del Espíritu Santo lo regenera, es incapaz de vivir ni siquiera por un instante en forma agradable a Dios.

Esto nos conduce a otro aspecto de la gran doctrina bíblica de la depravación total. Es la incapacidad total del hombre caído para salir de esa condición. El hombre caído, según la Biblia, es incapaz de contribuir en lo más mínimo al gran cambio por medio del cual pasa de la muerte a la vida. Todo aquel en quien ese cambio se produce tiene desde luego fe en Jesucristo; por medio de ese acto personal de fe se une al Señor Jesucristo. Pero el detalle está en que esa fe la produce en él el Espíritu Santo de Dios. Los hombres que están muertos en transgresiones y pecados son del todo incapaces de tener fe salvadora, tan incapaces como lo es el muerto que yace en la tumba de contribuir en lo más mínimo a su resurrección. Cuando uno nace de nuevo, el Espíritu Santo pone la fe en él, y su contribución personal a este resultado maravilloso es nula. Después de que ha nacido de nuevo, sí coopera con el Espíritu de Dios en la lucha cotidiana contra el pecado; después de que Dios le ha dado la vida, pasa a demostrar que está vivo con la realización de buenas obras; pero hasta que recibe la vida nada realmente bueno puede hacer; y la acción del Espíritu de Dios por la que recibe la vida es un acto soberano e irresistible.

Esto es tan fundamental en la Biblia, la Biblia insiste tanto en ello, que parece en verdad extraño que personas que creen en la Biblia lo nieguen. De hecho, sin embargo, en la historia de la Iglesia ha hecho su aparición en muchas formas diferentes el semipelagianismo, el cual asigna al hombre un papel en la consecución de la salvación.

Recordarán sin duda qué es el pelagianismo puro. Según el pelagianismo sin tapujos, el hombre no necesita que cambie su naturaleza para poder comprender el evangelio, aceptarlo y salvarse; de hecho, el evangelio no es en realidad del todo necesario para la salvación; simplemente agrega una cierta persuasión a fin de inducir al hombre a hacer lo que es justo, y éste es perfectamente capaz de hacer lo bueno según la libertad de su propia voluntad.

La idea semipelagiana es una especie de Vía Media entre el pelagianismo estricto y la idea agustiniana que se enseña tan claramente en la Biblia. Según la idea semipelagiana, la naturaleza del hombre ha quedado debilitada con la caída; y si bien ese debilitamiento que el hombre sufre como consecuencia de la caída de Adán no es pecado en si conduce inevitablemente al pecado a no ser que la gracia de Dios intervenga.

Luego, además de este semipelagianismo, ha habido una gran cantidad de pelagianismo en un cincuenta por ciento, pelagianismo en un cuarenta por ciento y pelagianismo en todas las proporciones imaginables. Algunos han sostenido que si bien el hombre caído no puede hacer nada positivo para salvarse, si puede escoger entre resistir y aceptar la gracia que Dios le ofrece. De este modo el hombre sí tiene una parte que desempeñar, aunque sólo sea negativa, en la obra de salvación.

Frente a todas estas Vías Medias la Biblia enseña con claridad meridiana la doctrina de la incapacidad total del hombre caído y la absoluta de la gracia divina. El hombre, según la Biblia, no está tan sólo enfermo en sus transgresiones y pecados; no está tan sólo en una condición de debilitamiento de modo que necesita la ayuda divina; está realmente muerto en sus transgresiones y pecados. No puede hacer absolutamente nada para salvarse, y Dios lo salva con el acto gratuito y soberano del nuevo nacimiento. La Biblia es un libro sumamente intransigente en este asunto del pecado del hombre y de la gracia de Dios.

La doctrina bíblica de la gracia de Dios no significa, como a veces la han caricaturizado, que alguien se salve contra su voluntad. No, significa que la voluntad misma del hombre es renovada. El acto de fe por el cual se une al Señor Jesucristo es un acto suyo propio.

Lo realiza con gozo, y está seguro de que nunca estuvo tan libre como cuando lo realizó. Pero la capacidad para realizarlo le viene simplemente de la acción gratuita y soberana del Espíritu de Dios.

Amigos míos, ¡ qué preciosa es esa doctrina de la gracia de Dios! No armoniza con el orgullo humano. No es una doctrina que nosotros los hombres hubiéramos sido jamás capaces de producir. Pero cuando la Palabra de Dios la revela, los corazones de los redimidos exclaman, Amén. A los pecadores salvos por gracia les place tributar no sólo un poco sino toda la alabanza a Dios.

\*\*\*